UN CAPÍTULO DE MI VIDA

BARBARA HONIGMANN

Esta es una historia real de agentes secretos donde conviven de un modo sorprendente el *glamour* y el espionaje, lo público y lo íntimo, París y Berlín. No es, sin embargo, una novela de acción al uso, la historia de una matahari cualquiera, sino el retrato prodigioso de una madre llena de contradicciones: comunista pero adicta a la ropa de alta costura; judía pero antitradicionalista; prosoviética pero admiradora de Inglaterra…

Un texto sutil, una inmersión en la memoria y el pasado que despliega todo su potencial gracias a una protagonista cercana y escurridiza al mismo tiempo. Alice Kohlmann, la madre de la autora, más conocida como Litzy Friedmann, tuvo más personalidades que maridos, que fueron tres (uno de ellos el superespía británico Kim Philby). Fue precisamente este último quien le dio un lugar destacado en la Historia (se le considera «el mayor espía del siglo XX»); pero ella, por sí sola, fue un personaje igualmente fascinante.

Años después de haber muerto su madre, Honigmann abordó el relato de su vida sin más armas que las del recuerdo. Frente al afán inquisitivo de nuestro tiempo, en el que cualquier reportaje nos promete «todas las claves», Un capítulo de mi vida reniega de esa pretensión inverosímil y voraz: en sus silencios está el secreto de su logro, tanto literario como moral.

Barbara Honigmann

Un capitulo de mi vida

Título original: *Ein Kapitel aus meinem Leben*
Barbara Honigmann, 2004
Traducción, epílogo y notas de Ibon Zubiaur, 2019

-

Revisión: 1.0
03/02/2022

«Ejecutar a Ethel y Julius Rosenberg fue una barbaridad, pero inocentes no eran», dijo mi madre frente al espejo mientras trataba de poner algo de orden en su peinado silvestre; y aunque lo que dijo entraba en contradicción con todo lo que yo había oído antes, con lo que me enseñaban en la escuela y transmitían de mil maneras, mi madre no dejó ninguna duda de que sabía de qué hablaba, así que no indagué más. En lugar de eso le pregunté por su color de pelo natural, porque, hasta donde soy capaz de remontarme, se teñía el pelo, por supuesto solo en tonos oscuros, y es que ella era de «tipo oscuro», si bien en esos tonos abarcaba toda la escala entre el rubio oscuro y el negro ébano pasando por el castaño rojizo y el rojo fuego. Me respondió: «Ya no me acuerdo, lo cierto es que se me ha olvidado».

De su color de pelo natural no se acordaba, pero que a Ethel y Julius Rosenberg no los habían ejecutado siendo inocentes, eso sí que lo sabía. Vivíamos en una villa del barrio berlinés de Karlshorst, donde el 8 de mayo de 1945 se había firmado la capitulación incondicional de Alemania. No en nuestra villa, por supuesto, pero sí muy cerca de ella; gran parte de Karlshorst se había convertido desde entonces en una guarnición soviética, con un cuartel gigantesco para los soldados y zonas restringidas para ejercicios militares, pero había también un área civil con comercios, cine y sala de cultura y, aún más cerca de nosotros, algunos bloques de viviendas en los que vivían oficiales con sus familias. Sus hijos jugaban en los patios que había entre las viviendas, y yo me acercaba a menudo a jugar con ellos, aunque en todos aquellos años fui la única niña alemana que iba al parque infantil de los rusos. Nuestro perro Poldi, en cambio, que como explicaba mi padre «descendía de

un cruce indomable y no había aprendido a prever las consecuencias», se metía una y otra vez al pasear en la zona restringida, donde durante el día, y a veces también de noche, se escuchaban ruidos peligrosos, como disparos, y en la que por supuesto nadie se atrevía a poner el pie, lo que de todos modos estaba terminantemente prohibido, y entonces teníamos que llamar a la comandancia y preguntar si las autoridades militares lo habían atrapado en algún sitio, en cuyo caso podíamos pasar a recogerlo luego por la comandancia. Con el tiempo habían llegado a conocerlo y salían con él a nuestro encuentro: *Wot waschji Poldi!*[1]

El día en que un hombre tocó el timbre de nuestra puerta en Karlshorst y preguntó por *Mrs*. Hannigmeenn con fuerte acento inglés hacía ya más de diez años que los Rosenberg habían sido ejecutados y veinte desde que mi madre regresara del exilio inglés. En realidad, no fue un «regreso», ya que en toda su vida previa no había pisado jamás Berlín, sino que había seguido a mi padre, que pudo retomar una vida anterior como periodista del *Vossische Zeitung*[2] en Berlín, mientras que mi madre solo añadía uno más a los diversos episodios de su vida. Mis padres seguían hablando a menudo inglés entre ellos y con sus amigos, que también habían regresado del exilio y de los que algunos habían traído esposas de Inglaterra o de los Estados Unidos que, por supuesto, no hablaban alemán ni se esforzaban mucho en aprenderlo, y el hablar inglés debía de ser también una manera de asegurarse la solidaridad y la cohesión y de protegerse frente al rechazo de quienes los veían como extraños y como élite del partido, lo cual no era una percepción del todo falsa. Como judíos, se habían vuelto extraños, y eran más o menos privilegiados porque pertenecían a la élite, o por lo menos asumían un nivel más alto en la jerarquía de la cultura. Sus privilegios, su cosmopolitismo y su condición de judíos supervivientes y de comunistas eran sus estigmas.

La villa de Karlshorst había sido construida en los años veinte o treinta y estaba subdividida ahora en varias viviendas. Nosotras vivíamos en la de la planta baja, con habitaciones amplias y luminosas cuyos suelos estaban revestidos de un parqué brillante, un

jardín de invierno que daba a la calle y otro pequeño jardín tras la casa, donde en verano mi madre leía el periódico en una tumbona, bajo el manzano. La primera planta de la vivienda estaba dividida en dos, y en cada una vivía una madre con una hija cuyos padres debían de haber muerto en la guerra. Bajo el tejado vivían Lomi, Brauni y Waltraud. Lomi parecía tener cien años, Brauni, ochenta, y Waltraud tenía dieciocho. Brauni era hija de Lomi, y también sus maridos y padres debían de haber muerto en las diferentes guerras, no existían, y lo cierto es que tampoco se los mencionaba nunca. En cambio, ambas viudas no paraban de hablar de la caravana, de las bombas y de los rusos, a cuya merced habían quedado en su huida de Prusia Oriental[3], y al hacerlo arrastraban la erre aún más de lo que la arrastraba mi madre, que era tan incapaz de disimular su origen austrohúngaro como ellas de disimular el suyo, prusiano-oriental. Lomi calentaba la casa y se ocupaba de nuestro pequeño jardín, Brauni limpiaba el piso, cocinaba, lavaba y planchaba para nosotras mientras mi madre trabajaba en la DEFA[4]. Pagaba generosamente y trataba con amabilidad a aquellas dos mujeres y compraba así una distancia insalvable. También puede ser que Lomi y Brauni hablaran tanto de las calamidades de la guerra, de la caravana y de las bombas para que a mi madre no se le ocurriera empezar a contar su propia vida. De todos modos, ella no hacía más que poner los ojos en blanco ante sus lamentos; los ingleses, desde luego, ni en los peores tiempos se habrían quejado de manera tan indigna.

Lomi era conocida como curandera en la ciudad, o al menos era muy popular en las calles cercanas a la nuestra; mi padre; que por lo demás la respetaba mucho, la llamaba «la bruja» sin más, por su joroba, su pequeñez y sus verrugas peludas; al ponerle ese mote quizá también quería vengarse de que a él antes lo hubieran llamado tantas veces «mono», por su vello espeso y negro que llegaba hasta la punta de los dedos; solo en Inglaterra dejaron de llamarlo «mono». Hasta los médicos de Karlshorst enviaban a Lomi pacientes que ella curaba en noches de luna llena mediante charlas, imposición de manos y pociones mágicas. En invierno calentaba la casa y se

ocupaba de los suministros de madera y carbón para todo el edificio.

Mi madre era la única mujer de la casa que no era viuda, aunque a cambio se había divorciado ya tres veces; desde el último divorcio, el de mi padre, vivía con un hombre al que yo llamaba el tío Wito. El tío Wito era por tanto el único hombre de la casa, claro que solo entre semana, puesto que el fin de semana solía pasarlo con su anterior familia en Karolinenhof y, a cambio, mi padre venía a Karlshorst de visita. En la casa de las mujeres e hijas yo era la más joven, y mientras las madres hablaban de la caravana y las bombas, las hijas me iniciaban en las fundamentales cuitas amorosas que estaban viviendo justo en aquellos momentos, y al mismo tiempo se dignaban instruirme, lo que por lo demás resultaba superfluo. Y es que al igual que todas las «chicas orientales», como decía mi padre, yo era precoz y ya en primer curso había atraído con mi amiga, que también era bastante «oriental», a los chicos que nos gustaban al bosque cercano y a la hierba, escoltadas por Poldi, que mordía, o al menos mantenía a raya, a los Heiners y Reiners cuando nos seguían en secreto pese a estar todavía atrás del todo en la lista de espera para la clase en el bosque.

Mi madre debía de creer que Lomi, Brauni y las demás mujeres de la casa no sabían nada sobre su origen y dónde había pasado la época de la guerra, pero lo sabían a la perfección, porque a mí me hacían de vez en cuando alusiones y comentarios, si bien es verdad que no recurrían a la palabra «judío»; nunca jamás pronunciaban esa palabra, simplemente no existía, tampoco en la escuela. Solo una vez que tuve que ir a recoger o decirles algo a Lomi y a Brauni bajo el tejado, Brauni soltó, mientras Lomi asentía: «Si vuelve a ocurrir, te esconderemos aquí en alguna parte, bajo el tejado». Tal cual lo dijeron, y todavía hoy me avergüenzo de ello.

Lomi estaba encerando el vestíbulo y Brauni limpiando nuestro piso, mientras seguramente yo hacía los deberes, cuando el hombre con aspecto occidental y fuerte acento inglés preguntó por *Mrs*. Hannigmeenn y nosotras le contestamos que no estaba. Que cuándo volvería, preguntó. Que cuándo podía volver él. Todo ello con su fuerte acento inglés. *Mrs*. Hannigmeenn vivía aquí, ¿no? Sí, aquí.

Que si yo era su hija. Sí, lo era.

Volvió aquella tarde o al día siguiente y siguió a mi madre al salón, y ella cerró la puerta con firmeza tras de sí; luego volvió a marcharse. Lo cierto es que no se quedó mucho tiempo.

Después de aquello, Lomi, Brauni y yo fuimos convocadas a una reunión de urgencia. No volver a dar nunca información. No decir nada. Ni una palabra a nadie que pregunte por *Mrs*. Hannigmeenn. Esas fueron las órdenes, y ni siquiera supimos sobre qué no podíamos decir nada. Mi madre no se apresuró a comunicárnoslo.

Las semanas siguientes acudieron cada vez más hombres de aspecto occidental que, con fuerte acento inglés, preguntaban por *Mrs*. Hannigmeenn. Mi madre los echaba, y a los que lograban convencerla de una charla les negaba toda información, de modo que en los numerosos artículos y libros que a continuación publicaron aquellos hombres aparece siempre la «empleada doméstica» en la que sintetizaban a Lomi y a Brauni, que no les habían servido para nada porque ni siquiera entendían inglés. Y a falta del menor rastro de lo que buscaban, que no era otra cosa que el inicio de una historia que acababa de salir entonces a la luz, de un gran escándalo, una sensación en la que por lo visto jugaba un papel mi madre, simplemente se inventaban detalles de su vida que luego yo encontraría en libros y artículos, y por los que mi padre creía que mi madre debía interponer una demanda contra aquellas publicaciones, tan descaradas y obscenas; además, así podía ganar un montón de dinero. Ya sabes, ¡en Inglaterra llegarías a ser millonaria con demandas de ese tipo!

Después de despedir a los caballeros que hablaban en inglés, mi madre se volvía al mismo tiempo nerviosa y reservada, pero seguía sin dar explicación alguna sobre la inquietud que ahora había penetrado en nuestra casa. Solo una y otra vez la orden de no hablar de aquello acerca de lo que, de todos modos, yo no sabía nada.

Pero había sacado a colación un apellido que a mí me era extraño y familiar, que yo conocía por escrito, pero cuyo sonido nunca había escuchado. Durante mis indagaciones en nuestra biblioteca, que emprendía a menudo menos por buscar lectura que

por tomar en la mano y mirar libros que, en inglés o francés, procedían a todas luces de otra época y otra vida de mi madre, me había encontrado con aquel nombre. En una edición en dos volúmenes de Shelley, junto a la hoja de guarda con las palabras del autor «Los poetas son los clarines que llaman al combate. / Los poetas son los legisladores no reconocidos del mundo»[5], se podía leer en letra muy pequeña y exquisita:

H. A. R. Philby, Trinity. En otros libros figuraba el mismo apellido, pero con la letra asilvestrada e inconfundible de mi madre: *Litzy Philby*. Era su nombre, o al menos en parte era su nombre. Litzy era uno de los nombres con los que se la llamaba, pero la otra parte yo no la conocía y no significaba nada para mí, y por eso examinaba una y otra vez aquel trazo, como si un día pudiera echar a hablar y revelarme su secreto. De ahí que periódicamente volviera a sacar los libros de la estantería, para que un día abrieran la boca, y de ahí que no pudiera escapárseme que, en algún momento, varias de las hojas en las que figuraba aquel apellido habían sido arrancadas, aunque no todas, ni de forma sistemática, porque mi madre era incapaz de hacer nada de forma sistemática, eso se le notaba ya en la letra. «En realidad, es la letra de una loca», decía mi padre a veces.

Mi madre, pese a todos esos secretos, no tenía un carácter reservado, le gustaba hablar y hablaba mucho, y era una maestra en el arte de conversar, o sea, en ir desviando la charla desde una dirección a otra. Y así desvió también mis preguntas por las fotos en las que se veía a un interesante joven con pipa que yo había encontrado entre todas las demás fotografías que ella conservaba, en tremendo desorden, en una caja de zapatos, aunque aquella forma de conservarlas se aproximaba más bien a la destrucción; lo cierto es que en aquella colección no se cultivaban referencias de los recuerdos, nada aludía al origen de las fotos como suele ocurrir entre la gente formal, mediante anotaciones en el dorso por ejemplo.

Fotografías de gente enteramente secundaria y retratos de grupo de excursiones de la empresa se hallaban junto a las de sus padres fallecidos y viejos amigos… y las del joven con pipa. Por supuesto que pregunté a mi madre, ¿quién es este, un amigo de antes? ¿A qué

se dedica? Pero tenía la capacidad de reorientar aquellas preguntas, siempre como quien no quiere la cosa, hacia una charla sobre mis propios asuntos, sobre las clases de *ballet* o sobre la moda de verano o invierno. Ella siempre hacía muchas preguntas, pero nunca jamás daba respuestas.

Poco antes de que aparecieran los periodistas ingleses se había marchado el tío Wito. Habíamos vivido juntos un par de años en nuestra villa de Karlshorst, bajo el mismo techo, como suele decirse, casi como una familia de verdad. Nos entendíamos bien, el tío Wito y yo, aunque no hablábamos gran cosa; mi padre dijo una vez de él, un tanto despectivamente, que escribía poemas sobre la naturaleza y por eso hablaba tan poco. Casi todas las tardes intercambiaba conmigo chocolate por caricias en el cuello y el cogote; primero él me acariciaba un cuarto de hora el cuello y el cogote y luego yo obtenía el chocolate. Chocolate occidental, que a su vez le regalaba su secretaria en la empresa; pero a él no le gustaba nada, el chocolate, por eso me lo daba a mí. Los fines de semana, a veces, nos llevaba a mí y a Poldi a ver a sus hijos en Karolinenhof, o a todos juntos de excursión, y entonces me sentía casi como si tuviera hermanos mayores, porque los dos tenían más años que yo. El mayor me enseñaba a actuar y el pequeño me dejaba hacerle de asistente en sus experimentos con el kit de química, para lo que sacábamos un poco de gasolina del bidón que tenía el tío Wito en el maletero del coche; a veces, nuestros experimentos producían llamas tan altas que apenas éramos capaces de apagarlas con el cojín del sofá.

Y entonces, una vez que por ser el último día de clase antes de las vacaciones de verano llegué a casa pronto, por sorpresa, me encontré al tío Wito, quien, por lo demás y al igual que mi madre, solía pasar el día en el trabajo, en medio de un gran desorden que se parecía mucho a una mudanza. Todas las puertas de los armarios abiertas, todos los cajones sacados, maletas y bolsas en las mesas y camas. Era evidente que estaba haciendo el equipaje. Le pregunté

qué pasaba y me explicó que se iba de vacaciones con sus hijos, esta vez para todo el verano, y que también quería llevarse a Poldi para que por una vez pudiera correr por un bosque de verdad y no solo por la zona militar restringida de los rusos. Se ve que había planeado aquellas vacaciones como un placer masculino, porque no se mencionó la posibilidad de que yo les acompañara, y ni siquiera la de una visita. Parecía apurado, de modo que preferí retirarme. Cogí una manzana y, como cada tarde, me fui a casa de mi amiga Bettina. Vale, pues adiós entonces, pasadlo bien, hasta después de las vacaciones, ¡y cuida de Poldi!

Al perro no volví a verlo nunca, y eso que siempre se había dicho que era «mi» perro, a fin de cuentas dormía en mi habitación. Aquella misma noche, cuando ya me había ido a la cama, oí en el otro extremo del pasillo, en el salón, a mi madre llorando y a mi padre, que sin duda no había acudido por casualidad, tratando de consolarla; entonces, yo también me eché a llorar en la cama, y luego ambos acudieron desde el otro extremo del piso como un comité a comunicarme la noticia de que el tío Wito había abandonado a mi madre y se había marchado, cosa que yo había entendido después de haber sido testigo de su mudanza, de haberlo pillado haciendo las maletas y de que me deseara «felices vacaciones».

Entonces lloramos juntas, mi madre y yo, y mi padre trataba de consolarnos. Mi madre, secándose las lágrimas, dijo que ya nos las apañaríamos, bah, que ya nos las apañaríamos. Tampoco era la primera vez.

Desde aquel día ya no hubo efectivamente más que mujeres en nuestra villa de Karlshorst, ni un solo hombre, ni siquiera un perro.

Poldi debió de morir poco después en su nuevo hogar de Kleinmachnow, donde el tío Wito vivía ahora con la secretaria que le traía siempre chocolate; de una intoxicación, tras haber lamido una valla recién pintada; pero yo no me lo pude creer, Poldi no era tan tonto como para lamer una valla recién pintada —¡ningún perro es tan tonto!—. Después de morir el perro, el tío Wito y la secretaria tuvieron un hijo, según me contó muchos años más tarde gente de Kleinmachnow. Pero yo no se lo dije a mi madre, aunque

sin duda se había enterado de algún modo; lo cierto es que desde la noche en que las dos lloramos juntas por la marcha del tío Wito y ella dijo: «Bah, ya nos las apañaremos», no habíamos vuelto a mencionarlo, nunca volvimos a pronunciar su nombre. Se había borrado, el nombre, como si no hubiese existido jamás; y tampoco las otras mujeres de la casa, la bruja Lomi, Brauni, Waltraud y las demás viudas con sus hijas del piso dividido encima de nosotras volvieron a mencionar al tío Wito, pese a que durante años había sido a sus ojos algo así como el «jefe» de la casa, lo mismo que tampoco hablaban de sus propios maridos, a los que no habíamos visto nunca.

Unas semanas después de su marcha, el tío Wito volvió a recogerme varias veces al salir de mi clase de *ballet* para invitarme a un helado o a tarta, pero entonces no sabíamos ya qué decimos; de sus hijos no hablábamos, tampoco de Poldi ni de Karlshorst, ni desde luego de mi madre, y todas esas omisiones hacían que no supiéramos bien cómo mirarnos, no estábamos preparados para aquella forma de estar sentados uno frente al otro, ya que hasta entonces siempre nos habíamos visto en el entorno de una vida familiar, del vivir puerta con puerta. También podía ser que su nueva mujer de Kleinmachnow no tolerase aquellas citas, o que tuviera miedo de encontrarse un día con mi madre, ya que la heladería a la que me llevaba no estaba demasiado cerca, pero tampoco lo bastante alejada de nuestra casa, donde habíamos vivido juntos tantos años. Pronto volvió a renunciar a nuestras citas; durante un tiempo, tras la clase de *ballet* y de camino a la parada del tranvía, yo seguía buscando con la vista su Wartburgrojo, hasta que comprendí que ya no necesitaba esperarlo. Poco después abandoné también las clases de *ballet*, porque la profesora, que era discípula de Palucca y por eso nos enseñaba tanto danza clásica como expresionista, me daba a entender una y otra vez que en el fondo yo no valía para la danza, ni siquiera para la moderna, que tenía las piernas demasiado cortas y el empeine bajo; y en todas nuestras actuaciones me asignaba el papel de árbol, lo que para mí suponía una falta de retos coreográficos y una continua fuente de

desmotivación.

De modo que, casi al mismo tiempo que el tío Wito y sus cosas, desaparecieron de nuestra casa también las cosas de Poldi, su escudilla, su juguete, su manta, y también las del *ballet*: las tiré, el tutú, las zapatillas, y dejé de ir a la Ópera Estatal a ver *El lago de los cisnes*, y ni siquiera fui a la representación de *Le Sacre du printemps* de Maurice Béjart, que causó furor en Berlín.

Mi madre nunca me lo dijo, pero creo que fue ella quien le exigió al tío Wito que recogiera sus cosas y se largara después de haber descubierto su *affaire* con la secretaria de los chocolates, algo que no estaba dispuesta a consentir ni a tolerar. De ahí el apuro de él cuando lo sorprendí haciendo las maletas, no solo por estar marchándose a escondidas, sino porque seguramente no lo había previsto así, una «escalada» tan dramática. Pero mi madre le diría: o ELLA o YO, o Karlshorst o Kleinmachnow. Un arreglo, un acuerdo, un esperar a ver cómo se desarrollaban las cosas no entraba ya en sus planes. Fue su último episodio de vida en común con un hombre; después de aquello prefirió seguir sola. Se acabó. Los fragmentos de vida de mi madre tenían todos aristas cortantes.

Una vez, mucho antes, la había sorprendido con el tío Wito. Como en tantas ocasiones en las que volvían a casa juntos del trabajo en el estudio de doblaje, yo había oído entrar el coche en el garaje, y cuando, pocos minutos después, no habían aparecido aún en el piso, me sorprendió lo que tardaban; salí a su encuentro y abrí la puerta del vestíbulo… y allí estaban ambos abrazados, en el vestíbulo a oscuras, besándose; entonces me vieron y mi madre se desprendió cohibida y un poco alterada; él, en cambio, soltó una carcajada y le dio una palmada, la empujó alegremente a subir los dos o tres escalones hasta nuestro piso, y no fue ni mucho menos la intimidad en la que me los encontré la que me perturbó, sino el estado de alteración y apocamiento de mi madre, como si fuera ella la hija y no yo, y como si el tío Wito no fuera su marido sino el tío de ambas y se ocupara de pronto de sus dos pequeñas sobrinas. Me dolió ver a mi madre tan pequeña, y me parece que siempre hubo algo de vergüenza entre los dos. El tío Wito era más joven que ella;

tras la separación de mis padres había aparecido tan de repente al lado de mi madre como la nueva mujer al lado de mi padre. Y era un alemán de verdad, no un judío. Nunca supe de dónde venía en realidad. Al contrario que Lomi o Brauni, él no hablaba de Prusia Oriental ni de la caravana, no arrastraba la erre, y al contrario que los padres de mis amigas, tampoco hablaba del frente en Rusia o en Dinamarca, ni siquiera hablaba de las bombas, y eso que tenía que haber sido soldado de la Wehrmacht, no podía ser de otra manera, pero de eso no se decía ni una palabra, o al menos yo no la escuché, aunque por supuesto no sé lo que ambos, el tío Wito y mi madre, se contaban o callaban entre sí. Ahora estaban los dos en el partido, en el SED[6]. El tío Wito detentaba incluso un cargo en la dirección del partido en la empresa, y cuando el lunes por la tarde regresaban juntos a casa de la reunión del partido estaban luchando en el mismo frente, hablaban muy animados de un vibrante marxismo-leninismo, eran camaradas en la construcción y reconstrucción de la Alemania antiguamente fascista, ahora un país nuevo y hermoso, pacífico, socialista.

Eso sí, cuando los amigos de mi madre de los primeros años del exilio venían de visita, el tío Wito desaparecía y se largaba a Karolinenhof con sus hijos; quizá escribiera allí aquellos poemas sobre la naturaleza de los que mi padre se burlaba. Yo nunca vi ni leí un poema suyo, pero a veces lo observaba pararse absorto en el jardín y quedarse mirando al aire, y suponía que en aquellos momentos era cuando componía sus versos. No sé si los amigos de mi madre llegaron a ver alguna vez al tío Wito. Quizá es que mi madre no quería presentarles como su nueva pareja a sus compañeros de exilio a un antiguo soldado de la Wehrmacht; de todos modos, no encajaba en el círculo de exiliados. Quizá se sentía dividida entre las diferentes lealtades, entre sus viejos amigos y su nuevo amante, quizá se avergonzaba incluso de la atracción que ejercía sobre ella aquel alemán. Por eso era tan importante que estuvieran de acuerdo en sus ideas políticas, aunque es probable que, por lo que a él respecta, hubieran sido adquiridas muy poco tiempo atrás.

Mi madre y el tío Wito se separaron como enemigos, mientras que mi padre siguió siendo para mi madre, hasta el final de su vida y por encima de diversos matrimonios, un amigo. Mi padre me dijo incluso una vez que el vínculo con mi madre se basó desde el principio más en unos sentimientos de amistad que en una pasión amorosa, y que por eso había resultado mejor su separación que el matrimonio, tras cuya ruptura la amistad encontró su auténtica forma. Mi padre se veía de todos modos como alguien que no encontraba la felicidad en el amor; todas sus mujeres y amantes le habían seguido resultando extrañas, concluyó una vez en un triste balance. Mi padre hablaba a menudo conmigo de sus mujeres y matrimonios, lo que me hacía sentir abrumada, de un modo similar a como lo hacía el silencio de mi madre sobre aquellos temas, que ella misma llamaba «discreción». En su intento de salvar algo entre todas aquellas extrañezas de amores malogrados, a mi padre le importaba mucho —no, exigía incluso— que todas sus mujeres y amantes fueran amigas entre sí, o al menos se esforzaran por entenderse, y a mí también me lo exigía. Y a eso se debió que fuera precisamente en Leipzig, en casa de los padres de la tercera mujer de mi padre, de la que por lo demás estaba separándose, donde por vez primera escuché pronunciar el apellido que hasta entonces solo conocía por escrito.

El hecho es que de vez en cuando yo pasaba un fin de semana con aquella pareja que acepté de todo corazón como mis abuelastros, puesto que carecía de abuelos, y ellos me «adoptaron» también sin esfuerzo, porque tampoco tenían otros nietos. Käthe y Ferdinand eran una pareja mayor de actores que irradiaban todavía algo de la época vanguardista de los años veinte y los primeros treinta, y aún

seguían viviéndola entonces, lejos de las convenciones burguesas, libertarios y un poco excéntricos. Hasta que los nazis ejecutaron al amante de Käthe debieron de vivir en un *ménage a trois* que por momentos llegó a ser incluso *á quatre*. A causa de esas convicciones libertarias no les resultó difícil aceptar la gran diferencia de edad entre su hija y mi padre, con el que además podían compartir recuerdos de la época del Wandervogel[7] y de su tierra natal de Hesse, cosa que a menudo hacían en el dialecto de Hesse, de modo que yo apenas entendía una palabra. Durante su época del *ménage à trois* y *à quatre* habían tenido contacto con la Orquesta Roja[8], y fue a raíz de aquello por lo que él, el amante de Käthe, fue ejecutado. Käthe y Ferdinand le guardaron luto juntos, igual que lo hicieron por su hijo, que murió en el frente ruso casi al mismo tiempo. Y como suelen hacer los actores, se mantuvieron firmes; sabían que debían interpretar su papel hasta el final, hasta que cayese el telón y hubiese acabado la representación.

Desde aquella época de su contacto con la Orquesta Roja a Ferdinand le interesaban la conspiración, el espionaje y los servicios secretos, y justo esbozaba el proyecto de escribir una biografía del almirante Canaris[9] cuando en uno de los fines de semana que yo pasaba en su casa salió a la luz toda la historia de Kim Philby. Frente al televisor de Ferdinand se me cayó la venda de los ojos al escuchar una y otra vez el apellido que tan a menudo había leído en los programas que se emitían desde la mañana hasta la noche y que contaban lo mismo sin parar, algo que a Ferdinand le generaba una tremenda excitación. ¡Imagínate, agente doble! ¡Superagente! ¡El mayor espía de todos los tiempos! ¡Durante treinta años ha estado embaucando al mundo entero! ¡Mintiendo! ¡Engañando!… ¡Un caballero inglés, hijo de la *upperclass* y para el KGB! Y Ferdinand no sabía si debía admirar o despreciar a Kim Philby, admirarlo por la impecable farsa, el perfecto cambio de máscaras sin arañazos, por la negación sobrehumana, o despreciarlo por la traición, el ejercicio de poder a escondidas tras el que solo podía haber fantasías y delirios de grandeza, como me explicó, temblando de excitación, Ferdinand, el padre de la tercera mujer de mi padre, que ya había tenido ocasión

de conspirar un poquito en su vida. Al contrario que yo. Jamás en mi vida había conspirado y aún no había cometido una auténtica traición. Mi madre me había transmitido dos mandamientos que, a primera vista, se contradecían: primero, no mientas, y segundo, si mientes, miente lo más cerca posible de la verdad. El segundo era en el fondo la interpretación pragmática de la elevada norma ética del primer mandamiento, y bastante razonable. Yo no podía decirle a Ferdinand lo que tenía que decir, ni siquiera era capaz de pronunciar yo misma el nombre que escuchaba ahora una y otra vez. Y qué iba a contarle, no conocía ni la verdad ni la mentira.

Cuando regresé luego a Karlshorst, en la puerta estaban los periodistas ingleses, y mi madre no me dio mucha más información que a ellos. Sabíamos más o menos lo mismo, los periodistas ingleses y yo, mis fuentes y las suyas eran las noticias que ahora se filtraban desde Moscú a Gran Bretaña y desde allí al resto del mundo, a ellos les llegaban las revelaciones por Reuters, y a mí me llegaban por Ferdinand.

No sé cuándo empezó mi madre a desvelarme un par de mínimos detalles sobre su matrimonio con Kim Philby, mucho me fue transmitido por gente desconocida que, al igual que Ferdinand, se apasionaba por las historias de espías, y a mi madre le enviaban artículos, revistas, libros que no dejaron de aparecer hasta el final de su vida y más allá y que contenían aquellos pasajes por los que mi padre creía que debía interponer una demanda y al menos así «ganar dinero». En lugar de eso, ella colocaba los libros en la estantería sin leerlos después de haberlos hojeado un poco, si es que no los tiraba de inmediato.

Cuando, más adelante, mi madre me explicó algo sobre «ese capítulo de mi vida», como lo llamaba, no fue para compartir conmigo de alguna manera aquel capítulo del que tampoco había ya nada que compartir, porque el tiempo de los secretos había pasado, sino porque creyó que su hija debía estar al menos *up to date*[10] cuando aparecía gente desconocida en nuestra puerta para hacer preguntas. Para que yo pudiera mentir lo más cerca posible de la verdad: no sé nada.

«Tu madre es una persona a la que realmente resulta difícil entender», solía decirme a veces mi padre. «O bien es mucho más ingenua o mucho más astuta que la mayoría de la gente. O bien habla demasiado o se lo guarda todo. O bien rebosa temperamento o se derrumba apática. O bien se queda despierta toda la noche o se va a la cama a las nueve. Se conforma con lo mínimo necesario y al mismo tiempo tira el dinero por la ventana, lo regala y hace regalos sin medida, pero de lo que siempre fue incapaz es de revelar algo suyo». Y su insensibilidad al dolor… Si yo me quejaba de dolores de cabeza, decía que no conocía los dolores de cabeza. Si me quejaba de molestias en el estómago, «yo nunca en mi vida he tenido molestias en el estómago». «Hoy no estoy de humor»: ella nunca habría pronunciado una frase así, mi madre no conocía aquello, y nunca se abandonaba, ni a la tristeza ni al dolor ni a la hosquedad. Mantener la compostura era lo más importante en su vida, y la compostura estaba por encima del marxismo-leninismo y de los filósofos, que solo han interpretado el mundo de diversas formas cuando de lo que se trata es de cambiarlo. Al menos tanto o más se trataba de mantener la dignidad. Por eso, a ella se la podía pasar a ver a cualquier hora del día, nunca jamás la habrías encontrado andando por ahí de forma descuidada o negligente, hasta el mediodía en bata o en pijama, eso hubiera sido impensable en ella, era impensable dejarse ir por dentro y ponerse guapa por fuera, jamás se presentaba a desayunar sin peinarse, y siempre llevaba las uñas y los labios pintados.

Y así ocurría ahora que la había abandonado el tío Wito, los periodistas ingleses estaban en la puerta y el capítulo de su pasado había vuelto a convertirse en presente de forma repentina. No tenía dolores de cabeza, no tenía molestias en el estómago, y cuando decía «ese capítulo de mi vida», yo no podía distinguir si lo que traslucía era vergüenza u orgullo.

Mi madre está muerta. Mi padre está muerto. El tío Wito está muerto. Exactamente igual que Ferdinand y Käthe y Lomi y Brauni

y las demás viudas de Karlshorst. Philby está muerto, y los que más tiempo llevan muertos son los Rosenberg.

Ahora, tras la apertura de los archivos del KGB, se ha confirmado la aseveración de mi madre de que no habían sido ejecutados siendo inocentes. De modo que tenía que saberlo. Quién sabe qué papel jugó ella. Se ha escrito que Philby escuchó por primera vez la expresión «energía atómica» en boca de mi madre. Resulta sorprendente, porque mi madre apenas conocía las leyes más básicas de la mecánica elemental, y ni siquiera aprendió en su vida a conducir un coche.

El imperio para el que espiaron los Rosenberg, Philby y mi madre se hundió y ha perecido, y de sus ideas y teorías —por las que se sacrificaron mis padres y sus amigos, Philby y los Rosenberg, a las que dedicaron toda su pasión y por las que renunciaron a cualquier otra lealtad y rompieron todos los demás vínculos con su origen— tampoco ha quedado mucho más.

Desde entonces, se ha escrito una infinidad de textos sobre los Rosenberg y otros sobre Kim Philby; se han publicado docenas de libros y cientos de artículos; se han emitido programas de radio y series de televisión al respecto. Seis de esos libros se hallan en mi estantería: dos los he leído, otros dos hojeado, a los otros les eché un vistazo antes de colocarlos allí, como solía hacer mi madre. Mi curiosidad se veía pronto satisfecha, puesto que lo que no entendía de ese capítulo de su vida no me lo explicaban tampoco los libros. El último libro en aparecer es el más interesante. Un periodista ruso mantuvo una larga conversación con Philby en su dacha pocos meses antes de su muerte y confrontó sus recuerdos con los informes y documentos del KGB, y con las breves biografías de sus oficiales de control, y por tanto también los de mi madre, de la época en la que debió de pronunciar la expresión «energía atómica». Todas esas biografías terminan igual: fusilado, fusilado, fusilado. Como espías enemigos, por supuesto.

Mi madre me transmitió como un título nobiliario el orgullo y la vergüenza que tan difíciles eran de distinguir cuando hablaba de ese capítulo de su vida. Como todos los títulos heredados, remite a una

gloria pasada, es anacrónico y limita estrechamente con el ridículo.

El lado húngaro de mi madre era quizá el que más me gustaba y el que, al mismo tiempo, le concedía sin envidia, a diferencia de su lado inglés, del que me hubiese gustado tener mayor parte. Cuando mi madre hablaba en húngaro, un idioma que con el tiempo llegó a sonarme familiar, pero que nunca aprendí a hablar ni a entender sino de modo fragmentario, me resultaba gratamente conocida y a la vez extraña, y la tensión de la continua cercanía, el esfuerzo con que tras la marcha del tío Wito nos ocultábamos mutuamente la pérdida y nuestra pena, se esfumaban. En húngaro mi madre me parecía poseer unas reservas secretas, un idioma para sí del que podía extraer las ganas de vivir y la alegría que, de otro modo, apenas veía en ella.

Mi madre había nacido en Viena, pero había crecido con los padres de su madre en un pueblo cerca de la frontera croata, en el suroeste de Hungría, hasta que empezó a ir a la escuela en Viena, y, después, todos los años pasaba los meses de verano en la finca de los abuelos en Kerkaszentmiklós, donde había vacas, caballos, gallinas, gansos, una huerta, viñedos, campos de maíz, plantaciones de melocotones y de albaricoques y también un cochero, la cocinera y el resto del personal. Allí jugaba con los niños del pueblo e iba a bañarse en el Kerka, como se llamaba el río que daba nombre al pueblo; una vez, contaba, un chico se cayó de un árbol y murió. Hablaba de la casa señorial y el ala de la servidumbre, de establos y de una gran bodega, y del oscuro recuerdo de cómo toda la familia se había escondido en las bodegas porque primero los «rojos» y luego los «blancos» pasaban al galope por el pueblo. A veces contaba cómo jugaba con los niños del pueblo y a veces que nunca había jugado con los niños del pueblo, tan solo con sus numerosos primos y primas, que también pasaban los meses de verano con los abuelos.

A veces contaba que los abuelos habían sido los únicos terratenientes judíos del pueblo y a veces que en el pueblo había dos familias de terratenientes judías. Decía siempre «terratenientes», aunque lo más probable es que fueran arrendatarios o administradores de la finca, como tantos otros judíos húngaros. Ella, que más adelante se entregaría con tal pasión a las ideas de igualdad social y distribución justa, no llegaba a presumir de ese origen terrateniente, pero lo sublimaba y lo recordaba con melancolía, por mucho que los detalles estuvieran más o menos tan garantizados como su color de pelo. Había, eso sí, una cosa que no se cansaba de repetir, siempre con las mismas palabras, y era la diferencia entre «nosotros y los húngaros del pueblo». Los húngaros eran analfabetos y bebedores, se emborrachaban hasta perder el conocimiento y luego se iban a sus casas y les daban palizas a sus mujeres e hijos. Lo hacían todos los sábados, según sus palabras. En cambio, los judíos no se emborrachaban nunca, y desde luego no daban palizas a sus mujeres e hijos. «Y es que los judíos no beben y los judíos no pegan palizas». En el fondo, los húngaros del pueblo vivían como animales, decía mi madre.

Aunque pasamos muchas vacaciones en Hungría, nunca fuimos desde Budapest a aquel triángulo entre Hungría, Austria y Croacia; una única vez regresó mi madre sola a Kerkaszentmiklós, pero no lo reconoció. El pueblo había sido anexionado y pertenecía ahora a un municipio con otro nombre, y el auténtico Kerkaszentmiklós era ilocalizable en su sentido literal. Ella lo contó sin mayor pena y no hizo ningún drama de ello.

Lo cierto es que su lado húngaro era quizá el que le resultaba más natural, y en él sus raíces eran más profundas, siguiera existiendo Kerkaszentmiklós o no. En el idioma húngaro se movía como pez en el agua, mientras que en Berlín la reconocían enseguida como extranjera por su acento vienés; y en Viena, debido a su larga ausencia, como ya-no-vienesa; y en francés y en inglés, por cómo arrastraba la erre.

La familia húngara de mi madre conservó, después de que las familias judías de su entorno se hubieran *magiarizado* en gran

medida, el apellido de resonancias alemanas Kohlmann, que sin embargo deriva del legendario Kalonymos, el primer judío que se asentó más allá de los Alpes, llevó allí consigo la sabiduría hebrea y, por decirlo de algún modo, inventó el mundo asquenazí, en el que más adelante los judíos húngaros, con su marcada tendencia a los extremos, ocuparían un lugar muy especial, o al menos esa es su fama, entre la religiosidad y el estricto cumplimiento de la ley por un lado y la plena asimilación y hasta el patriotismo húngaro por otro. Y luego estaban los judíos de Nagykanizsa, me dijo un día un rabino húngaro en tono misterioso, claro que sin revelar en qué consistía el misterio de su singularidad. Nagykanizsa era la ciudad más cercana a Kerkaszentmiklós, que, por lo demás, nadie conoce, y al igual que este formaba parte de las mancomunidades del Burgenland en las que el conde Batthyány concediera desde el siglo XVIII a los judíos derecho de estancia.

Cuando la familia Kohlmann se trasladaba desde Viena a la finca húngara para el verano, llegaban en tren a Nagykanizsa y allí los recogía el cochero, y luego, contaba mi madre, «seguía un viaje de un par de horas hasta que girábamos hacia la gran alameda, al final de la cual quedaba la finca, donde nos esperaba el personal». Los primos y primas aparecían por última vez en estos relatos, de los tiempos posteriores ya no había más menciones.

El nombre propio de su padre era Israel, y eso que en su generación la mayoría de los judíos de Austria-Hungría se llamaba ya Sigismund, Leopold, Adolf o, si se habían sumado ya a la ola de *magiarización*, Tibor, Mathyas o Gabor. Que tampoco el padre de él cambiara su nombre de Sacharía a Sándor y ni siquiera a Zacharias apunta a aquel legendario mundo de religiosidad húngara del que mi madre se separaría luego de forma tan radical, con el que rompió porque es probable que lo encontrara oscuro, estrecho y pequeñoburgués. Pero ella no decía eso, a diferencia de mi padre, que había nacido ya en la asimilación. Él se definía con todo orgullo como judío asimilado, y por lo tanto, en el fondo, como no-judío, porque su judaísmo se reducía a su aspecto, por desgracia muy semítico, y a la manía persecutoria de los nazis, y quedaba, por

tanto, completamente al margen de su voluntad o de su confesión. Mi madre no podía decir tal cosa de sí misma y por eso no lo decía, prefería callar sobre aquel mundo judío del que provenía. En cambio, del mundo y de la tradición terrateniente hablaba sin pudor alguno y con una espontaneidad que no dejaba de estar en contradicción con sus teorías marxistas-leninistas, pero que hallaba su expresión más natural en su distancia amable, algo condescendiente, con Lomi y Brauni y otras empleadas temporales de la casa. Y es que le deseaba lo mejor a la «gente sencilla», como ella la llamaba, de todo corazón, siempre que no se le acercara demasiado.

Para alguien originario de la RDA, Hungría rezumaba un toque del sur, un toque de la Casa de Habsburgo e incluso un toque de Occidente, puesto que allí podían verse en el cine todas las películas de Antonioni, Pasolini o Visconti que no se exhibían en la RDA. Budapest era además, a diferencia de Berlín, una ciudad de elegante ubicación y trazado generoso, donde vivíamos en las casas de amigos de mi madre, en los mejores barrios de Rózsadomb o Széchenyi-hegy[11]. Todos esos amigos ocupaban ahora altos y excelsos cargos, funcionarios del Estado, eran judíos y, por supuesto, comunistas, antiguos refugiados y combatientes de la resistencia, partisanos, supervivientes de los campos de concentración y, a veces, todo a un tiempo. La aristocracia antifascista. Mi madre conocía a la mayoría de ellos de los viejos tiempos de la clandestinidad. Por ejemplo, Gyury, al que en 1923 había escondido en su piso de Viena cuando él tuvo que escapar del régimen de Horthy en Hungría. Gyury tenía aspecto no ya semita, como mi padre, sino que directamente parecía un indio, muy pequeño y flaco y con un color de piel casi negro. De Viena había escapado más tarde a América por París, y desde allí se había traído después de la guerra a su mujer, a la que llamaban Micky, nunca llegué a saber su verdadero nombre. Era una antigua berlinesa, casi el doble de alta que él, y los dos, la gigantesca berlinesa y su pequeño indio, eran realmente una pareja muy

divertida. Para llegar a su casa en Széchenyi-hegy había que tomar el funicular, se ve que no subía ningún autobús hasta allí, luego nos sentábamos en el balcón con las amplias vistas de Budapest y comíamos frutas húngaras, melocotones y albaricoques y tartas del Gerbeaud[12], bebíamos el negrísimo *espresso*, del que afirmaban siempre con orgullo que era aún más negro y amargo que el italiano, y Gyury aprovechaba para perorar sobre los problemas pasajeros de la economía planificada socialista. Estaba empleado en alguna sección del Ministerio de Economía y además impartía en la universidad clases sobre «Los principales problemas político-económicos del capitalismo monopolista», que había tenido sobrada ocasión de estudiar durante su exilio en Estados Unidos. Aunque, al mismo tiempo, hablaba con entusiasmo de América. Ay, ¡cuánto echaban de menos, en ocasiones, Micky y Gyury América, y Nueva York en particular! Mis tímidas preguntas aludiendo a esta contradicción las rebatía tajante Gyury, mientras mi madre asistía algo desesperada a mis preguntas y sus frases hechas, puesto que trataba de evitar la disputa política entre viejos compañeros. Pues entretanto algunos, aunque no Gyury, habían derivado como ella hacia el «eurocomunismo», que, por venir de Italia, prometía mayor apertura y menos estrechez de miras —cuando artistas como Antonioni y Pasolini podían sentirse cercanos a aquel movimiento—.

Tenía otro amigo llamado Gyury cuyo título nobiliario antifascista derivaba de haber padecido varios campos de concentración; al final había sido Buchenwald, donde tras la liberación permaneció todavía un par de semanas y donde, como médico que era, se ocupó de los enfermos graves y los medio muertos. Era comunista y seguía siendo comunista, ahora era médico jefe del hospital gubernamental, pero no tenía nada bueno que decir de los comunistas de Buchenwald y de su mito de la autoliberación del campo. El hecho es que cada vez que volvía de los encuentros periódicos en Buchenwald venía a visitamos a Berlín y, mientras cenaba con nosotras, daba rienda suelta a su enojo con aquella leyenda, sin olvidarse nunca de señalar con amargura que la

tan cacareada solidaridad de entonces en el campo solo se ejercía con los correligionarios. Y aunque él mismo era uno de ellos, décadas después seguía indignándose por tal cosa. Su mujer, con la que se había casado tras la guerra, no era judía, pero esa mácula se veía compensada por haber sido partisana; y, por lo que se decía, la partisana más joven de todas, de una valentía extraordinaria. De hecho, las historias y experiencias que contaba de la época de los partisanos se asemejaban a las que solían aparecer en los libros soviéticos para niños que yo sacaba a veces de la biblioteca pública de Karlshorst. Para entonces la partisana se sentaba en el jardín de invierno de su villa en la Rózsadomb de Buda y se pintaba las uñas de los pies y de las manos mientras nos contaba aventuras y trances de su vida. Luego nos íbamos a nadar al Gellért[13].

Todos aquellos antiguos partisanos, exiliados y supervivientes de los campos de concentración de los que se componía en exclusiva el círculo de amigos de mi madre provenían de familias burguesas, de un entorno en el que ahora volvían a establecerse, pese a que muchos años antes, en su juventud, habían renegado de él, a veces con gestos muy dramáticos. Ahora, con su posición firmemente anclada en el Estado socialista, creaban un género del todo nuevo de existencia burguesa, asentada, protegida, hasta privilegiada y, sin embargo, quebrada por los múltiples desarraigos, ostracismos y persecuciones que habían sufrido como judíos y comunistas, y desprendida de los antiguos vínculos de sus familias, cuyo trasfondo burgués culto seguía marcándolos. Habían asistido a institutos humanistas y leído las obras de la literatura universal en sus lenguas originales. De ahí que mi padre, al ayudarme a traducir la *Anábasis* para clase, se burlase de mis chapuceros conocimientos de griego. ¡En la Odenwaldschule[14] leíamos a Sófocles! Lo leíamos, ¿entiendes? ¡No lo traducíamos!

Cuando los viejos amigos discutían cuidadosa o acaloradamente, en Budapest o en Berlín, sobre la política de los países en los que vivían por entonces, lo hacían sobre todo por expresar su insatisfacción con la falta de estilo y gusto de esa soberanía popular que ellos mismos habían anhelado y con la que seguían sintiéndose

comprometidos. Acusar a aquellas sociedades —que por si fuera poco se denominaban «democracias populares» y con esa tautología caían aún más bajo que mi chapucera traducción de la *Anábasis*— de fealdad, vulgaridad y ordinariez era, de algún modo, la forma autorizada de atribuirles en el fondo la vacuidad interior y la mentira. La estética de mi madre consistía en entender que la belleza solo puede provenir de la conformidad con uno mismo, y a partir de ahí puede mostrarse de forma más o menos desagradable, pero no ordinaria. Porque, según su teoría, lo contrario de la belleza no era la fealdad, sino la mezquindad y la ordinariez; o sea, la mendacidad.

Mi padre tomaba café y mi madre, té. Como tantos otros judíos alemanes, mi padre en el fondo tenía un alma romántica alemana, de ahí que se tomara tan mal que el tío Wito escribiera poemas. A mi padre le encantaba salir a dar largos paseos solitarios, observar la luna entre las nubes pasajeras y buscar la hermandad de las almas, en especial con personas imaginarias; es decir, era bastante misántropo. Para todas estas cosas mi madre no mostraba la más mínima comprensión, no le encontraba el menor encanto ni a la naturaleza ni a su contemplación, ni mucho menos a la soledad, y en cambio era capaz de estar horas y días con gente alrededor, de ahí que mi padre la llamara «judía de café vienés», pues prefería pasarse el día entero charlando sobre política, y, al final, hasta se le ocurría fundar estados completamente nuevos. Y, sin embargo, era justo la política lo que más unía a mis padres, tanto durante sus años de juventud, cuando más próximos se encontraron al comunismo, como, en el fondo, durante su cauteloso alejamiento de él en los intermedios y hasta la vejez.

«Cuanto mejor llegaba a conocer a tu madre, tanto más incomprensible se me hacía», decía a menudo mi padre cuando quería volver a explayarse conmigo sobre ella. ¡Como si yo hubiese llegado a comprenderla mejor! Después de todos los años de nuestra convivencia la conocía menos que antes, se quejaba él, y luego me contaba este o aquel recuerdo de la época en la que aún estaba casado con ella, una época de la que yo apenas me acuerdo, porque entonces era todavía una niña pequeña. Se quejaba de la excesiva sociabilidad de ella: «Siempre había que tener invitados, siempre invitados, siempre fiestas, cuando me levantaba por las mañanas tropezaba en cada habitación con invitados que se habían instalado

allí la víspera, o hasta en veladas anteriores, y que desde entonces no se habían ido a sus casas».

Después ya no fue para tanto; pero también en la época del tío Wito y más tarde, en los años en los que las dos seguíamos viviendo juntas en Karlshorst, e incluso luego, cuando ya me había ido de casa y ella vivía sola, mi madre siempre estuvo rodeada de muchos amigos, iba a sus casas, los recibía, aunque ahora también buscaba tranquilidad, que, según mi padre, nunca antes había buscado, sino de la que casi cabría decir que había escapado. Puede ser que él exagerara en todo lo que afirmaba sobre mi madre, pero tengo que darle la razón en lo que respecta a su carácter enigmático, que mi padre, en aras de la sencillez, explicaba a veces por su origen «balcánico». Bajo «balcánico» agrupaba todo lo que queda al sureste de Frankfurt del Meno, que, desde su percepción, era caótico, imprevisible y cambiante.

¡Y, ay, lo imprevisible, caótica y cambiante que era ella! ¡Su letra! Un estallido de signos grandes, asilvestrados e ilegibles que ninguna convención lograba domeñar. Con idéntico afán de libertad debieron de discurrir los viajes en canoa que llevó a cabo en su juventud por los torrentes de los Alpes y de los que a veces me hablaba, aunque en el fondo me costara mucho imaginarla realizando una actividad tan romántica y deportiva, porque mientras vivimos juntas resultaba de lo menos intrépida y hasta incorpórea, rara vez se decidía a dar algo más que un pequeño paseo y, a diferencia de mi padre, prefería ver las noticias en la televisión a contemplar la luna.

Caótica e imprevisible, o sea, genial, era también mi madre con la ropa que confeccionaba para mí. Encontraba una tela, la cortaba a ojo, me la echaba encima y pinchaba, cortaba, hilvanaba, cosía y le hacía el dobladillo mientras la tenía puesta, hasta que estaba listo el vestido. Del mismo modo que hacían los modistos de París, según decía, los de la Haute Couture, se entiende, y así le salían también luego los vestidos, únicos e incomparables, inusuales y sin obedecer a ninguna moda, sino creándola; geniales, en fin, un poco torcidos y combados y tampoco demasiado sólidos, pero conformes consigo

mismos. Mi padre llamaba a aquellas creaciones «confeccionadas a mano por Litzy». Las mejores horas que pasamos juntas fueron las de las pruebas de sus diseños. Dejaba incluso de hablar de política y se entregaba por completo a sus innovaciones estéticas o a los recuerdos de cuando había visto una vez algo parecido a lo que en aquel momento tenía en mente. Luego entraba en fase eufórica y de exaltación creativa, mientras que a mí empezaban a dolerme las piernas del continuo estar de pie y darme la vuelta; pero ella creía tener derecho a esperar de mí ese mínimo de capacidad de sacrificio. En ese punto ya no había forma de pararla, y todo tenía que subordinarse a su furor artístico hasta que ella viera que había quedado bien y me dejara volver a correr por el mundo envuelta en su obra. La inspiración para sus creaciones la obtenía en gran parte de *Vogue*, que se hacía enviar cada mes desde Inglaterra por sus amigos, y de *House and Garden*, del mismo grupo editorial, dos revistas tan extravagantes que la aduana de la RDA debió de clasificarlas como inofensivas y las dejaba pasar. El hecho es que todos los meses llegaban puntualmente a Karlshorst, y que, demasiado anchas y gruesas para caber en el buzón, eran recibidas por Lomi o Brauni, que luego, extrañadas pero también llenas de respeto reverente, se las entregaban a mi madre.

Sin duda, mi madre habría querido ser modista o decoradora, o, en estrecha relación con ello, interiorista, porque diseñar, decorar, medir, dibujar, reubicar y, por tanto, también mudarse eran su auténtica pasión; empezar de nuevo y reorganizar, hacer surgir una forma de la nada, dejarlo todo atrás, recomenzar de nuevo. Y es que la forma surge del vacío, decía, y por eso el vacío es lo más importante y hermoso en un espacio. Un hermoso parqué, una alfombra noble, cortinas claras; por lo demás, solo los muebles estrictamente necesarios, butacas revestidas de *chintz*, la luz adecuada, una estantería y uno o dos cuadros; por supuesto, solo originales, porque las reproducciones no eran para ella más que una vulgarización de las obras de arte.

El armario, que ella designaba con el término austríaco, no el alemán[15], era para mi madre el objeto más feo del mundo; algo,

por tanto, que se eleva de forma burda y donde se acumulan, apilan y conservan cosas. ¡Nada de acumular, nada de reunir y conservar! Como si tuviera que liberar de lastre a un barco en medio de aguas tormentosas, a lo largo de su vida mi madre tiró todo lo que no se destinara a un uso inmediato y resultara de utilidad práctica, todo lo que en su opinión solo recargaba el barco de manera innecesaria. Los *Vogue* y los *House and Garden*, tras haber sido evaluados a conciencia, tampoco se conservaban y recopilaban, sino que los tiraba, lo mismo que las numerosas cartas que recibía y que contestaba siempre con gran puntualidad. Solo lamentaba la pérdida de dos objetos valiosos de su propiedad, extraviados o destruidos sin su participación. Uno era una pequeña alfombra árabe muy antigua que decoraba nuestra sala, una alfombra de oración que había pertenecido al viejo St. John Philby, con colores claros y de ornatos amplios; un día, Brauni la cortó simplemente en dos, la guarneció con cinta marrón para alfombras y volvió a extenderla dividida, porque en su opinión la sala la llenaban mejor dos alfombrillas, y mi madre a punto estuvo de desmayarse al ver los jirones. El otro eran dos dibujos de Modigliani que había comprado en París en los años treinta, por poco dinero aún, según decía, y que significaban mucho para ella; se perdieron durante los bombardeos y las numerosas mudanzas en Londres, aunque continuó esperando largo tiempo volver a encontrarlos en alguna parte, lo que, por supuesto, era del todo ilusorio.

Ahora, en nuestro piso de Karlshorst, colgaban en la pared dibujos y acuarelas de Roger Loewig que mi madre le había comprado al artista cuando este fue liberado después de cumplir un año de cárcel por «difamar al Estado»[16]. Ni siquiera sé cómo llegó mi madre a conocer su obra, pero, en cualquier caso, estaba convencida de su calidad, y siguió apoyando al artista, comprándole más obras y recomendándolo. A veces, me enviaba con una bolsa llena de comida y un sobre con dinero en metálico a Kópenick, donde pintaba en su piso minúsculo. De modo que, ya en aquella época, sus principios estéticos empezaban a prevalecer sobre los políticos.

Mi madre tuvo varios nombres, no solo porque estuvo casada varias veces, sino también porque en diferentes épocas de su vida se hizo llamar con nombres de pila diferentes. Sus padres le habían puesto Alice, aunque nunca me dijo si la llamaban con algún diminutivo o apodo cariñoso, ni si era húngaro o alemán; en las cartas de su madre que encontré yo en su legado aparece el apelativo *Draga gyerekem*, o sea, querida hija, pues entre ellas solo hablaban en húngaro. Mi madre se llamó luego Litzy o hizo que la llamaran así, o alguien le puso ese nombre, que tomó en todas las variantes posibles, Litzy, Lizy y Lizzy. Pero después de la guerra, en Alemania, de pronto pasaron a llamarla Lisa, o se hizo llamar así, o dejó que alguien le pusiera ese nombre. De modo que se empezaron a crear grupos claramente diferenciados de amigos y conocidos en función de con qué nombre la llamaban, los que la conocían ya desde antes de la guerra, los que habían estado con ella en el exilio, que en su mayoría eran judíos y la llamaban Litzy, y los que conoció solo en su nueva patria, en Alemania, y la llamaban Lisa. El tío Wito la llamaba algunas veces Lisa; otras, Lisabeta o Yelisabeta, y al hacerlo la tomaba por el mentón y se reía como un líder de pioneros[17] que acabara de pillar a su pequeña pionera haciendo una tontería o un gesto de vanidad burguesa. Mi padre era el único que la llamaba por ambos nombres.

Esa mezcla de dualidad y aproximación, de mentira cercana a la verdad, reaparece en otros detalles de su vida, ya que, además de los distintos nombres, hay también fechas fluctuantes, incluso entre las fijas, su fecha de nacimiento y la de defunción. Según la partida de nacimiento nació el 2 de mayo, pero ella hizo creer a todo el mundo que su cumpleaños era el Primero de Mayo. Como de todos modos

era un día festivo, después de la manifestación del Primero de Mayo, mi madre invitaba a sus amigos a la fiesta de cumpleaños en nuestra casa. En el salón casi sin muebles había preparado un bufé, y allí se apostaban sus amigos por la tarde y hablaban de la manifestación como si al desfilar, marchar juntos y agitar las banderas realmente hubieran encontrado un sentimiento de gozo y de fiesta, que prolongaban ahora en la celebración del cumpleaños de mi madre. Estaba rodeada de las amigas que la llamaban Lisa, puesto que se habían conocido en Berlín ya tras la guerra, y sin embargo, como por casualidad, eran casi todas judías.

Hilde había venido al mundo como Brunhilde en algún lugar de Polonia, pero comprensiblemente había abreviado el nombre a Hilde en su periplo por numerosos exílios. Pese a todas sus convicciones comunistas, en secreto seguía siendo sionista, en la fundación del Estado de Israel no podía ver otra cosa que un triunfo sobre los asesinos de su familia polaca y amaba ese Estado por ello, y tembló por él durante la Guerra de los Seis Días, por mucho que los periódicos que leía y en los que hasta colaboraba ella misma en parte condenaran una y otra vez a Israel y lo acusaran de ser «el esbirro del imperialismo americano». En su fuero interno, estaba exultante y se regocijó de su grandiosa victoria, y de vez en cuando asistía a las celebraciones del Séder de la comunidad judía. Eran pequeños actos de resistencia o intentos de salvar una parte minúscula de su alma judía.

Jetty era holandesa y había sido enfermera en la Guerra Civil Española, pero mi madre la admiraba sobre todo por sus radiantes ojos azules. Berta era una escritora de la antigua Asociación de Escritores Proletarios[18], una auténtica berlinesa que, después de un par de años de presidio, pasó el resto de la guerra escondida en Berlín, mientras que su hermana logró huir a Palestina. Ahora iba a verla todos los años a Israel, exactamente igual que Toni, que había sobrevivido a Auschwitz; iba allí todos los años; pero de sus viajes a Israel hablaban todas un poco más bajo que de las experiencias en la manifestación del Primero de Mayo.

Por su parte, Olga había escapado de los nazis a la Unión

Soviética, donde nada más llegar los camaradas fusilaron a su padre y a su hermano bajo algún cargo, tipo enemigos del pueblo o espías enemigos. Quizá justo por esa razón, Olga se sentía obligada a defender ahora a la Unión Soviética, a la RDA y al socialismo con la misma intensidad con que se emborrachaba en el bufé con vodka ruso u Öszibarack húngaro. Mi padre, de quien era amante, la secundaba un poco bajo las miradas desaprobatorias de mi madre, que opinaba que los judíos no beben. Pero aquello ocurría mucho después de que mis padres se hubiesen separado, de modo que no se podía acusar a Olga de haber engañado a su mejor amiga, mi madre, con su marido.

Lo mismo que con su cumpleaños, mi madre hizo que todas las fechas de su vida fueran aproximadas. Ninguna fecha resultaba ser idéntica en las diferentes biografías o solicitudes que hubo de cursar; todas las fechas de matrimonios y divorcios eran erróneas, y no hay un solo nombre que no variara, ni un lugar al que no cambiara de nombre. De forma casi compulsiva camuflaba todos los nombres y fechas que pudieran comprobarse. Cuando una vez al año asistía a una reunión de padres, tampoco era capaz de recordar a qué clase iba yo; de todos modos, prefería dejarle esos asuntos a mi padre. A menudo solía contar que había estudiado un año en Grenoble. Cuando años después de su muerte estuve por casualidad en esta ciudad, examiné los registros de matrícula de su curso en la universidad y reconocí enseguida su inscripción y su firma, ¡cómo una loca! Pero junto a la firma había puesto una fecha de nacimiento sacada por completo de la manga. No me sorprendió.

De su segundo matrimonio, el de Philby, no hizo mención alguna al casarse en Berlín con mi padre, y presentó solo el certificado de divorcio del primero. Le bastaba para acreditar que era «apta para el matrimonio»; sin embargo, había mentido. Y hasta logró que su fecha de defunción quedara incierta, ya que murió la noche del 18 al 19 de mayo en una residencia de ancianos vienesa, sola en su habitación, seguramente mientras dormía —se dice que los pacientes del corazón mueren dormidos, y parece que también Kim Philby murió así—. Pero lo cierto es que nadie sabe si su

muerte acaeció el 18 o ya el 19 de mayo, y me dejó a mí la tarea de elegir de forma arbitraria una de las dos fechas para el certificado de defunción. Solo en la cuenta judía resulta claro el día de su muerte, porque el calendario judío no cierra el día en medio de la noche.

De la carpeta del abogado vienés de mi madre:

Comité Central del PCA
(encima la bandera austríaca con la hoz y el martillo)

28.10.1980

Por la presente confirmamos que la Sra. Alice Honigmann, nacida el 2.5.1910, militó ilegalmente en el PCA en los años 1933-1934 y estuvo en prisión a consecuencia de ello. Con el fin de evitar una nueva detención, en 1934 hubo de huir al extranjero.

Kepes Imre
1024 Budapest

(sin fecha)

El abajo firmante hace constar que en el año 1932 residí unos meses deforma ilegal en Viena, Latschkagasse9, en el piso de la Sra. Litzy Friedmann. Llegué a Viena como refugiado político, dado que en Hungría había sido condenado a dos años de presidio. La dirección de la Sra. Friedmann, de soltera Kohlmann, me la facilitó la organización del Socorro Rojo, Viena, Lerchengasse, 13.

Georg K.
Berlín-Grünau

9.2.1979

Conozco a la Sra. Litzy H., entonces Friedmann, desde 1931 por nuestra común militancia en el movimiento obrero. Confirmo que militó en la Ayuda Internacional de los Trabajadores, en el Socorro Rojo y, más adelante, en el PCA. En el marco de la ALT se ocupó específicamente de fugitivos de los países balcánicos que debían refugiarse deforma ilegal en Austria.

En su piso se celebraban deforma regular reuniones para organizar la militancia política ilegal.

Con estas declaraciones juradas, y ayudada por un abogado vienés que le llevaba el caso de forma discreta, es decir, sin despertar sospechas de ningún órgano estatal de la RDA, mi madre solicitó ya desde los años setenta la recuperación de su nacionalidad austríaca, el reconocimiento como víctima de persecución política y, con ello, el regreso a Austria tras una ausencia de décadas. Pero su regreso definitivo no tuvo lugar hasta 1984; por lo tanto, exactamente cincuenta años después de su salida de Viena. Alquiló un piso en el distrito 4º, cerca del Belvedere, y vivió allí hasta casi el final de su vida. En la puerta del piso, en su buzón y abajo, en el panel de los timbres junto a la puerta de la casa, podía leerse en una placa: DR. JOHN. No es que residiera con nombre falso, simplemente no cambió nunca la placa del inquilino anterior. No era una auténtica mentira, pero tampoco era la verdad.

Todo lo que llevé durante la infancia, de joven y hasta siendo ya adulta, si no era una creación de mi madre o procedía de Marks & Spencer en Londres, venía de Viena. Medias y ropa interior de Palmers, jerséis de Bernhard Altmann, confección de Schöps, zapatos de Humanic. Pero una parte importante venía también de la *boutique* en la Plößlgasse, que era algo muy especial, no una tienda que ofrece sus productos en un escaparate hacia la calle, sino que, como antes del siglo XIX, se visitaba en un cuarto del segundo piso, una mezcla de almacén y salón; allí las clientas privadas elegían y se probaban las ropas, elaboradas, por así decirlo, de forma artesanal: trajes, faldas y también los complementos. Una de aquellas clientas privadas era Lotti, la amiga más antigua de mi madre, su alma

gemela, su sombra, con la que había ido a la escuda en Viena —pero cuya familia había emigrado a comienzos de siglo a Viena no desde Hungría, sino desde Lemberg—. Lotti decía siempre simplemente Lemberg, por ahorrarle a la gente el impronunciable nombre polaco de su verdadero lugar de origen. Pero en la época en que yo la conocí nada revelaba ya ese origen en un *shtetl*[19] polaco, era una dama muy elegante que prefería con mucho los modelos recios y cosidos a mano de la Plößlgasse a las geniales creaciones de mi madre. Lotti era solo una, si bien la mejor de las muchas amigas y amigos que mi madre conocía desde tiempos inmemoriales, desde los tiempos revolucionarios de los años treinta o la época del exilio en los cuarenta, y con los que siguió manteniendo una estrecha amistad en la época de la posguerra y de su vida en Berlín; eran los que la llamaban Litzy. A veces nos encontrábamos con los amigos de Viena y de Budapest todos juntos, en un lugar a medio camino entre Budapest y Viena, en la curva del Danubio por ejemplo. Y entonces los amigos de Viena llevaban allí vestidos, jerséis, zapatos, medias y sujetadores, y me regalaban estas cosas en tal exceso que aún me daba para proveer de ellas a unas cuantas amigas de Berlín. En los años en que estuvieron de moda los *twin-sets*, podía reconocerse con facilidad al círculo de mis amigas de Berlín por aquellos trajes de dos piezas de color azul claro, rojo burdeos o antracita que solo muy rara vez se veían en la RDA.

De modo que, al final de su vida, mi madre regresó a Viena y al círculo de amigos de sus primeros tiempos. Entretanto habían ocurrido muchas cosas, pero el estilo de vida de estos antiguos comunistas se parecía asombrosamente al de sus padres, de los que en su día renegaran con tanto brío. Pero es que la propia revolución se había aburguesado y estatalizado, y algunos de los antiguos subinquilinos ilegales de Viena pertenecían ahora a los Comités Centrales o a los Politburos de los países socialistas. Una de las amigas, por ejemplo, había seguido enviando durante mucho tiempo, sin duda desde Inglaterra, a uno de sus subinquilinos, que entonces se llamaba Josip Broz, paquetes con alimentos no perecederos. Nunca nos quedó claro adonde, quizá a la dirección de

su madre, y en el año 1947 recibió la noticia de que los paquetes ya no eran necesarios y de que muchas gradas por todo, mariscal Tito, presidente del Gobierno.

Esta anécdota, por supuesto, era una de las favoritas entre el repertorio de sagas y leyendas del antifascismo, seguida muy de cerca por la referida a un exiliado que acaba de llegar de Austria y pasa su primera noche en la segura Inglaterra, en casa de gente muy amable pero que ha salido, y cuando a medianoche suena el teléfono, descuelga el aparato y balbucea: *Oh, I am sorry, I am only the ghost in this house*[20].

Debido a los muchos regalos, y a que mi guardarropa provenía casi por completo de Viena, durante toda mi infancia tuve que escribir muchas cartas de agradecimiento, qué bonitos, qué apropiados, qué prácticos y cuánto me han gustado; y además de eso escribía un poco sobre mi vida en la escuela o sobre la clase de *ballet*. Le enseñaba las cartas a mi madre, que por lo general las dejaba pasar, a veces sugería un pequeño cambio o me emplazaba a un informe más exhaustivo para dar una alegría a los amigos. Luego metía la carta en el sobre y le ponía la dirección. En cierta ocasión ocurrió que mi madre, al ver los sobres con la dirección escrita, perdió los nervios. Nunca en mi vida volvió a montarme una escena como la de aquel día, cuando descubrió que había escrito Austria con una sola erre[21]. Sobrellevó con más entereza la culpabilización de los Rosenberg, el desenmascaramiento de Philby y hasta la marcha del tío Wito que aquel escándalo. A día de hoy sigo sin saber qué clase de traición cometí con aquella falta de ortografía; mi madre rompió en mil pedazos el sobre con la carta dentro y me insultó diciendo que era estúpida y primitiva, y de lo alterada que estaba, recaía en la entonación húngara en la primera sílaba, PRÍmitiva y ÁBsolutamente Atontada, por lo que no tuve más remedio que reírme. Entonces, ella salió dando un portazo y estuvo tres días sin hablarme.

Lo único que saqué en claro de este incidente es que el lado austríaco de mi madre era muy susceptible, mucho más difícil y contradictorio que el húngaro, que era nítido y se captaba con

claridad. Pues, al margen del idioma y de las reclamaciones territoriales en Rumania, no tenía nada en común con los magiares, que en su mente no existían más que como aldeanos bebedores que daban palizas y además eran analfabetos, a cuyo nivel intelectual yo acababa de rebajarme al escribir Austria con una sola erre. Con respecto a Austria, en cambio, su sentimiento de pertenencia parecía ser igual de fuerte que el de alejamiento. Y a esa Austria entre los Alpes, el austro-fascismo y la Viena Roja, por lo que cabía deducir de sus señales cifradas, yo tenía que amarla y odiarla al mismo tiempo, tenía que sentirla como patria y como algo repulsivo. Tenía que saberlo y conocerlo todo de Austria, hasta aprender a esquiar; debía amar la naturaleza, las montañas, la cocina, la cultura, la literatura y hasta el *kitsch*, pero debía despreciar a los austríacos. No porque fueran analfabetos bebedores como los húngaros, sino porque eran antisemitas cultos. Y para poder expresar esos sentimientos contradictorios hacían falta por lo visto las dos erres de Austria.

En las vacaciones de otoño y las de Pascua, íbamos o bien a Budapest, o bien a Austria, al menos hasta que fui mayor de edad, porque incluso después de la construcción del Muro[22] mi madre conseguía a través de sus contactos con nunca-supe-qué-instancias los visados requeridos. Puede que le fuera de cierta ayuda la invitación personal del presidente del PCA, al que, de hecho, nunca llegué a ver y cuyo nombre he olvidado, pero que, según creo, había compartido exilio soviético con los camaradas alemanes. Con esa carta del presidente del PCA ella iba a algún sitio, hablaba con algún camarada, y entonces nos otorgaban el visado e íbamos a Viena en el *Vindobona*[23].

Viena era Oeste, parecía Oeste y olía a Oeste, refulgía con las luces y los anuncios y rebosaba de todas aquellas cosas hermosas y prácticas que en tal abundancia me regalaban, y frente a las que no llegaba a preguntarme si en realidad me gustaban, del mismo modo que no me hubiese atrevido a presentarme a desayunar con mi madre y sus amigos sin peinarme. En Viena, donde la llamaban Litzy en vez de Lisa, mi madre se transformaba, al igual que en

Hungría, en una persona más despreocupada, pero también más extraña para mí justamente porque se movía por la ciudad con tanta naturalidad, como pez en el agua, a diferencia de Berlín, donde siempre nos daba a entender a todos que se sentía como un pez encallado. El tío Wito no nos acompañaba en aquellos viajes; nunca a Viena, pero tampoco a Budapest. No sé si era él mismo quien se mantenía al margen o si era mi madre la que lo excluía; puede que simplemente fuera obvio que él, que la llamaba Lisa, estaba fuera de lugar entre los que la llamaban Litzy. Es probable que a ella le pareciera que un encuentro entre sus dos mundos no era necesario ni oportuno. Creo que el tío Wito, con el que vivió muchos años, nunca llegó a ver a ninguna de sus viejas amigas.

De mi padre, en cambio, se hablaba a menudo, y se preguntaba por él, pues formaba parte del paisaje de recuerdos ingleses, y además les había proporcionado otra anécdota que les gustaba contar entre risas, porque en la primera época de Londres puso su nombre en el timbre a la manera alemana, precedido por el título de doctor. Luego se asombraba de que lo llamaran en mitad de la noche para emergencias, ya que para los ingleses un doctor es un médico. Mi padre mismo, durante sus diversos matrimonios posteriores, había ido espaciando el contacto con los viejos amigos hasta casi perderlo al final, mientras que mi madre lo fue estrechando cada vez más con el tiempo. A menudo me daba a entender que la amistad era más fiable y hacía menos daño que el amor, que en el fondo a ella nunca le había funcionado, sobre todo a la larga. Y eso que en Viena seguía teniendo siempre admiradores, uno de los cuales me dijo en una ocasión, delante de mi madre y en tono de reproche, que le habría encantado casarse con ella, como si fuera yo quien lo hubiese impedido, cuando lo cierto es que lo habría visto como a un gran partido. Se trataba de un industrial comunista, o mejor dicho, heredero de las minas de carbón de su padre, y lo que se decía es que la herencia, las minas de carbón, las había donado al Partido Comunista, aunque permaneciendo él en su puesto de director. Otros hijos de industriales, por lo general judíos, también habrían obrado así, según decía mi madre, y de ese modo el

PCA había adquirido un patrimonio enorme de terrenos y suelos e inmuebles y se había convertido en uno de los partidos comunistas más ricos del mundo. Ella lo contaba con un tono de satisfacción que, por lo que me pareció, respondía tanto a la generosidad de aquellas donaciones como a la riqueza y el patrimonio en sí mismos. Y mientras, en su oficina de jefe, aquel admirador me contaba cómo habría deseado casarse con Litzy, nos daba apretones y palmaditas tanto a mí como a mi madre, y ella se reía, pero no avergonzada ni cohibida como en brazos del tío Wito, sino regocijada y coqueta. Entonces, su admirador volvía a colmarnos de regalos. Ella parecía disfrutar de todo aquello, de los apretones, las palmaditas y los regalos, y yo lo disfrutaba con ella.

En los comienzos de su época en Viena se desarrolló la breve fase sionista de mi madre, que compartió con su primer marido. Se conocieron, sin duda, en la organización juvenil del Blau-Weiß[24] con la que los *chaverim*[25] salían a hacer excursiones a pie o en canoa por los torrentes. De ellas hablaba más que de su primer marido, que poco después se marchó, sin ella, a Palestina.

De las ideas sionistas la alejó, por lo que creo, Mitzi, que era siempre la primera a la que visitábamos en Viena, ya que fue ella quien la familiarizó con el comunismo.

En la Viena de entonces, además del sionismo, también se palpaba la revolución. «Vivíamos en una alta tensión continua, en rebelión, y las pasiones políticas se desbordaban», así describía mi madre aquella época. Es probable que Mitzi le hiciera ver que Palestina quedaba lejos, pero las luchas de los trabajadores vieneses y el triunfo de la justicia, la verdad y la fraternidad, muy cerca. Para provocar ese triunfo se necesitaban todos aquellos encuentros y reuniones ilegales en el piso de mi madre; debió de haber hasta sesiones del Comité Central del PC que le acarrearon numerosos registros y, por último, en el año 1933, unas semanas de prisión, si bien solo preventiva, tras las que fue puesta en libertad sin juicio. En la cárcel no había espejo, contaba, y echó tanto en falta la vista de su propio rostro que llegó a buscarlo, como Narciso en la fuente, en la taza de café, donde, aunque borroso, lo encontró. Y esto la

tranquilizó. «Aquella vida semilegal era entonces nuestra forma de vida absolutamente normal», decía, «solo que pasábamos más tiempo en reuniones políticas que en conciertos, e íbamos más a la calle que al museo».

Mitzi era bastante mayor que mi madre, y durante nuestras visitas mi madre adoptaba una actitud respetuosa y hasta de colegiala que me gustaba mucho menos que cuando se dejaba dar apretones y palmaditas por sus admiradores. Tampoco Mitzi me gustaba mucho, porque resultaba rígida y sermoneaba como una vieja, y aprovechaba para endilgarme libros «progresistas» de la editorial Globus[26] cuando hablaba con mi madre. Mientras ambas mujeres se sentaban en la ventana bajo el crepúsculo, yo me quedaba con el libro progresista bajo la única lámpara de pie y esperaba aburrida al final de la visita en aquel piso oscuro, lleno hasta arriba de pesados muebles. Mitzi apagaba de inmediato la luz de todas las habitaciones cuando salía y cerraba las puertas tras de sí, puede que fueran reflejos adquiridos en la clandestinidad. En cambio, en nuestra casa de Karlshorst estaban siempre todas las luces encendidas, y todas las puertas abiertas, y frente a las ventanas tampoco había cortinas, que a mi madre le parecían «pequeñoburguesas». Ella se guiaba ya desde hacía tiempo por el nuevo diseño escandinavo, que había descubierto en *House and Garden* y cuya difusión seguía con gran simpatía. Su pasión por los diseños elegantes, por las disposiciones y formas estéticas, era casi tan grande ahora como aquella pasión revolucionaria de antaño por derribar un mundo de injusticia y maldad que Mitzi había desencadenado en ella a comienzos de los años treinta. De sus padres no podía haber heredado esas pasiones, pues su padre era un probo funcionario de la Congregación Israelita que en aquel tiempo turbulento solo esperaba su jubilación y que pocos años después, tras el Anschluss, hubo de declarar a la «Honorable Oficina del Reich para operaciones de patrimonio» su modesta pensión de jubilado, hasta el último centavo, tal como se exigía de él, y únicamente solicitó «que en lo referente al impuesto sobre el patrimonio judío no se tenga en cuenta el valor neto actual de mi pensión».

«Fue Mitzi quien me envió a Kim», me contaría luego una vez mi madre, con algo más de coherencia, sobre aquellos comienzos. «Él era dos años más joven que yo, que ya me había divorciado de mi primer marido y era miembro del partido. Venía de Cambridge, acababa de terminar allí sus estudios, era un hombre muy atractivo, se comportaba como un *gentleman* y además era marxista, una rareza. Tartamudeaba, a veces más y a veces menos, y, como muchas personas con un hándicap, era muy agradable. Nos enamoramos enseguida».

Contaba esto casi justo un año antes de su muerte, tenía ochenta años, yo cuarenta, era el 3 de mayo, y como no se tomaba al pie de la letra su cumpleaños, se podría decir que era su octogésimo cumpleaños. Totalmente de improviso, se había presentado en la puerta de mi estudio en Estrasburgo, donde ahora vivía, algo que, en realidad, al igual que llegar tarde o demasiado pronto, no era su estilo. Me asusté, debía de haber pasado algo extraordinario, pero ella sugirió de entrada que nos tomáramos un café o un té en la cafetería del bloque en cuyo séptimo piso se encontraba mi estudio. Y mientras ella se tomaba su té y yo mi café, dijo que quería contarme de una vez varios detalles de «ese capítulo de mi vida», tal como lo había vivido, y que tomara tranquilamente apuntes, porque aquella era su versión, que me pedía conservar, «pero para eso será mejor que volvamos, cuando te hayas tomado tu café, a tu estudio, que allí podremos hablar con más calma».

«Yo tenía un piso de tres habitaciones en el distrito 9º», comenzó a contar entonces, «y en una de ellas siempre estaba alojado alguien

que necesitaba una estancia ilegal. A veces también se celebraban en mi piso las sesiones del Comité Central u otras reuniones del PCA. Y así es como un día Mitzi me envió a Kim. Él no era ilegal, por supuesto; venía de Gran Bretaña y tenía una carta de recomendación para Eric Gedye, el corresponsal del *Daily Telegraph* que informaba desde Viena sobre las luchas entre el Heimwehr y los Schutzbündler, que se agudizaban justo en aquel momento y desembocaron en la Guerra Civil del 12 de febrero[27]. Kim traía dinero que habían reunido él y sus amigos de Cambridge para apoyar la lucha de los trabajadores de la Viena Roja[28]. Creían que en Viena había revolución, y en Viena *había* revolución. Nosotros, Kim, los demás y yo, la defendimos como pudimos, y muy pronto nos vimos inmersos en la revuelta de los trabajadores, hasta que fue sofocada a tiros y los Schutzbündler huyeron y se vieron obligados a esconderse. Kim fue a casa del susodicho Eric Gedye y saqueó su ropero; simplemente empaquetó los numerosos trajes que colgaban allí de sus perchas para llevárselos a los Schutzbündler heridos que se habían ocultado. Todos nosotros corríamos de un lado para otro y sin parar, intentando defender, salvar, prestar los primeros auxilios, organizar vías de huida. Y estábamos ya vencidos.

»El episodio con los trajes de Gedye lo cuentan todos los libros sobre Philby, pero yo puedo atestiguar que, por una vez, ocurrió aproximadamente así. Tras el fracaso de la revuelta, y gracias a su pasaporte británico, Kim pudo ayudar a huir a algunos de los que se habían escondido. También para mí empezó a ser peligroso, porque ya era conocida como comunista y había estado en la cárcel. Por eso nos casamos en febrero; así obtuve un pasaporte inglés y salimos de inmediato de Austria. ¡Si hubiera sabido entonces por cuánto tiempo!

»Y ahora voy a revelarte algo importante: no es verdad que fuera yo la que reclutó a Kim para el servicio secreto soviético, ni que esto ocurriera en Viena, aunque lo vivido en Viena pudiera suponer para él una iniciación política y resultara muy importante para todas las decisiones que tomaría después en su vida. Pero, en sentido estricto, fue reclutado más adelante en Londres. Era algo que venía

preparándose con mucha antelación, los rusos habían elegido mucho antes, de entre los hijos de la élite inglesa en Cambridge con orientación marxista, a quiénes reservaban una carrera en el servicio secreto. Y fue el círculo de amigos de Donald Maclean, Guy Burgess y el propio Kim. En Inglaterra los vi muchas veces juntos a los tres, siempre tenían mucho que hablar entre sí e iban a menudo al campo, donde la madre de Kim vivía con sus tres hijas; el padre se había retirado a Arabia como asesor de Ibn Saúd. Primero vivimos en su piso de Hampstead, en la Acol Road, más tarde en Maida Vale. Siempre tuve la impresión de que la madre prefería con mucho a Kim a sus tres hermanas, era el favorito. A mí no me podía soportar. La había horrorizado nuestro matrimonio, a sus ojos era una espantosa *mesalliance*. Su hijo favorito, su único hijo, ¡con una comunista y judía de Viena! ¡Qué pesadilla!

»Kim debía empezar entonces algún tipo de salida profesional y buscó una plaza en el Ministerio de Asuntos Exteriores, como solían hacer los graduados en Cambridge y, sobre todo, como deseaban los camaradas. Para ello necesitaba una recomendación, pero su antiguo tutor se la negó, porque estaba informado de las ideas comunistas de Kim; de modo que su primer intento de comenzar una carrera se malogró en un principio.

»En 1935 me dijo por primera vez a las claras que trabajaba para el servicio secreto soviético y que desde aquel momento les dejaría decidir todo su plan de vida. Los camaradas le dirían a qué puestos profesionales debía aspirar y qué pasos había de dar en el futuro, también en su vida privada, y estos serían solo los que fueran de mayor utilidad para "la causa". Exactamente lo mismo se planeó con Burgess y Maclean. Los tres contrajeron un pacto de por vida con el servicio secreto soviético cuando no habían cumplido siquiera veinticinco años».

Así lo contó mi madre. Sobre su propio papel y función en el servicio secreto soviético ya dijo menos. En realidad, no dijo nada en absoluto. A cuánto tiempo trabajó para el KGB, que entonces se llamaba aún GPU, a cómo era en realidad aquel trabajo, únicamente se refirió de forma muy vaga, incluso durante nuestra conversación

en mi estudio, y solo mucho después me di cuenta de que aunque había anunciado sonoramente que quería contar «detalles», en el fondo me reveló muy pocos. Sin duda, la capacidad de un agente entrenado para hacer creer al otro mientras conversan que tiene lugar un intercambio de ideas, mientras él mismo no dice nada que contenga información alguna, había pasado a ser para ella una segunda naturaleza.

No me contó ni me explicó por qué el KGB, tras su separación de Philby, le dejó pasar parte de su vida libremente en la RDA mientras él siguió veinte años sin ser descubierto como espía soviético. Debía de ser un riesgo permanente. No tenía más que acudir a la Embajada británica en Berlín Oeste y decir: «Tengo una información que transmitirle a su majestad que le va a interesar una barbaridad». O podría haber escrito una carta a la embajada o al mismo Foreign Office, anónima o con su propio nombre. Por supuesto, no lo hizo. También ella se atuvo hasta el final a su pacto de por vida, pese a que su origen judío y su pasado comunista pronto fueron un lastre para la carrera de Philby en el *establishment* pilotada por el KGB, lo que a la larga supuso un factor decisivo para su separación, pues la estrategia prevista de ascenso profesional exigía primero un giro político hacia el conservadurismo y dejar atrás, digamos que como parrandas estudiantiles, sus extravíos izquierdistas. Los camaradas soviéticos juzgaron necesario ir tan lejos en esa dirección conservadora que enviaron a la joven pareja a asociaciones pro-alemanas, para que se dejaran fotografiar allí en los banquetes de amistad británico-alemana con esvásticas decorando las mesas. Este viraje político que escenificó la pareja debió de ser un *shock* para sus amigos liberales o de izquierda; desde luego generó entre ellos rechazo e incomprensión, y los condujo al alejamiento y la ruptura, tal como había previsto en su plan el KGB, pero a fin de cuentas también a la separación de Litzy, que con su pasado comunista simplemente no encajaba a la larga en la imagen de aquel giro. «Los ingleses eran tan ingenuos», dijo mi madre, «¡tan ingenuos! Los viejos compañeros liberales y de izquierda de sus tiempos de estudiante se alejaron de él, sin duda lo despreciaron,

¡pero jamás desconfiaron! En cambio, los compañeros más íntimos de los tiempos de Cambridge tenían su propio papel en esta obra, y así el núcleo duro del grupo permaneció intacto y conjurado».

Mi madre nunca decía Philby cuando hablaba de él, lo llamaba Kim con una familiaridad en la que al cabo de tantos años yo aún reconocía afecto, pero también un punto de dolor. Tras divorciarse de ella, él se casó unas cuantas veces más, y también mi madre vivió muy pronto en París con un amante tras los primeros años londinenses, se casó luego con mi padre y más tarde vivió con el tío Wito. Vista desde fuera, su vida entre todos esos matrimonios, amantes y admiradores resultaba bastante libertaria, pero, en realidad, esos amores y las separaciones subsiguientes, a excepción de la de mi padre, nunca le salieron bien y le dejaron un disgusto y una resignación de los que no hablaba mucho, pero que tampoco era capaz de ocultar. El tierno desprecio con que pronunciaba el nombre Kim expresaba con absoluta claridad aquella ambivalencia.

Lo cierto es que, en los veinticinco años que vivió finalmente en su «verdadera patria», como llamaba a la Unión Soviética, Philby jamás hizo ningún intento de retomar contacto alguno con ella. Creo que eso le dolió mucho. Parece ser que, cuando en el año 1984 estuvo en Berlín Este, acarició la idea de llamarla, o así lo cuenta al menos el periodista ruso en su libro de conversaciones. A su pregunta de por qué no había llamado a Litzy, Philby debió de contestarle que no se había atrevido, que no sabía que ella estaba divorciada. Lo que tampoco sabía es que, justo el año de su visita a Berlín Este, Litzy acababa de regresar a Viena, al lugar donde había comenzado la historia entre ellos. Philby llevaba ya dos décadas viviendo en Moscú cuando Litzy se marchó al Oeste; él lo habría visto como una especie de deserción.

Sin embargo, de algún modo, en todos esos años, él la había tenido muy presente en la distancia, porque en la misma conversación con el periodista ruso habla bastante de ella. Cuando menos, sabe que después se ha casado con un exiliado alemán en Londres, con mi padre, y que se ha trasladado a la RDA, a Berlín. Y sabe también que tiene una hija «que había estado varias veces en

Moscú, aunque nunca llegué a verla».

En la RDA, el 8 de mayo, el día de la capitulación incondicional de Alemania, se llamaba «Día de la Liberación» y fue proclamado día festivo, y si la gente no estaba condenada a participar en las celebraciones oficiales de la liberación, se iba a pescar a alguno de los numerosos lagos de los alrededores de Berlín, emprendía la limpieza general de primavera en casa o plantaba y escarbaba en la huerta. A los «rusos», como llamaban al Ejército soviético que los había liberado, desde luego no creían deberles ninguna gratitud o reconocimiento, al contrario, si había que creer a Lotti y Brauni y los demás vecinos de Karlshorst, eran ellos quienes en realidad habían traído la desgracia a Alemania, por mucho que leyeran lo contrario en el *Neues Deutschland*[29], un periódico que, por lo demás, apenas les servía como papel de envolver.

En el Oeste de Alemania simplemente se ignoraba el día, tal como lo hacían las potencias vencedoras Gran Bretaña y Estados Unidos, cuyo orgullo nacional no necesitaba, por lo visto, de una fiesta el 8 de mayo. En Moscú, en cambio, se celebraba el final de la guerra un día después, el 9 de mayo, como «Día de la Victoria», con grandes marchas, entrega de condecoraciones y medallas patrióticas, un desfile militar y toda la parafernalia propia de las fiestas de victoria. Pero también había gente que, sin ninguna instigación oficial, se juntaba con su círculo de amigos para recordar aquel día como un acontecimiento feliz e importante de sus vidas.

A una de aquellas fiestas me llevó un día mi tía Mishka. Por supuesto, no era mi tía de verdad, sino una amiga de mi madre y de la criptosionista Hilde, que la conocía de la época del Komintern; desde hacía algunos años yo la visitaba con cierta regularidad en Moscú, donde en principio había previsto investigar sobre Vsévolod

Meyerhold para mis estudios de teatro. Las convicciones comunistas de Mishka se habían enfriado un tanto después de veinte años de Gulag; de la Segunda Guerra Mundial solo se había enterado de oídas en Siberia, y del exterminio de los judíos europeos también con un gran retraso, cuando, tras regresar del campo, buscó a sus padres y familiares de Riga en vano, puesto que hacía ya más de diez años que habían fallecido en Auschwitz o que habían sido fusilados en Rumbula, el bosquecillo de Riga, mientras ella recogía arándanos en Siberia bajo una capa de nieve de un metro de grosor. Hoy siguen viéndose tarros con los arándanos por las tiendas de Moscú. Mishka no los compraba nunca. Entonces, en los años setenta, jugaba el papel de «madre de los disidentes». Su piso era un punto de encuentro, un centro de lecturas y de intercambio de ideas prohibidas, libros y manuscritos, y todos los años, el 5 de marzo, tenía lugar allí una fiesta alegre en exceso para celebrar el aniversario de la muerte de Stalin, con «reparto de comida» según el número de años cumplidos en el Gulag.

La victoria sobre Hitler se celebraba en casa de Shura Buturlin, quizá porque era una victoria obtenida por medios militares y Shura era un alto mando del Ejército Rojo, al menos hasta hacía poco. Vivía en un bloque de diecisiete pisos de un barrio de nueva construcción al que tardábamos hora y media en llegar desde el piso de Mishka. Shura estaba prejubilado, pues, tras pronunciarse públicamente en repetidas ocasiones contra la invasión de Checoslovaquia por las tropas soviéticas, lo licenciaron del Ejército. Sentía legitimada su oposición porque estaba convencido de la ilegalidad de aquella acción militar, y con derecho a hacer pública esa convicción por el recuerdo de una larga serie de antepasados que habían demostrado ininterrumpidamente su lealtad al poder ruso. Provenía de la familia boyarda de los Buturlin, su antepasado más famoso era Alexander Borisovich, gobernador de Moscú y mariscal de campo de Pedro I, al que se ve junto a este en el famoso cuadro de Iliá Repin. Desde entonces, todos los Buturlin habían sido mariscales, gobernadores y generales de los zares rusos hasta la Revolución, tras la que, por supuesto, si es que no fueron ejecutados,

se fueron todos al exilio, salvo el abuelo de Shura, que demostró su lealtad también al nuevo poder ruso y tomó partido por la Revolución. Shura era ahora el primero que había roto esa lealtad y por eso había sido licenciado anticipadamente del Ejército; pero quizá por consideración hacia su nombre, familiar a cualquier ruso, no se le había deshonrado, ni tampoco fue degradado, sino que como «jubilado» podía seguir llevando el uniforme del Ejército soviético con todas sus medallas e insignias de rango si le apetecía, lo que no era el caso. Rechazaba de forma categórica todos mis ruegos de ponerse al menos una sola vez el uniforme con sus medallas en nuestros numerosos paseos juntos por Moscú. Los dos teníamos mucho tiempo para pasear, mi proyecto de investigación sobre Meyerhold se había desbaratado enseguida, pues pese a mis prominentes contactos y a una propuesta de intercambio a varias bandas con entradas de teatro, billetes en coche cama a Leningrado y cosmética occidental, todo ello concebido y entablado naturalmente por Mishka, no tenía ninguna opción de obtener acceso al archivo, como comprobé nada más entrar en la oficina de la directora del mismo, que posaba allí como Catalina la Grande y ni siquiera me ofreció sentarme, sino que me despachó en dos minutos. Oh, no, no, no. No es posible examinar los documentos del archivo. No, no, no, el archivo está cerrado, bloqueado. Adiós.

El segundo prejubilado del grupo, también en torno a los cuarenta, era Alexandr Nekrich, que acababa de ser expulsado del partido y condenado al ostracismo en la Academia de las Ciencias después de que se publicara su libro *El 22 de junio de 1941*, que enseguida fue retirado de todas las librerías y bibliotecas y destruido. En este libro dedicado a la derrota de 1941 que precedió a la victoria de 1945, mencionaba las desproporcionadas y evitables pérdidas que produjo la criminal negligencia de Stalin en los preparativos de la guerra, porque la guerra la condujeron en un principio sin ningún sentido ni criterio diletantes que inmolaban soldados por cientos de miles, de modo que, como muestra Nekrich, la victoria en la Gran Guerra Patriótica no se logró ni mucho menos gracias a Stalin, sino a pesar de su catastrófico liderazgo responsable de los millones de

víctimas humanas. Al contrario que Shura Buturlin, Nekrich no fue licenciado «con honores», sino castigado con la prohibición de publicar, sometido a todo tipo de represalias y, por supuesto, excluido de la participación en cualquier congreso y encuentro en el país o en el extranjero. De modo que se preparaba para emigrar, porque ya no veía ninguna posibilidad de llevar a cabo algún trabajo con sentido y tampoco creía en la capacidad de reformarse del sistema soviético, que juzgaba más bien sostenido por un pueblo entretanto corrupto, conformista y cínico al que los derechos humanos o ciudadanos le eran absolutamente indiferentes. Pero también el mundo de los disidentes le resultaba sospechoso, pues tampoco estaba libre de líderes que esperaban profesiones de fe y se combatían mutuamente. Todavía en Moscú, empezó a escribir sus memorias, hasta que al fin pudo emigrar a Estados Unidos, en cierto modo a cambio de su amigo, que estaba allí con él en el piso de nueva construcción y era el tercer prejubilado del grupo. Porque este había recorrido el camino inverso, se había retirado muchos años atrás a la Unión Soviética poco antes de que se descubrieran sus actividades de espionaje para los rusos. Era Donald Maclean, uno de los tres «apóstoles» de Cambridge, según lo que declaraba mi madre, el primero de ellos en ser reclutado por el servicio secreto soviético, que a continuación captó a sus amigos Burgess y Philby. Ahora, el espía del KGB se sentaba entre los disidentes en el piso de módulos prefabricados de Shura Buturlin en Moscú, con el fin de celebrar con ellos el día de la victoria sobre la Alemania de Hitler. Me llamó la atención con un gesto que hasta entonces solo conocía por mi padre; cuando Mishka y yo entramos por la puerta, se levantó de la silla, del mismo modo en que solía hacer mi padre cuando entraba en la habitación una mujer, sin mayores aspavientos, un comportamiento de la cortesía más natural. Incluso antes de haber escuchado su acento tuve claro que no podía ser ruso, y tampoco parecía judío. La buena educación innata, y a fin de cuentas discreta, delataba a primera vista el estilo inglés del que tanto hablaba mi madre y que tanto admiraba ella. «No ese servilismo untuoso de los austríacos ni la deferencia tirante de los prusianos, sino los sencillos

gestos de la consideración y del respeto mutuo» que según su criterio constituían la civilización.

Shura estaba sacando del armario empotrado de su cocina nueva la porcelana con el escudo familiar, lo único que le había quedado de su aristocrática familia, cuando Mishka me presentó a Donald Maclean. «¿Sabes quién es esta?», le preguntó, y como él contestó que no, que no lo sabía, que no nos habíamos visto nunca hasta entonces, Mishka explicó que yo era hija de Litzy. «¡Dios mío, a Litzy la vi por última vez en París en 1938!», exclamó él poco menos que asustado, «¿qué hace, cómo le va?». Y entonces se interesó un rato por mi madre, me preguntó por su vida; antes de que volviéramos a participar en la conversación general, me dijo, sin haberle preguntado yo nada al respecto, «con Kim no tengo ya casi contacto, vive aislado por completo frente a las puertas de Moscú». Lo cierto es que ya no recuerdo si dijo «no tengo casi contacto», «ningún contacto» o «prácticamente ningún contacto». Él mismo vivía desde hacía años una vida moscovita más o menos normal, me contó, inmerso en los círculos de disidentes; de modo que parecían haberse distanciado bastante en lo político. Maclean vivía desde 1951 en la Unión Soviética, así que había tenido tiempo de sobra para conocer la realidad soviética, que debía de haberlo curado de muchas ilusiones. Parece que incluso antes de que lo descubrieran había tratado de romper los vínculos con el KGB, pero una vez que salió todo a la luz y Klaus Fuchs fue detenido en Inglaterra, no le quedó otro remedio que exiliarse para el resto de su vida en aquel país desconocido para él que pronto se le haría antipático. Era la consecuencia del pacto de por vida que había contraído hacía tantos años, cuando era un brillante estudiante de Cambridge.

Shura, de la noble estirpe de los Buturlin, servía los entremeses mientras Sasha Nekrich, el miembro de la Academia caído en desgracia, descorchaba ya el cava. Durante la comida, que por supuesto se prolongó horas, brindamos numerosas veces por la derrota de Hitler, la capitulación de Alemania, la victoria del Ejército Rojo y sus aliados, pero también por la muerte de Stalin, y maldijimos, execramos y condenamos otras tantas veces a todos los

demás dictadores y dictaduras del mundo, los pasados, los presentes y los que por desgracia todavía quedaban por llegar.

Cuando regresaba a Berlín de aquellos viajes a Moscú me enfrentaba con mucha rabia a mis padres y les repetía todo lo que había escuchado a los disidentes moscovitas. Tampoco les ahorré el informe sobre mi encuentro con la joven que, apenas mayor que yo, acababa de ser liberada de un hospital psiquiátrico en el que la habían ingresado por «difundir publicaciones ilegales» y torturado con todo tipo de tratamientos imaginables, y que, cuando la encontré en la cocina de Mishka, tomaba tranquilamente un té y seguía difundiendo publicaciones ilegales.

Sabía que, desde luego, a mis padres no les gustaba escuchar aquellos informes, y por eso se los soltaba: era el desquite que me pedía el cuerpo. Pero no me atrevía a achacarles complicidad con ese sistema cuando, un tanto por probar, recurría a expresiones como «sistema criminal». Mi madre decía entonces «bueno, bueno», y mi padre decía también «bueno, bueno» y «tampoco hace falta sacar las cosas de quicio». Y era precisamente la banalización que transmitía aquel «bueno, bueno» la que me sacaba de quicio. Esperaba de ellos que admitieran los crímenes que se habían producido allí y que seguían ocurriendo, que aceptaran que la cosa no se resolvía con un «bueno, bueno». Pero lo más que llegaban a concederme era un encogimiento de hombros resignado, una distancia irónica. Frente a frases tan radicales como las que pronunciaba Sasha Nekrich, quien ya no creía en la posibilidad de una reforma del marxismo-leninismo porque esta doctrina no aspiraba, como pretendía, a transformar el Estado y la sociedad, sino lisa y llanamente a abolir la sociedad, ya que se basaba en un culto a la violencia, lo que quedaba demostrado por los millones de muertos, mis padres se estremecían. Jamás se habrían atrevido a llegar tan lejos. Sin duda, sentían algo parecido al descontento, e incluso celos, de mis amigos moscovitas, que me habían familiarizado con semejantes ideas al exponerme sus balances exclusivamente negativos. Cuando regresaba de mis viajes a Moscú, era mejor que mis padres y yo no nos viéramos en una temporada.

Siempre que mi madre hablaba conmigo de «ese capítulo de mi vida», lo hacía con una mezcla de relatos llenos de alusiones y muchos silencios por la que al mismo tiempo me hacía cómplice y me excluía de la historia. No era tanto que yo supiera o entendiera realmente algo de ese capítulo de su vida como que iba atando cabos de aquel mundo de imposturas, engaños y doble juego. Pero ella no dejaba la menor duda de que todas las mentiras y traiciones habían de servir al triunfo de la gran, auténtica y única verdad, de la que Mitzi y sus camaradas la habían convencido en su día en Viena. Cierto pudor que yo creía percibir en todo aquello que me contaba no respondía en primer término a las esperanzas malogradas, sobre las que a pesar de sus «bueno, bueno» no se hacía ilusiones, aunque se negara a admitir el alcance del fracaso, sino que era más bien el pudor que asalta a una persona cuando se revelan secretos sin que en realidad lleguen a esclarecer el asunto. Y una parte del pudor se debía quizá a las fantasías de poder y a la altanería que subyacen a ese tipo de aventuras con los servicios secretos. Ahora bien, el orgullo que yo creía apreciar al mismo tiempo sí que respondía a la aventura y al juego con el peligro a los que se había atrevido, y eso que, al menos en la vida suya que yo conocía, era más bien de carácter medroso. Cuando mi madre hablaba a veces de mensajes cifrados, personas de contacto, encuentros secretos en lugares siempre cambiantes, contraseñas y documentos tragados, sonaba por completo a una novela de espías, y el hecho es que aquel «capítulo de mi vida» era una novela de espías, o al menos un fragmento de novela.

Mi padre la definía siempre como adicta al secretismo, cuando lo cierto es que era una cotorra y no paraba de hablar una vez que

había empezado. Tan entregada y al mismo tiempo cauta… «Cómo puede una persona ser tan contradictoria…», se acaloraba mi padre cada vez que volvía a explayarse conmigo sobre ella. Era una mujer atractiva y temperamental, y sin embargo de lo más tímida a veces. Tan tímida como la recuerdo en aquella escena en nuestro vestíbulo de Karlshorst, cuando se zafó avergonzada de los brazos del tío Wito. A menudo me parecía que se empequeñecía ante él para mostrar su gran amor. Quizá esa forma de sometimiento en el amor correspondía con su entrega al comunismo y su compromiso con el servicio secreto soviético, puesto que también en aquel vínculo entregado se empequeñecía, aunque asumiera un papel importante. Era capaz de ser al mismo tiempo una porción minúscula y aun así tomar parte en la gran causa.

Precisamente por su cautela y discreción, tuvo que resultarle luego muy desagradable ver aireado ese capítulo en innumerables libros y artículos que le atribuían una y otra vez un papel muy concreto, el papel de seductora, de la fogosa judía que había iniciado al timorato licenciado en Cambridge en el amor y en el comunismo, así como en las batallas de la clase trabajadora vienesa. Lo curioso es que era mi padre el que más se indignaba ante aquellos pasajes, aunque solo fuera porque, en su verdad o falsedad, se servían de forma demasiado burda de un estereotipo. A mi madre, en cambio, le dolía ver aireada y desmenuzada en público hasta en sus últimos detalles la historia de amor y la historia de su matrimonio con Kim, mientras que este no había vuelto a dar jamás señales de vida. Este deseo, y la decepción ante un final tan mudo, los percibía yo en el modo en que de vez en cuando, como en un ataque de prolijidad, hablaba de él y de lo que los había unido, así como en el modo en el que pronunciaba su nombre. Un nombre y una historia venidos de una época ya muy lejana que ahora quedaban entretejidos en recuerdos, en la narración íntima de esos recuerdos, y por último en la sombra de los recuerdos, hasta que un buen día el pasado reapareció de pronto en el presente irreal de libros y periódicos, después de que, el 23 de enero de 1963, Harold Adrian Russell Philby, viniendo de Beirut, cruzara la frontera de la Unión Soviética,

y de que, un mes más tarde, se confirmara de forma oficial su fuga a Moscú. Así quedó definitivamente desenmascarado como «el tercer hombre», tras lo que los periodistas ingleses se lanzaron a asediar la casa de mi madre en Karlshorst para preguntarle por aquellos días tan lejanos de su vida.

Cuando más tarde hablaba conmigo de «ese capítulo», siguió haciéndolo en tono de secretismo y con la estricta orden de no contarlo, de no tratarlo con nadie, cosa que yo no podía entender en absoluto, si estaba escrito por todas partes y se comentaba de la mañana a la noche en la televisión y en la radio. Pero aquel «capítulo de mi vida» estaba tan ligado al mandamiento del secreto que yo también me sentía obligada a respetarlo, no por creer que fuera necesario, sino más bien por vergüenza. Vergüenza de llevar esa medalla, ese título nobiliario al borde del ridículo, y vergüenza por la emoción que me suscitaba saber que mi madre había trabajado para un servicio secreto.

Tan solo un año antes de su muerte, cuando se presentó un día a la puerta de mi estudio y me propuso ir a tomar un café, mi madre me exhortó de pronto a escribir «esa historia», a dejar constancia de «ese capítulo de mi vida». Quizá en un artículo de periódico, para el *Times* o el *New York Times*. Podría pedir un honorario elevado, muy elevado incluso. Todavía hoy sigo sin saber exactamente qué buscaba. ¿Creía que al final la cosa había de resultar rentable al menos para su hija, aunque fuera en lo económico?

Yo debía escribir que ella, mi madre, era Litzy, Litzy Kohlmann, Friedmann, Philby, Honigmann. Que lo sabía todo, y que efectivamente todo había comenzado en Viena, pero que solo había adquirido forma auténtica y estable en Londres; es decir, la captación y el ingreso en el servicio secreto soviético. Que lo habían tramado amigos comunes de Viena, o amigos de esos amigos, y no ella misma, como solía decirse siempre. Cómo se habían trasladado a Londres, desde donde Kim, al estallar la Guerra Civil española, fue de corresponsal a España: el único periodista inglés que trabajaba en el bando franquista, aunque, por supuesto, aquello no era más que un destino encubierto para poder transmitir

información a los rusos. Fue la primera misión auténtica que le encomendó el servicio secreto soviético, y durante aquella fase en España ella fue su contacto; por eso había alquilado un piso en París y vivía del sueldo de él en el *Times*. Simplemente era más fácil mantener el contacto desde Francia. Se encontraban en hoteles en Biarritz o Perpiñán, y también en Gibraltar, y allí le llevaba él los mensajes que luego entregaba ella al oficial de control en París. Por supuesto que a veces hubo dificultades. Kim pasó la Batalla de Teruel en el cuartel general de Franco, y poco después se produjo un tiroteo en el que resultó herido en la cabeza. Se escondió los mensajes en el vendaje. Aunque también puede que aquel fuera el momento en que tuvo que tragarse el papelito. Primero esconderlo, luego tragárselo, o puede que ambas cosas a la vez.

En 1939, tras estallar la Segunda Guerra Mundial, ella regresó a Londres. En nuestra conversación me dijo que allí terminó su relación con el servicio secreto soviético, lo cual suena muy inverosímil, puesto que justo esos años eran época de máxima desconfianza política en la Unión Soviética, la época de las peores sospechas y de los procesos más despiadados, en los que hasta el ciudadano más inofensivo era proclamado enemigo y espía hostil. Y aunque no fuera fusilado o lo deportaran a un campo de inmediato, tampoco lo dejaban libre sin más. Mi madre no me dio ninguna explicación para esa inverosimilitud: cómo, con todo lo que sabía, pudo librarse del servicio secreto soviético y que la dejaran en paz sin levantar sospechas. Su silencio a ese respecto sin duda procedía más de la mentira que de la verdad.

Los recuerdos de Kim sobre el capítulo en España y París, tal como se los contó, también un año antes de su muerte, al periodista ruso, difieren por completo del relato de mi madre. Aunque también podría ser que el periodista ruso confundiera algo o lo entendiera mal. Si se comparan las dos versiones, todo se vuelve cada vez más incierto. Pero lo cierto es que nunca se encuentra nada más incongruente que los recuerdos de los diversos testigos. Y había pasado mucho tiempo. Puede que ya no les mereciera la pena recordarlo con exactitud, puede que uno de ellos mintiera a

sabiendas, o que ambos deformaran el pasado al recordarlo. Pero también es posible que, al final, hasta los mayores secretos del servicio secreto se vuelvan tan vacuos y anodinos que ya no tenga sentido conservarlos con exactitud en la memoria.

De todos los capítulos de su vida, París era el favorito de mi madre, del que más le gustaba hablar y del que lo hacía más a menudo, repitiendo siempre los mismos episodios y observaciones, que al final se habían refundido en fórmulas fijas.

«¡Lo que bailé! ¡Bailaba noches enteras! Casi todas las tardes daba una fiesta en mi estudio del Quai d'Orsay», contaba. «En general no conocía ni a la cuarta parte de la gente que se divertía allí. Una vez le pregunté a mi pareja de baile cómo había llegado a la fiesta, me contó que, en la travesía de Dover a Calais, había conocido a alguien que había invitado a la fiesta a la mitad del barco, y que entonces se habían venido todos directamente desde el trasbordador hasta el Quai d'Orsay. Me preguntó si conocía a la anfitriona, de la que tanto se había hablado en el barco, que quizá debería presentarse. ¡Yo, por supuesto, me reí a carcajadas y le dije que sí, que hiciera el favor de presentárseme! Ya ni siquiera recuerdo en qué idioma hablamos.

»Poco después de mi llegada a París ya había reunido a mi alrededor a un círculo de artistas, pintores y escultores, discípulos de Maillol, la mayoría húngaros u holandeses. Los húngaros eran espantosamente pobres y los holandeses relativamente acomodados; sin embargo, en aquella época, yo vivía sin pasar necesidades, puesto que todos los meses recibía en Lloyds un cheque, el sueldo de Kim en el *Times*, con el que pagaba el piso. Nunca en mi vida he vuelto a vivir tan a lo grande: regalaba el dinero y lo tiraba por la ventana, era divertidísimo. Me compraba vestidos y sombreros, ya conoces mi pasión por los sombreros, sombreros grandes de ala ancha, con boa de plumas, *dernier cri, nouvelle collection!* Y mis amigos artistas me regalaban cuadros, grabados y dibujos. Fue entonces cuando compré

también los dos dibujos de Modigliani que luego, en algún momento, se perdieron en algún lugar de Londres, en las muchas mudanzas durante el Blitz.

»Cuando estalló la guerra, Kim pensó que lo mejor era que me pusiera a salvo en Inglaterra, ya que, en caso de ocupación alemana, París podría ser muy peligroso para mí como judía. De algún modo, todos teníamos claro que Francia no resistiría mucho. Con el pánico por el estallido de la guerra, apenas quedaban posibilidades civiles para el viaje, pero Kim pudo conseguirme una plaza en un barco a través del Foreign Office, a fin de cuentas seguíamos casados, y *Mrs*. Philby pasaba por inglesa auténtica. Lo cierto es que en París ya había vivido con Pieter, y también Kim tuvo sus romances. Pieter era uno de los escultores holandeses que venían a mis fiestas, nos enamoramos de inmediato; es posible que fuera mi amor más feliz y la época con Pieter, la más feliz de mi vida. Creo que lo amé, pero él me amaba un poco más que yo a él. Por lo demás, en mis relaciones con los hombres siempre había ocurrido al revés, o al menos me parece que siempre fui yo la que más daba; al final acababan dejándome ellos, como tu padre. Pero también este amor con Pieter se perdió en alguna parte, y ya ni siquiera sé exactamente dónde y cuándo. Al estallar la guerra, tuvo que regresar a Holanda, y no volvimos a saber uno del otro hasta muchos años más tarde, para entonces yo ya estaba casada con tu padre o puede que incluso divorciada de él. También es posible que haya conservado un recuerdo tan feliz de mi amor con Pieter porque las circunstancias políticas impidieron nuestra felicidad, y nos libramos de fracasar juntos en una convivencia más larga. Habíamos alquilado una casa en Grosrouvre, a una hora de París, de modo que vivíamos a medio camino entre la ciudad y el campo, y siempre había muchos amigos de visita. Pronto llegaron de Inglaterra los primeros vieneses que entretanto habían tenido que emigrar también. En Grosrouvre pasamos todos los últimos meses en calma: los viejos amigos de Viena y los nuevos amigos de París, los holandeses y húngaros. Creo que nunca fuimos menos de una docena de personas en la casa. Simpatizábamos con la República española, con Léon Blum y el

Frente Popular, y por supuesto odiábamos a los nazis. Al acercarse el estallido de la guerra, el ambiente fue volviéndose cada vez más angustioso, aunque también más encendido. Aquellos años de París fueron la época más hermosa de mi vida. Fue tal como dijo Hemingway: "París era una fiesta". Por supuesto, también en aquella época tuve un perro que había recogido de una perrera; era tan grande que nadie lo quería, y me miró tan triste desde su jaula que acabé llevándomelo. En París y en el gran jardín de Grosrouvre tuvo una buena vida dos o tres años, nunca le molestaron las multitudes, todo lo contrario, era muy cariñoso y confiaba en cualquiera. Fui yo la que defraudó su confianza en las personas, porque no podía llevármelo a Inglaterra, de modo que tuve que devolverlo a un albergue para animales. Le busqué uno bueno y caro y pagué por anticipado varios años. Si algún día escribiera un libro, sería sobre aquel perro. Lo sigo echando de menos. Después de la guerra, por supuesto, el albergue era ya inencontrable, igual de inencontrable que Pieter. Y tampoco volví a ver a ninguno de los artistas holandeses y húngaros.

»Creo que solo regresé una vez a París tras la guerra, y la verdad es que me rompió el corazón, porque sabía que iba a ser la última. Para consolarme volví a comprarme un gran sombrero. Lo llevé puesto aquellos días en París. Después ya no volví a ponérmelo nunca más».

Este último sombrero parisino fue seguramente el único objeto del patrimonio de mi madre que, pese a haberse vuelto inútil, y por lo tanto superfluo, conservó a lo largo de los años en Berlín. Lo perdí yo más tarde cuando lo aporté para el vestuario y el atrezo de una representación teatral en la escuela, donde desapareció entre el caos general y no pudo ser encontrado pese a que seguí buscándolo aún largo tiempo.

Los relatos de mi madre sobre el capítulo parisino se distinguían no solo por su exhaustividad, sino porque ese periodo tenía también una melodía especial, conmovedora y melancólica, eufórica y al mismo tiempo resignada, y en ella resonaban entremezcladas muchas palabras francesas que, sin embargo, debido a la erre

arrastrada, sonaban un poco a los Balcanes, donde mi padre ubicaba su origen. Lo cierto es que, tanto en inglés como en francés, el propio acento alemán de él era muy ostensible. Parecía un poco celoso de aquel capítulo de la vida de mi madre en que él aún no la había conocido, pese a que en la misma época trataba de abrirse camino como librero justamente en París, después de que la llegada al poder de Hitler le valiera ser despedido de su puesto como corresponsal londinense del *Vossische Zeitung*, que a su vez pronto dejaría de existir. Su carrera como librero no cuajó y malvivía más que vivía en algún lugar de Belleville, entre inmigrantes, muy lejos del Quai d'Orsay donde celebraba sus fiestas *Mrs*. Philby.

Aunque el capítulo parisino de su vida era el más breve, era el que más se parecía a una novela. No había un lado auténticamente francés en mi madre, como sí había un lado vienés, uno húngaro, uno inglés y, al final, uno berlinés. Citaba demasiado a menudo la frase de que toda persona tiene dos patrias, la suya propia y la francesa, para que yo no me diera cuenta de que Francia se había quedado para ella en un esbozo incumplido de su vida que contaba una y otra vez con entusiasmo, de una vida como mecenas y musa en la que habría diseñado sombreros y espacios, entre París y Sanary-sur-Mer y vacaciones en Córcega. El servicio secreto soviético no aparecía en ese esbozo.

La Francia de la que hablaba era la de Léon Blum y el Frente Popular, con la Guerra Civil española al lado, que, más allá de celebrar fiestas, bailar noches enteras y probarse sombreros, era el auténtico motivo de su estancia parisina. Pues, en realidad, o al menos en paralelo a ello, era la época de la conspiración, de los mensajes cifrados, de los encuentros con los oficiales de control y las entregas de noticias. Aquella vida paralela con el servicio secreto era justamente «el capítulo», mientras que la otra parte se parecía a la novela en la que a mi madre le habría gustado transformar su vida. A la novela de una vida que, vista desde el final, quizá le habría encajado mejor, con un hombre que la habría querido un poco más que ella a él y en la que habría sido el centro de atención de un círculo de artistas cosmopolitas. En aquella vida, Léon Blum no

habría tenido que dimitir, Francia habría resistido a Hitler, la República española habría vencido. Jamás habrían tenido lugar los acuerdos de Múnich y el Anschluss de Austria, ni, desde luego, los juicios farsa y las ejecuciones masivas en la Unión Soviética.

La novela de París y el «capítulo» de París se disociaban del todo en los relatos de mi madre; los encuentros secretos con Philby en localidades cercanas a la frontera española y con los oficiales de contacto en París parecían haber ocurrido en otra vida, en la que también escuchó por vez primera y transmitió la expresión «energía atómica», «un amigo quería informar de ello a los rusos». Aunque en aquella cadena de informaciones ella no hubiese sido más que un pequeño nexo, se explicaría al menos la convicción con que sostuvo que los Rosenberg no habían sido ejecutados siendo inocentes. Pero no llegaba tan lejos en sus explicaciones, el «capítulo» de París era breve y escueto y quedaba libre de adornos. La novela de París, en cambio, que trataba de fiestas y amigos y sombreros, y de su amante holandés, abarcaba varios volúmenes, en los que, por ejemplo, jugaba un gran papel un reportaje fotográfico sobre su piso en el Quai d'Orsay que en teoría apareció en una revista con el título «L'Appartement de *Madame* Philby». Por desgracia, nunca mencionó el nombre de la revista, o puede que yo lo olvidara, debía de ser algo así como *House and Garden* en francés. Me habría gustado ver ese reportaje, y como se podía calcular más o menos en qué años debía buscarlo, un día en París solicité en la sala de lectura del Musée des Arts Décoratifs todos los números de varias revistas de ese tipo entre los años 1936 y 1939. El mundo en que mi madre había vivido aquellos años en París tomó forma en publicaciones como *Art et décoration, Plaisir de France* y *Mobilier et decoration*. Era un mundo inesperadamente ligero y confiado, salvo por preocupaciones como: *Où poser votre chapeau? Savez vouz choisir un tapis? Voiture et personnalité*[30].

Tal como me había contado mi madre, en aquellas revistas se presentaban a menudo viviendas concretas que a los editores les parecían modélicas por su originalidad y su buen gusto, y que eran fotografiadas y descritas desde múltiples puntos de vista. Viviendas

grandes, viviendas pequeñas, estudios, talleres en París y casas en el campo. Sentí vértigo ante todos aquellos jardines, villas y muebles, pero no encontré el piso de *Madame* Philby.

«Ay, Dios mío», dijo la bibliotecaria, «con la de cosas que ocurrieron en aquella época… y desde entonces ya nada es como antes. ¿Por qué iban a tener que conservarse precisamente esas estúpidas revistas de decoración?».

Tras la muerte de mi madre me pareció necesario informar a Pieter, el hombre que la había querido un poco más que ella a él. Su dirección en Ámsterdam la conocía de sobra, hasta donde era capaz de remontarme, me resultaba familiar como remitente de sus cartas periódicas. Pieter y mi madre se habían localizado algunos años después de la guerra y desde entonces se escribían algunas cartas, pero él nunca nos visitó, y por lo visto jamás acordaron un reencuentro, como si no quisieran volver a verse más allá de la novela de París. Cuando lo visité en Ámsterdam, me contó que una vez, después de la guerra, había vuelto a ver, y por deseo de este, a Kim Philby, y que había esperado volver a encontrarse en esa ocasión también con Litzy. Pero su esperanza no se cumplió, Philby acudió solo a la cita, y Pieter no se atrevió a preguntar por Litzy. «De todos modos, no lo soportaba», dijo, «por supuesto, él era mi rival». Dijo también que estaba al tanto de todo, o al menos de una parte, pues Litzy le había dicho ya en su segundo encuentro que trabajaba para el servicio secreto soviético. Aquello había sido a finales del año 1937, de eso se acordaba perfectamente; rusos e ingleses eran aliados, de ahí que la revelación no representara un verdadero problema entonces.

«Amé con pasión a tu madre, no podría explicarte lo que significó para mí y lo que sigue significando» fue la primera frase que escuché de él, nada más iniciar la marcha una vez que nos hubimos encontrado en la estación y reconocido por nuestras mutuas descripciones; los dos llevábamos boinas. También en todo lo demás tenía el aspecto de un artista. Mi madre nunca me había descrito a Pieter, aunque sí mencionó varias veces que después de la guerra había mantenido una relación con dos mujeres, una con la

que estaba casado y otra que era su novia, pero cada uno de ellos vivía en su propio piso, y como «territorio neutral» él conservaba su taller. Allí me llevó entonces, de modo que acabamos sentados entre sus esculturas, algunas de las cuales yo ya conocía por las fotos que incluía cada cierto tiempo en sus cartas y que mi madre me enseñaba con orgullo, puede que convencida de que había sido ella la que antaño inspiró su arte, de modo que tenía alguna parte de mérito. Y aunque no hacía más que sacudir la cabeza ante las exhaustivas descripciones de la naturaleza en flor o marchita que figuraban también en sus cartas, siempre plantaba, con docilidad y de acuerdo a las instrucciones, en la tierra de Karlshorst los bulbos de tulipán sabiamente escogidos que una vez al año él enviaba desde Ámsterdam en el momento oportuno, los regaba con regularidad y se alegraba cuando al fin florecían, pues con sus espléndidos colores, en opinión de mi madre, se destacaban muy por encima de todo que se veía en los jardines de Karlshorst.

Al igual que mi padre, Pieter se quejó del carácter reservado de Litzy. Sí, sabía que de algún modo, a lo largo de tantos años, ella le había seguido siendo fiel en su amistad y su amor, lo mismo que él a ella, pero cuando se preguntaba cuánto había llegado a saber a través de sus numerosas cartas, era muy poco —en el fondo nada—; desde luego nunca lo que a él le hubiese interesado, cómo vivía ella y con quién, y cómo le iba de verdad. Ni una sola vez, en toda su correspondencia de décadas, le había escrito una palabra sobre su matrimonio con mi padre o su divorcio de él, ni una palabra sobre su convivencia con Wito, ni siquiera le había comunicado la muerte de mi padre. «¿Por qué me escondió su vida?», me preguntó precisamente a mí, que era incapaz de responderle. Igual que mi padre, buscaba en mí a una aliada frente a su naturaleza reservada y su distancia; igual que mi padre, amaba y admiraba, pero le irritaban también, su generosidad genial y su caótico estilo de vida, solo que esos rasgos de carácter, que mi padre llamaba «balcánicos», él los llamaba «vieneses». Mi padre, Pieter y yo habríamos podido formar una alianza, nosotros que la queríamos tanto y sin embargo nos sentíamos excluidos de su vida, al menos en parte.

«Durante un año exacto fuimos felices juntos en París», me contó Pieter; «desde la primavera de 1937 hasta la primavera de 1938. Después del Anschluss Litzy se sumió en la preocupación, la inquietud y el miedo. En el primer año, el feliz, hablaba mucho de Viena, menos de Hungría y casi nunca de sus padres y de su origen judío. A veces llegaban cartas de sus padres y paquetes, como decía Litzy[31], y entonces, durante unas horas, se inquietaba mucho y se volvía insoportable e intratable. Pero, a fin de cuentas, yo no tenía la culpa del Anschluss. Por supuesto que todo aquello era horrible, pero ¿por qué no podíamos seguir siendo nosotros felices? Entonces no lo entendía, y ni siquiera hoy lo entiendo del todo. No había manera ya de estar solos, porque en cada rincón libre del apartamento dormía un refugiado, y en aquel piso grande había muchos rincones. Yo estaba celoso y dolido, porque los refugiados me arrebataban a Litzy con su revuelo, su inquietud y sus continuas discusiones sobre el Anschluss, sobre la guerra española, sobre Franco, Mussolini y Hitler, y sobre lo que nos esperaba todavía y lo que iba a ser de todos nosotros. El estallido de la guerra convirtió aquella especie de convivencia en un gran pánico y nos separó también a los dos… para siempre, como se puso de manifiesto luego. La eché mucho de menos, pero después de la guerra cada uno vivió su vida, yo en Ámsterdam y ella en Berlín. Nos escribíamos cartas sin explicar gran cosa en ellas, yo le enviaba bulbos de tulipán y ella me enviaba a mí libros de arte de una editorial especializada de la RDA, y sin habernos puesto nunca de acuerdo al respecto, evitamos volver a vernos. No sé si a la larga, de haber seguido juntos, habría aumentado la fascinación o más bien nos habríamos acabado repeliendo, pues los dos éramos muy distintos: yo nunca fui comunista, no soy judío, tampoco vengo de Austria-Hungría, no soy más que un aburridísimo holandés.

»Algunos años después de la fuga de Philby a la Unión Soviética, una autoridad oficial me convocó aquí en Ámsterdam a una entrevista que se prolongó dos días. También podría considerarse un interrogatorio. Estaban enterados con bastante exactitud de nuestro trato, de mi relación quebrada con *Mrs*. Philby.

Estuvieron haciéndome preguntas durante horas y querían saber quién-cuándo-dónde-qué-con-quién, pero lo cierto es que yo no podía ayudarles. No había sido más que el amante de la esposa del agente secreto».

En mi mente hay países que he visto en mapas y atlas, y a veces en viajes, y luego está Inglaterra, que en el fondo, a pesar de varias visitas, nunca he visto, sino solo oído. Todavía hoy sigo oyendo Inglaterra, con las voces de mi madre, de mi padre y sus amigos, como una gran epopeya formada por relatos y descripciones, anécdotas y observaciones repetidas una y otra vez y en cada ocasión ilustradas de forma nueva. En ese canto, Inglaterra es algo que está compuesto de cosas dichas y no dichas, y que, como la propia isla, resulta incomprensible para la gente de la otra orilla.

Quizá para poder dar una forma plástica a esos mil relatos, de pronto un día mi madre me envió a la tierra prometida. Por supuesto, no dio mayores explicaciones, sino que simplemente, el día en que recibía las notas finales del quinto curso, vino a recogerme a la escuela. Esto era muy extraño, y no había ocurrido nunca antes ni volvió a ocurrir después. En lugar de regresar a casa por el Traberweg fuimos a la estación del tren de cercanías, mi madre por delante con su paso rápido e inalcanzable, yo detrás y de morros porque me había separado de mis amigas; allí tomamos el tren a la ciudad y ni siquiera nos bajamos en la estación de Friedrichstraße[32], sino que seguimos hasta Berlín Oeste. También aquello era muy extraño y no había ocurrido nunca, que mi madre me llevara de excursión a Berlín Oeste, pero yo sabía que a veces iba con el tío Wito al cine a Berlín Oeste, si bien solo a Dahlem, al Capitol, que había abierto allí Gershom Klein, un antiguo emigrado de Palestina. Yo misma iba a veces al otro lado con mis amigas, comprábamos chicles y tebeos de Mickey Mouse e íbamos al cine de la estación de Zoo, aunque dependía del todo de la generosidad de mis amigas, porque a ellas siempre les daban dinero occidental sus

abuelas y tías, pero yo en cambio no tenía ni abuelas ni tías ni dinero occidental.

Sin dar rodeo alguno, mi madre me llevó al Consulado del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, y mientras estuvimos allí, en la sala de espera, seguía sin saber lo que ocurría en realidad, hasta que me di cuenta de que mi madre solicitaba para mí uno de los llamados pasaportes Traveller, que, en efecto, puesto que llevaba también dos fotos mías, nos fueron expedidos en el acto. Aquellos pasaportes Traveller los expedían las autoridades británicas para ciudadanos de la RDA, y quizá también para ciudadanos de otros estados cuyos pasaportes no eran reconocidos en ninguna parte, y les posibilitaban viajar por el mundo. Tenían una validez de tres meses, y a ojos de la RDA eran ilegales y su posesión estaba prohibida. Con aquella visita a la sección consular de la Embajada británica, mi madre había vuelto a pisar por vez primera desde 1946 suelo británico, lo que quizá no estuviera exento de riesgo para la antigua *Mrs*. Philby.

Pocos días después, me metió en un avión de la aerolínea polaca LOT que, en su ruta Varsovia-Londres, hacía escala en el aeropuerto de Berlín Schönefeld para incorporar a los escasos viajeros de la RDA. Pasarás las vacaciones en Inglaterra, me había anunciado dos días antes. No hubo más explicaciones, tampoco acerca de por qué no íbamos juntas, como solíamos hacer a Viena o Budapest. Por entonces yo no tenía ni idea de la traición que había cometido ella con su amada Inglaterra, ni de que no se atrevía a volver a pisarla por miedo a ser detenida. «Los ingleses son de una tolerancia admirable, pero a cambio esperan lealtad, y si les fallas en eso, sobrepasas el límite de su tolerancia, hasta pierden el sentido del humor, comentó una vez mi padre; "los ingleses pueden llegar a ser muy duros"». Con este comentario les reconocía, al mismo tiempo, su legendaria ecuanimidad. Sabía de lo que hablaba, pues también él, aunque de otra manera, había engañado a los ingleses. «Los Rosenberg tuvieron la mala suerte», añadía mi madre, «de que los condenara un tribunal americano y no uno británico, ya que a Klaus Fuchs, que pagó a los ingleses el asilo que le habían concedido

frente a la persecución nazi con espionaje y alta traición, le cayeron solo catorce años de cárcel y fue liberado después de nueve, mientras que los Rosenberg, por haber desvelado secretos atómicos menos importantes, fueron ejecutados».

En el asiento de al lado del avión viajaba, como por casualidad, Jenny Reichmann, a la que conocía del extenso círculo de amistades de mis padres. En 1938, separada de su familia, pudo salir con un transporte de niños a Inglaterra y, después de la guerra, regresó a Berlín desde Palestina, pero mi padre, sin compasión alguna por su dura vida, decía que «por lo tanto, está histérica y chiflada». Lo cierto es que era solo un poco excéntrica, y a mí me gustaba justo por eso, resultaba distinta, se vestía de forma distinta y se comportaba de forma distinta a la mayoría de la gente en Berlín. En el avión se preocupó por mí lo mejor que supo, y buena falta me hacía, porque era mi primer vuelo y mi primer viaje a Inglaterra, y me sentía orgullosa y asustada ahora que iba a descubrir completamente a solas, como una auténtica exploradora, esa isla mítica de la que en casa oía hablar día y noche. Jenny Reichmann me entregó en el aeropuerto de Londres a los amigos de mis padres que me alojarían y que luego me entregaron a otros amigos y más adelante aún a otros, y así pasé seis semanas, yendo de una casa a otra, de amigos a amigos en Londres y en el condado de Hertfordshire.

Lo que encontré y experimenté en Londres fue de lo más apasionante, porque al lado de Londres no solo Berlín era un pueblucho, sino también Budapest y hasta Viena, aunque fuera solo por la diversidad de razas de aquella gente que conducía por la izquierda, y entre la cual nadie se puso a gritar, soltar juramentos y dar bocinazos la vez que giramos en medio de una calle concurrida, sino que esperaron pacientemente a que terminámaramos nuestra maniobra. Quizá lo más impresionante fueron la cortesía y la amabilidad de los londinenses, en contraste con el eterno griterío de los berlineses, además del titilante, centelleante, refulgente Piccadilly Circus y los cientos de variedades de Cornflakes. Sin embargo, aquello no tenía nada que ver con los episodios, anécdotas

y relatos de la mítica etapa londinense de mis padres antes de que yo naciera, cuando pasaron en esta ciudad la que tal vez fuera la etapa más importante de su vida. Los relatos ingleses no eran recuerdos como los húngaros, vieneses e incluso los de París, sino un segundo presente, paralelo a nuestra vida berlinesa, aunque mucho quedara solo en una alusión o se redujera a sentencias y dichos breves. «Cuando cuidamos la casa de Stefan Zweig» era uno de esos dichos, y difundía un aura en torno a sí, mucho antes de que yo supiera quién había sido Stefan Zweig.

A la familia que me recogió en el aeropuerto de Londres la conocía bien, porque nos visitaba cada año en septiembre. Como todas las familias a las que fui siendo traspasada en las semanas siguientes, eran austríacos, judíos y antiguos comunistas. Aunque lo cierto es que a mí me parecían muy ingleses, pues se movían por Londres con plena naturalidad y se sentían parte de todas aquellas cosas formidables que me mostraban llenos de orgullo, de los famosos monumentos y las banales escenas cotidianas, de la metrópolis y del *countryside*, mientras que mis padres siempre estaban distanciándose de Prusia y de la inhóspita Marca de Brandemburgo, como la llamaban, y no paraban de lamentarse sobre todo lo que echaban de menos allí.

It's Litzy's daughter, me presentaban una y otra vez a gente nueva.

Oh, Litzy's daughter, really?

From East Germany!

Oh, from East Germany, really?[33]

East Germany parecía ser sencillamente inconcebible, su mención desataba en la misma medida espanto y entusiasmo.

Un día, frente al Victoria and Albert Hall, me presentaron a un matrimonio ya mayor que me hablaba en una lengua que me sonó de algún modo familiar y sin embargo no entendí. Por primera vez en mi vida escuchaba yiddish, y fue también la primera vez que me encontré con gente que decía ser judía, sin dar más explicaciones ni disculpas al respecto.

Y luego estaba Toni, que había sido la mejor amiga de mi abuela

vienesa, vivía en St. John s Wood y era la única que añoraba el pasado, lamentaba todas sus pérdidas, también la de su mejor amiga, y culpaba al destino por ser tan cruel, preguntándose por qué siempre se perseguía a los judíos y por qué no se pudo quedar ella tranquilamente en Viena, donde a fin de cuentas no solo no hizo nunca daño a nadie, sino que se había implicado en diferentes organizaciones de ayuda y beneficencia. Toni no era comunista, y tras la prematura muerte de su mejor amiga, mi abuela, había conservado como gesto de cariño su libro de oraciones, *Oraciones de los israelitas según la normativa del oratorio de Viena*, en la traducción del rabino Mannheimer, una edición modernista en cuero rojo con cierres de nácar del año 1904 en la que tampoco faltaba la oración por el padre de la patria, que entonces se llamaba todavía Emperador Francisco José. Toni me entregó el libro de oraciones con aire casi conspirativo, ya que tenía claro que Litzy, a la que por lo demás quería mucho, no le otorgaba ningún valor al libro. Y mi madre, en efecto, no le hizo el menor caso cuando se lo di en Berlín. Pero tampoco lo tiró.

Algo de inglés aprendí jugando con los hijos de los amigos de mi madre, porque ellos no hablaban una palabra de alemán; sus padres, cuyo acento era ostensible, habían creído necesario evitarles esta lengua. Las madres me vestían en Marks & Spencer y el fin de semana salíamos con los padres de excursión al castillo de Windsor o visitábamos Oxford o la Torre o el museo de *Madame* Tussaud. Yo mascaba chicle y probaba cada día una nueva variante de Cornflakes. Me dejaba llevar por ahí, observaba, admiraba, me asombraba, y recompensaba a mis anfitriones con veladas de *ballet* que organizaba en sus salas de estar; el tutú y las zapatillas, por supuesto, los había traído de Berlín.

Para la última semana de vacaciones fui entregada a una pareja que era casi una generación más joven que las demás, tenían hijos pequeños, un perro grande y un jardín aún más grande que lindaba con la Embajada soviética, aunque también puede que fuera la residencia privada del embajador soviético en Londres. Esa proximidad inhabitual a los uniformes soviéticos y al idioma ruso,

que era impedida por una valla debidamente alta, era lo único que recordaba a Karlshorst, pero la valla era tan alta y tan firme que ni el gran perro inglés tenía ocasión de colarse, como hacía Poldi en Karlshorst, en el lado de los rusos y provocar así con sus incursiones una conversación entre sus dueños y los camaradas.

También en esta familia fui acogida con la cordialidad y generosidad a las que me estaba ya acostumbrando, aunque hasta el final no terminé de entender qué relación tenían con Litzy, puesto que eran demasiado jóvenes para ser amigos de Viena, y Eva, la anfitriona, hablaba alemán solo con cierto esfuerzo y acento inequívocamente inglés, mientras que su marido no lo hablaba en absoluto. Solo más tarde me explicó mi madre que Eva era la sobrina de Lotte Altmann, la última mujer de Stefan Zweig, con la que se había quitado la vida en Brasil. Ella y su hermano Manfred y la mujer de este, Hannah, sí que habían sido amigos de Viena. Manfred y Hannah habían fallecido después de la guerra en un accidente de coche, y desde entonces la amistad se había transmitido a su hija, que ahora se había convertido en la heredera de Stefan Zweig. De ahí la gran casa con tantos baños y televisor y cuadros en las paredes.

El dicho «Cuando cuidamos la casa de Stefan Zweig» debía referirse a Bath y a la época en que Stefan Zweig ya había emigrado a América. Un volumen de La Pléiade de la *Comédie humaine* de Balzac que encontré en mis exploraciones de la biblioteca de mi madre lo testifica, y es que en la hoja de guarda venía el sello:

Stefan Zweig
Lyncombe Hill
Bath

Y, en la estantería, no muy lejos de él se hallaba una edición de las *Amistades peligrosas* de Choderlos de Lacios en la traducción de Heinrich Marin con la dedicatoria:

Al Doctor Stefan Zweig
correspondiendo a su regalo
26 de julio de 1920
Heinrich Mann

Mi padre, sobre todo, no dejaba lugar a dudas acerca del origen de aquellos libros, y con frecuencia llegaba a decir: «lo único que lamento es no haberme traído más. Por ejemplo, uno de los numerosos autógrafos con los que te encontrabas nada más sacar un libro de la estantería y hojearlo. Al menos, podría haberme llevado una pequeña partitura de Mozart. ¡Quién sabe si habría acabado en mi casa o en la British Library!». A mi madre aquellos discursos le parecían indecentes y ponía los ojos en blanco, pero la edición de Shakespeare de 1783 (en la que quizá se basaron Schlegel y Tieck para sus traducciones alemanas) sí que se la llevó. Mientras mi madre hablaba siempre con mucho respeto de Stefan Zweig y de sus obras, mi padre se burlaba de su pasión coleccionista, puesto que no solo había coleccionado autógrafos y libros antiguos, sino, según la versión de mi padre, también plumas, bolígrafos, gomas de borrar, sobres, papel de cartas y cintas para la máquina de escribir. Lo cierto es que mi padre no sabía qué le había impresionado más, si los manuscritos de Mozart que había metidos entre las páginas de los libros o aquel almacén de artículos de papelería que había acumulado Zweig en su casa de Bath, seguramente como previsión para la guerra. «¡Increíble!», repetía a menudo mi padre; ya que él mismo se volvía loco por cualquier tipo de útil de escritura. Y en determinadas fases de su vida hasta sufrió accesos de cleptomanía. Mientras que con los libros y los manuscritos todavía era capaz de dominarse, apenas podía resistirse a las plumas y a los bolígrafos buenos. «Al fin y al cabo se suicidó», trataba de relativizarlo, como si con eso hubieran prescrito las colecciones. «Tu padre no respeta a nadie», lo reprobaba mi madre, o se lo echaba en cara ella misma: «Georg, no seas tan desalmado».

Nunca supe si mis padres llegaron a conocer a Stefan Zweig o solo cuidaron su casa, durante cuánto tiempo lo hicieron ni con qué

fin, ni tampoco qué ocurrió al final con la casa de Bath.

Cada uno de mis padres tenía una Inglaterra propia que solo al cabo de varios años desembocó en su historia conjunta, pasó a ser mi prehistoria y amplió la epopeya en unas cuantas personas, lugares y acciones.

Después de que mi padre fuera despedido de su puesto de corresponsal para el *Vossische Zeitung*, escribía desde Londres para periódicos alemanes, austríacos, suizos y checos, lo que saliera, y, tras su breve y fallida aventura parisina, finalmente aterrizó en el recién fundado *Exchange Telegraph* junto a Peter de Mendelssohn, al que conocía del *Vossische Zeitung* y al que, al menos eso era lo que contaba, él mismo le había inventado el «de». Por aquella época mi padre estaba aún casado con Ruth, quien, al igual que él, provenía de los círculos burgueses judíos de Frankfurt y no lograba entender su firme compromiso izquierdista, y hasta comunista; además, no quería tener hijos. Aquellas habrían sido las dos razones que provocaron su divorcio, y también con mi madre hubo de esforzarse mucho para convencerla de tener un hijo; o sea, yo, decía mi padre, que se presentaba así ante mí no solo como mi progenitor, sino incluso como mi inventor y creador.

Mientras mi padre seguía casado con Ruth, mi madre vivía sus primeros años ingleses como *Mrs*. Philby en Maida Vale y, según el plan del servicio secreto soviético, alternaba en círculos conservadores y, como dije antes, incluso filoalemanes y filonazis, de los que mucho tiempo después seguía hablando asqueada. Esta metamorfosis debió de parecerles bastante inverosímil a los amigos recién emigrados de Viena, y tuvo que ser una dura prueba para su amistad; o bien, lo que resulta más que probable, todos aquellos amigos, la «pandilla de Viena» entera, o al menos gran parte de ella,

se movían igualmente en la órbita del servicio secreto soviético —o eran al menos compañeros de viaje—. Mi madre se limitó también a insinuármelo. Pero mi padre, al que lo cierto es que le encantaba hablar mal de aquella gente, lo confirmó en buena medida.

El mito de mis padres como pareja no trataba, como en otras parejas, del primer encuentro, la primera mirada, las primeras frases, sino de una separación. De cómo una mañana de sol, simplemente y sin ningún aviso, mi padre fue detenido en las oficinas del *Exchange Telegraph* como *enemy alien*[34] y a continuación internado, y no tuvo ni tiempo ni oportunidad de avisar a mi madre, que justo en aquel momento estaba en la peluquería haciéndose teñir el pelo de alguno de los numerosos colores que alternaba. «Hacía muy poco tiempo que era mi amada», era la fórmula repetida una y otra vez cuando contaba este acontecimiento, y la palabra «amada», referida a mi madre, me sonaba extraña y un tanto engorrosa, ya que a mis padres no los había conocido más que divorciados: la palabra no encajaba en el tono de neutral amabilidad con el que estaba acostumbrada a oírlos hablar entre sí.

Solo un año más tarde regresó desde Canadá, adonde habían sido embarcados y donde fueron internados los *enemy aliens*, con su «amada» en Londres. «En Canadá me hice comunista», contaba. «Lo puedo fechar con toda exactitud, porque en aquel año de monótona vida en el campo y absurdo talar de árboles necesitaba unirme a personas inteligentes, y solo podía elegir, o al menos así me lo pareció entonces, entre los judíos *religiosos* y los comunistas». Mi padre prefirió los cursos sobre historia del PCUS que ofrecía el grupo de comunistas austríacos y alemanes a las oraciones y al «aprendizaje» de los judíos religiosos. Se reía siempre que hablaba de aquella memorable elección, y nunca quedó claro de quién o qué se reía en realidad. El grupo comunista lo propuso incluso como su candidato para las elecciones a portavoz del campo: con los ingleses siempre, hasta en los campos de internamiento, regía la democracia, y mi padre resultó elegido portavoz con clara mayoría, algo de lo que siguió estando orgulloso el resto de su vida. Tras su regreso a Londres se incorporó a Reuters. Todas las mañanas, entre las cuatro

y media y las seis y media, tenía que revisar allí la prensa internacional, y de esa evaluación matutina de los periódicos seguía hablando muchos años después tan lleno de entusiasmo como de agotamiento.

En esa misma época mi madre encontró un *war job*, un trabajo de guerra, como *tool trainee*[35] en una empresa de armamento y hasta obtuvo un diploma, que sería el único de su vida. Entretanto, sonaba la alarma por los bombardeos cada noche, y aquellas noches eran un centro de su epopeya de Inglaterra, en la que se verbalizaban acontecimientos sumamente dramáticos, calles que ardían, edificios que se desplomaban, la impavidez y la disciplina, hasta el heroísmo de los londinenses y la valiente pareja real que estaba en todas partes con sus dos hijas pequeñas y les servía siempre de modelo. Además, acababa de aparecer una nueva traducción de Proust sobre la que discutían cada noche en el refugio antiaéreo, contaba mi padre; allí se encontraba uno siempre con la misma gente, aunque entre ellos había también un petulante, uno de estos petimetres de la literatura convencido de saberlo todo que quería darse aires ante Litzy, sin duda porque estaba enamorado de ella; de modo que mi padre se puso tan celoso que durante las alarmas no bajaba al sótano solo por no tener que encontrarse con aquel proustólogo. Esta historia era una de las favoritas de mi padre, la contaba muy a menudo, y mi madre la confirmaba un tanto avergonzada de aquel amante potencial. Yo nunca llegué a preguntarme de qué traducción de Proust se trataba, ya que las obras completas habían sido publicadas en inglés bastante antes; además, era muy improbable que mis padres dominaran hasta tal punto el francés y el inglés que pudieran participar en discusiones de ese tipo. Pero supongo que estas adornadas historias sobre momentos vitales del exilio servían, como todas las historias, a una verdad más alta y a una sabiduría más profunda, frente a las que semejantes detalles significan muy poco.

A veces, mi padre hablaba también de Gizella, la madre de Litzy, mi abuela, de la que, sin embargo, ella misma apenas contaba nada. Él la había conocido en Londres, cuando la visitó como el nuevo «prometido» de Litzy. Con su hija no hablaba más que en

húngaro y se preocupaba por ella y la cuidaba, algo que por lo visto sacaba a Litzy de sus casillas. Su alemán debía de sonar bastante húngaro cuando, cuadruplicando la erre como mínimo, lo llamaba Géorrrrg, y con el tiempo, decía mi padre, sonaba de todos modos cada vez más como György. Pero de aquel recuerdo mi padre conservaba una simpatía duradera por el idioma húngaro. Äsbästäck[36], llamaba a veces, con todo el cariño, a mi madre, para hacerla rabiar.

«Tus abuelos están enterrados en Londres» era otro dicho de la epopeya inglesa. Como yo nunca llegué a verlos ni a conocerlos, «tus abuelos» sonaba igual de irreal que «mi amada». Pero sonaba también irreal porque entre la hacienda en Hungría y la tumba en Londres no se había transmitido mucho más de ellos. Nada o muy poco de su vida en Viena, donde me imagino que, como pareja de funcionarios burgueses, habrían tratado de llevar una vida lo más ordenada posible, sin tentaciones revolucionarias y lejos de la Viena Roja, antes de que el funesto Anschluss los expulsara de ese empeño de una vez por todas. A mi madre, que había salido a hacer la revolución, es seguro que la vida de mis abuelos le parecería gazmoña, pequeñoburguesa y horrorosamente dócil, y puede que hasta se avergonzara de ellos delante de Mitzi, de los camaradas del Socorro Rojo y del PCA, que en aquellos momentos se aprestaban a cambiar el mundo en lugar de limitarse a hacer *Vanillekipferl*[37] y a ocuparse de los asuntos y la administración de la comunidad judía en una oficina. Pero también puede que se avergonzara de no haber puesto nunca una lápida para sus padres en el cementerio de Londres. Cuando al finalizar el quinto curso me mandó a Londres con mi pasaporte Traveller, me habló de todo tipo de amigos y antiguos conocidos de Viena y me envió a verlos, pero no me mandó al cementerio donde estaban enterrados sus padres. Solo cincuenta años después de su muerte descubrí los anónimos montones de arena bajo los que yacen, y el guardián del cementerio, que en pocos minutos, sin hacer preguntas, sin dificultad alguna ni asombro encontró en sus libros de registros a Israel y Gizella Kohlmann, trató incluso de consolarme ante mi alteración por el

descubrimiento, y me dio una explicación razonable para aquel hecho escandaloso. «Bueno, estábamos en plena guerra, puede que no tuvieran personal; los hombres estaban todos en el ejército, y no dejaban de caer bombas, ¡era el *Blitz, Madam*!». Pero en mayo de 1939, cuando enterraron a mi abuelo a las pocas semanas de su llegada, aún no había estallado la guerra, y tampoco caían bombas sobre Londres, y mi madre aún vivía en París en el Quai d'Orsay.

Del último capítulo en la vida de sus padres no contó casi nada, no dijo una sola palabra sobre las tumbas que dejó atrás en Inglaterra sin sus nombres, sin una señal, sin una piedra. Jamás mencionó las cartas de su madre, que, escritas en un lamento vacilante, se atreven incluso a rebelarse tímidamente contra el destino injusto: «Perdona que siempre esté quejándome, siempre lloro mucho… También ahora, mientras escribo esta carta, lloro… Que Dios te ayude, hija mía, y si a mi entierro no vienen más que unas pocas personas, tanto mejor». Y a continuación el ruego expreso de «una tumba decente; junto a papá, si puede ser».

¿Por qué no lo resolvió antes de marcharse de Inglaterra? ¿Por qué les hizo eso a sus padres? ¿Por qué nunca me dijo nada al respecto? Si los cementerios, los entierros y las lápidas no significaban nada para ella, ¿por qué no los hizo incinerar y esparció sus cenizas al viento, como hacen algunas personas?

Las cartas de su madre y los dos mapas en los que estaba indicada la posición de las tumbas anónimas en el cementerio, sin embargo, los conservó toda su vida como un tesoro escondido. Yo debía encontrarlos tras su muerte, enterrados entre las facturas más irrelevantes, cartas, diversos recortes de periódico y fotografías de mis hijos. Y así sucedió. Encontré las cartas y los mapas, pero no encontré una explicación.

Quizá mi madre fuera una de esas personas que han de traicionar lo que aman y expresan precisamente con la traición su vínculo e íntima pertenencia. También con respecto a su amada Inglaterra se condujo de forma similar. La amaba, la admiraba, la veneraba e incluso la ensalzaba, pero la traicionó. Tenía que agradecer a aquel país, a su capacidad de resistir, su propia

supervivencia, como la de sus padres y la de incontables amigos. Y lo engañó y jugó sudo, como suele ocurrir en amoríos peligrosos y grandes pasiones que se alimentan de los secretos que han de ocultar al mundo.

Traicionó a su amada Inglaterra por el régimen de un país lejano que no conocía más que de oídas, de cuyas atrocidades no quería saber nada; que nunca pisó y de cuyos habitantes apenas había llegado a ver alguno, a diferencia de los ingleses, entre los que vivió durante años, y cuya cortesía, sensatez y sentido del humor no se cansaba de alabar. Quizá por el temor a ser interrogada y detenida, quizá también por desconcierto ante sus propias contradicciones, nunca en su vida volvió a pisar Inglaterra.

Entonces había cumplido los ochenta, estaba en mi estudio y quería contarme algunas cosas de su vida. De pronto, después de tantos años de meras alusiones, había sentido el impulso de acoplar aproximadamente algunos episodios de su vida y hacerme testigo de su frágil red de recuerdos. Philby había muerto hacía poco, también mi padre había muerto ya, y ella vivía de nuevo en Viena, su ciudad natal. Al poco de haberse establecido allí, la localizó un biógrafo de Philby que, naturalmente, pensaba dedicarle algunas páginas de su libro. Incluso, para que las revisara, le envió aquellas páginas en las que hablaba de su *love affair* y de su matrimonio con Philby, y del papel que debía de haber jugado ella en su reclutamiento por el KGB; pero también de cómo había continuado su vida.

Y como no podía tirar sin más aquellas páginas, las leyó y se alteró bastante. Trató de disuadir al autor de citar su nombre completo.

> *I am very much afraid, if in your book my name appears reporters start hounding me. I had a very difficult year with various serios illnesses, so I feal rather weak and exhausted and would not be up to the questioning of newspapermen.*
>
> *Of course, you will say, that I could refuse all interviews, but this is harder than you may think. Would it be possible for you to leave out my full name, just saying, I was married and then divorced. (…)*
>
> *I have read some of your interviews with Kim. I am sure that your book will be, as you say, a generally sympathetic treatment and I am glad about this.*

Your sincerely[38].

Primero se puso a ordenar mi estudio y a hacer sugerencias sobre cómo podía organizado mejor para que, a la vez, estuviese más hermoso. Para empezar, cortinas más bonitas, «porque son las cortinas y las ventanas las que le dan su carácter a un espacio. Y para el suelo puedes comprar un *kilim* y ponerlo sobre esa moqueta tan fea; el *kilim* puedes meterlo sin más en la lavadora, es muy práctico, en serio. Y bonito».

Y entonces contó:

—Me divorcié de Kim, creo, en 1942, o en 1944 o 1945, pero también puede que fuera en 1946. Tampoco sé en qué año nos vimos por última vez.

—¡Pero *Mutti*, no puedes no acordarte del año de tu divorcio de Kim!

—Tampoco me acuerdo de cuándo me divorcié de tu padre.

Yo tampoco lo sabía, por supuesto; nunca había conocido a mis padres como pareja, solo como buenos amigos que se veían regularmente y comentaban y se consultaban las nimiedades importantes de la vida.

—¡*Mutti*, por favor, de algo te tienes que acordar!

No le gustaba nada que la llamase *Mutti*, aunque la había llamado así toda mi vida, al igual que hacían mis amigas de Karlshorst con sus madres; la palabra *Mutti* le parecía al mismo tiempo prusiana y gazmoña —dos categorías que de todos modos denotaban el nivel más ínfimo de todos los valores—, el dialecto berlinés horrible y los berlineses mismos, desabridos, antipáticos y ordinarios. Nunca había llegado a gustarle la ciudad en la que, sin embargo, vivió casi cuarenta años. Se perdía una y otra vez, incluso en Karlshorst, un barrio de villas con una calle comercial y una línea de cercanías que lo dividía en «delante de la estación» y «detrás de la estación», para los niños una separación de mundos que permitía una orientación sencilla y no solo geográfica; al margen del gueto de los rusos, que quedaba a todas luces deslindado y más allá del horizonte de los karlshorstianos. Con su desvalidez fingida, mi

madre expresaba su negativa a aceptar Berlín como un lugar vernáculo, y en esa actitud siguió aliada con mi padre, que también pretendía echar de menos a diario el paisaje de colinas de Hesse. Otra expresión de su rechazo era su negativa a aprenderse los nombres de sus nuevos conciudadanos, pasó a ser poco menos que un tic deformar cada nombre: Krüger se convertía en Kramer, al señor Schmidt lo llamaba señor Schneider. Como si aquellos nombres fueran verdaderamente impronunciables de puro exóticos, y también a mis amigas las solía llamar con nombres inventados que, en el fondo, a ellas les gustaban mucho, porque sonaban muy extranjeros.

A mí, en cambio, me pareció siempre injusto y también insincero aquel rechazo a Berlín. En esa ciudad me había traído mi madre al mundo y en ella crecí después, y se me había vuelto familiar porque allí tenía mi camino a la escuela y mis amigas vivían en el vecindario, cuyo dialecto berlinés hablaba, por supuesto, a veces justamente para irritar a mi madre, que ponía los ojos en blanco al oírlo y hacía como si le generara dolor físico. «¡Haz el favor de no hablar en berlinés!». Escuché esto al menos tantas veces como «¡Haz el favor de peinarte antes de presentarte a desayunar!». En nuestros viajes juntas a Viena, y aunque, por lo demás, mi comportamiento era intachable y nunca fui a desayunar sin peinarme, mi dialecto berlinés siguió siendo un serio «problema» que ponía en apuros a mi madre. Pero a fin de cuentas habían sido mis padres, y no yo, los que por algún motivo habían elegido para vivir aquel Berlín prusiano. Realmente no había ningún motivo, me parecía a mí, para acusarme de cualquier forma de «colaboración».

«Me fui de Londres en la primavera de 1946», siguió contando, y como siempre, también esta era una información del todo inexacta, ya que al principio fue mi padre el que vino a Berlín, y solo después de haber encontrado piso y aclarado su situación con los camaradas, como él decía, la trajo consigo. Tampoco él «vino» o «regresó» sin más, sino que había sido enviado como corresponsal de Reuters a Hamburgo, a la zona de ocupación británica. Pero una vez allí pasó a la clandestinidad y desapareció; se esfumó en el aire y

generó espanto y temor entre sus colegas de la oficina londinense cuando, de pronto, se perdió su pista, hasta que poco tiempo después volvió a aparecer en el sector soviético y ofreció sus servicios a la administración militar rusa, que los aceptó de muy buena gana, ya que en Inglaterra había acumulado experiencia profesional en Reuters y en el *Exchange Telegraph* que podía ser de gran utilidad a los rusos a la hora de poner en pie una prensa antifascista, tal como la llamaban. Y se topó también de inmediato con sus límites, como añadía mi padre cuando lo contaba. En Inglaterra, mi padre había ingresado en el Partido Comunista, y «el partido me envió de vuelta, porque hacían falta cuadros», era la fórmula con que evitaba preguntas ulteriores. La palabra «cuadro»[39] sonaba ridícula en boca de mi padre; él era un hombre de mundo, elocuente e ingenioso, que, por lo general, hacía un papel excelente, ¡y quién había visto un «cuadro» así!

De los primeros días en Berlín mi padre dejó un par de páginas de diario, apenas sucintas notas en las que describe los primeros trayectos y encuentros pero no analiza ni comenta su decisión de ofrecer sus servidos a los rusos.

«Me siento feliz de haber tomado la decisión y duermo como un muerto». Luego cuenta cómo lo ha tratado todo con «Franz». «Primero dice "usted", luego "tú". Analiza mi posición. Puedo ir a Hamburgo y llevar a cabo una misión para los ingleses. Es posible que también sea muy importante para nosotros. Pero ¿cómo salir tras varios meses? Sería de lo más sospechoso. Los ingleses me espiarían a fondo. También desconfiarían los rusos. Si rompo ahora, quedo limpio, los ingleses lo habrán olvidado pronto. Así que nos decidimos por lo último. Franz mismo toma la decisión de acogerme. Luego voy a ver a la secretaria de Pieck[40], recibo mis bonos de comida y una cama en el dormitorio. De vuelta en el hotel, el conserje, que estuvo antes en el Esplanade, me reconoce de "antaño", ha adelgazado cuarenta y cinco kilos, dice, le conmueve mucho. Llora».

Un par de días más tarde le escribió a su jefe inglés la carta de despedida, con la bendición de «Franz».

«Pregunta con todo detalle por mi trayectoria en el partido, hace traer mi acta, se lo anota todo.

»Luego, por la tarde, con Kurt[41], me habla de la lucha ilegal, de cómo todos estaban al límite de los nervios, de su detención. Después dice una cosa muy amable; es bonito que esté aquí, "tu sitio está aquí". Brindamos por una buena y larga amistad».

Entretanto mi madre emprendía su último viaje a París. «¡París al que tanto amé, al que tanto amo!», dijo sentada en mi sofá del estudio. «No sabía si iba a volver a verlo, estaba eufórica, melancólica, y me compré ese sombrero que usé en París; luego en Berlín ya no me atreví».

Pero también sin sombrero se la veía con recelo en Berlín. Parecen haber sido justamente el aspecto y la conducta de mis padres los que provocaron el rechazo de sus nuevos vecinos; en cualquier caso, esos factores externos ocupaban la mayor parte de los informes de los confidentes que leí más tarde. La «ropa llamativamente occidental», su «arrogancia», su «conducta presuntuosa». «Se comportan con la máxima reserva hacia los camaradas residentes en el vecindario y se aíslan de todo y son gente muy pretenciosa y engreída».

En 1951, cuando mi padre aún era el redactor jefe del *BZ am Abend*[42], se le abrió un «procedimiento» en el que se puede leer: «H. se marchó por voluntad propia al extranjero en 1934 y estuvo empleado en la agencia de noticias Reuters, cuyos colaboradores son todos agentes del servicio secreto americano. Puesto que H. juega un papel extraño y opaco en la empresa y no revela nada sobre sus actividades anteriores, se sospecha que H. ejerció de informador en el seno de la agencia Reuters y que probablemente, a la vista de su extraña conducta, siga teniendo contacto con el servicio secreto americano».

Sobre mi madre no hay actas de la Stasi. Aunque nunca lo dijo con esa claridad, de lo que me contó aquel día en mi estudio deduje que la Stasi, simplemente, no podía encargarse de ella, porque «la llevaba» directamente el KGB. «Entonces, en mi viaje desde París a Berlín, tuve que pasar por Praga», me contó. «Me colaron los rusos y

tampoco tuve que hacer cuarentena como los alemanes de los Sudetes con los que hice el viaje en tren de Praga a Dresde». En Praga aún pudo ver a su amiga y casi gemela Lotti, que entretanto había regresado ya a Viena, «porque Praga está muy cerca de Viena, y además Lotti compraba allí palas y escobas, que, por lo visto, en 1946 no era posible encontrar en Viena. Y en Dresde me alojó el comandante en jefe ruso», añadió esta vez. La historia del viaje de Lotti para aprovisionarse[43] de palas y escobas la había escuchado ya antes, pero la del comandante en jefe ruso no. Incluso la llevó en su coche hasta Berlín, donde mi padre estaba esperándola. A fin de cuentas, mis padres trabajaron los primeros años tras la guerra en la agencia de noticias soviética; mi padre como redactor jefe; mi madre como censora, tenía que revisar la postura política de los artículos, pues no cabía esperar que los periodistas alemanes se olvidaran de un día para otro de sus doctrinas nazis.

Casi todos los rusos eran judíos, solían contar mis padres; en su mayor parte germanistas que habían sido alistados en las secciones de propaganda del Ejército Rojo por sus conocimientos de alemán. De su jefe hablaban como de una persona que reunía solo cualidades positivas; era inteligente, muy culto y discreto, y además tenía sentido del humor; por lo tanto, sería enviado más tarde desde su puesto berlinés en la agencia de noticias soviética directamente al Gulag en Siberia. Aunque este detalle no lo supieron sino muchos años después, cuando él regresó del campo. Ante mí no les gustaba mencionarlo, hasta que en Moscú conocí a su viuda y me contó que después del campo ya no tuvo una vida muy larga. Cuando al regreso de mis viajes a Moscú me peleaba con mis padres y ellos no sabían decirme más que «bueno, bueno», les espetaba su nombre y su destino, para herirlos donde suponía que les hacía daño de verdad, dado que siempre habían hablado de aquel hombre con admiración y cariño.

De la familia alemana con la que estuvieron viviendo mis padres en sus primeras semanas en Pankow, por contra, mi madre hablaba llena de desprecio. «Siempre estaban compadeciéndose a sí mismos, quejándose y lamentándose de la mañana a la noche de cuántas

sábanas les habían robado los rusos. A los ingleses, en todos los años de guerra y las noches de bombardeos en Londres, no los oí quejarse nunca». Y esto no era más que el comienzo de eternas comparaciones entre los alemanes y los ingleses, de las que los ingleses salían siempre bien parados y los alemanes mal. Además del hecho de que hubiesen arrasado medio mundo para luego todavía compadecerse a sí mismos, lo que mi madre no podía perdonarles de ningún modo era otra cosa: «Si los invitas un día a tu casa, no perciben cuándo llega el momento de irse. Los ingleses se quedan hora y media y a continuación se retiran. Como hace la gente civilizada. ¡Quién va a querer hablar durante horas!».

En la Luisenstraße los rusos habían requisado un antiguo palacio urbano berlinés que designaron como club de artistas y en honor a Chéjov llamaron La Gaviota, y allí, más o menos como en un club inglés, la élite antifascista de los artistas, en su mayor parte regresados del exilio, se reunía. También mis padres eran miembros de aquel club, en el que por lo menos no había que sospechar que hubiera nazis. Allí forjaron las amistades que más adelante formarían el núcleo del grupo de amigas de mi madre que el Primero de Mayo, tras la manifestación, venían a Karlshorst para su fiesta de cumpleaños: la criptosionista Hilde; Jetty, la enfermera de la Guerra Civil española con los brillantes ojos azules; Berta, de la Asociación de Escritores Proletarios; y Olga, con la que mi padre estaba liado. Y cuando hacía buen tiempo se sentaban todas juntas a seguir discutiendo sobre la política mundial en el pequeño jardín tras la casa, que nos estaba reservado solo a nosotras, pero que cuidaban Lomi y Brauni, salvo por los tulipanes, que mi madre plantaba con sus propias manos. En el jardín había un peral, un manzano y un cerezo, que florecían sucesivamente a ritmo afortunado y daban frutos que repartíamos entre las mujeres de la casa, y lo que no se comía era puesto en conserva para el invierno por Lomi y Brauni, como compota o confitura, según recetas de la Prusia Oriental.

Si los amigos no venían a nuestra casa de Karlshorst, íbamos nosotras a verlos a Niederschönhausen o Grünau, a casa de los

Rapoport, los Kahane, los Kneppler o los Katzenstein, o donde Gerhard y Hilde Eisler[44], que no tenían hijos y quizá por ello me dedicaban más atención que otros adultos. Gerhard solía perorar, aunque hacía como si quisiera oír mi opinión, y yo entonces se la expresaba con cautela, lo que tampoco servía de mucho, y eso que le decía más o menos lo que era *voxpopuli*. Sobre todo Gerhard, que en eso se parecía a Mitzi la de Viena, irradiaba algo así como un aura de precursor comunista bajo cuyo brillo mi madre adoptaba rasgos escolares, y hasta un poco avergonzados, que la desfiguraban. Me gustaba mucho más cuando hablaba de sus fiestas y su sombrero en París.

Divertida todavía y con un punto de arrogancia, habló de las incertidumbres en tomo a su identidad cuando llegó a Berlín. «Los rusos, o al menos algunos rusos, sabían quién era yo. Pero nadie más lo sabía. Y en la VVN[45] me pusieron pegas antes de admitirme porque no presentaba el perfil habitual de perseguida, sino que toda la época del nazismo la había pasado en Inglaterra como ciudadana inglesa y esposa del corresponsal del *Times*, y antes jamás había vivido en Alemania. Así que les aconsejé que preguntaran en Moscú por mi identidad y mi trayectoria política». El tono en que me lo contaba ahora seguía siendo de desdén. Una vez que los camaradas de la comisión de control lo hubieron consultado, le confirmaron, incluso sin las charlas de verificación exigidas en estos casos, su reconocimiento como «perseguida del nazismo» y su militancia en el Partido Comunista desde 1933. Le daba una gran importancia a esa militancia de años. No era una camarada nueva, era una camarada antigua.

De la condición de «perseguida del nazismo» me beneficié también yo, pues esa forma de «reparación» incluía igualmente a los hijos de los perseguidos y les aseguraba, por ejemplo, y al margen de otros criterios materiales, la beca máxima de doscientos seis marcos al mes durante los estudios, así como el derecho a una vivienda. Aunque no a un teléfono.

Mis padres no querían admitir que la condición de «perseguido del nazismo» iba ligada a una buena conducta política y no quedaba

asegurada para siempre, ni mucho menos por el alcance del sufrimiento y la persecución, puesto que la jerarquía establecida priorizaba a los «luchadores» sobre las «víctimas» y otorgaba, por tanto, a los perseguidos políticos un estatus más alto —y así una pensión más alta— que a aquellos que «solo» habían sido deportados a Auschwitz como judíos. Lo cierto es que a mis padres les gustaba tan poco escuchar o hablar de Auschwitz como de los campos soviéticos.

En 1951, durante una de las múltiples campañas contra la socialdemocracia, el cosmopolitismo y el sionismo, los camaradas judíos se vieron en la tesitura de tener que elegir entre ser miembro de la comunidad judía o del partido, puesto que una membresía excluía la otra. Y como no quería verse expuesta a la sospecha de ser agente sionista, mi madre, como la mayoría de sus amigos, también Hilde, que desde ese momento hubo de ocultar su amor a Israel aún más adentro en su corazón, se dio de baja en la comunidad judía. Lo sorprendente, en realidad, es que hubiera ingresado en ella tras la guerra; a mi padre no se le habría ocurrido ni en sueños. Esta «elección» entre la comunidad judía y el SED fue solo uno de los múltiples gestos de sumisión que se exigía a los camaradas, sobre todo si habían regresado del exilio occidental. Los destinos de los camaradas Merker, Schrecker, Siegbert Kahn[46], en cuyo entorno se movían mis padres, debieron de ser para ellos un recordatorio angustioso de lo insegura que era su situación. Nunca les escuché nada preciso sobre el alcance del castigo a aquellos compañeros de lucha caídos en desgracia, pero ya solo el tono en que mis padres hablaban de ellos revelaba lo duro que debió de ser su destino, que mis padres trataron de eludir mediante todo tipo de maniobras adaptativas.

Pero quizá vivieran aquellos años cincuenta en la RDA, con todas sus manipulaciones, vejaciones y sospechas permanentes por su origen judío y burgués y el exilio occidental, aquellos años de procedimientos de control continuos y de purgas, todavía o justamente entonces como promesa del comunismo, que exigía de ellos pruebas terrenales para una salvación venidera. O quizá se

sintieran como soldados de un gran ejército que, pese a toda la dura instrucción y a todas las tribulaciones y a todo el peligro amenazante, están orgullosos de ocupar un puesto en esa tropa y esperan lograr un día una medalla por su valor, su coraje y su entrega. Algo parecido debieron de sentir los Rosenberg cuando acabaron sus días en la silla eléctrica. Pero al contrario que a sus correligionarios en los países socialistas, que si no estaban muriéndose en el destierro o en los campos o siendo condenados en los juicios farsa debían humillarse en una vida de sumisión indigna, a los Rosenberg les fueron asignadas dos plazas como mártires en la historia comunista de la salvación. Rajk, Rostov, Slánský[47] y sus compañeros, a los que ejecutaron más o menos al mismo tiempo, no pudieron disfrutar de esa ascensión al cielo ni de la indignación de los «amigos de la paz en todo el mundo». Cuando mi madre decía de los Rosenberg con tanta convicción «pero inocentes no eran», es posible que en ello resonara cierta envidia de que los dioses hubieran aceptado su sacrificio, habiendo rechazado y escarnecido tantos otros.

Después de que hubieran pasado los inquietantes años cincuenta con sus procesos y sus procedimientos de control, mis padres y sus amigos esperaron en los años posteriores un socialismo más abierto, humano y, también, de mejor gusto, tal como el que veían despuntar en el euro-comunismo y más tarde en la Primavera de Praga[48].

En realidad, salvo por aquel diploma inglés de maestría en herramientas, mi madre no tuvo una verdadera formación en ninguna especialidad u oficio; después del bachillerato solo estudió un año, sin llegar a completarlo, Francés en Grenoble. Seguramente gracias a los idiomas que dominaba, pues de algún modo hablaba también un excelente italiano, tras su trabajo con los rusos en la agencia de noticias soviética pasó a ser jefa de prensa en la recién fundada DEFA, y más tarde, ya que había caído en el sector y puesto que le gustaba todo aquel mundo del cine, se formó como directora de doblaje en el estudio de la DEFA. Amaba ese oficio,

quizá también porque en medio de aquel mundo por lo demás estrecho y provinciano en que se había instalado, en él podía sacar a relucir impunemente su talante cosmopolita. Doblando películas inglesas, francesas o italianas, *Rojo y negro* con Gérard Philipe o *Las brujas de Salem* con Yves Montand y Simone Signoret o *La habitación en forma de L* con Leslie Caron, podía mantener un vínculo al menos imaginario con aquellas culturas que admiraba. De las películas húngaras, checas y rusas siempre se las arreglaba para elegir las más interesantes, las de Milos Forman o las de Miklós Jancsó. Mientras fui niña me fichó para todos los papeles infantiles entre los dos y los catorce años, porque era lo más sencillo; para la escuela se inventaba entonces alguna disculpa convincente, y a mí, desde luego, me hacía mucha más ilusión pasarme el día con mi madre en la oscuridad del estudio cinematográfico, en la que en aquellos momentos se doblaba *take* a *take*, como se decía en el argot del doblaje, alguna película húngara o francesa. Creo que en aquella atmósfera algo irreal, mitad cine y mitad vida genuina, se sentía particularmente bien, así como en el vínculo bastante estrecho del equipo del que como directora era la jefa y que permaneció inalterable durante muchos años, con lo que cada vez se parecía más a una familia en la que todos tenían su puesto, su papel, su diminutivo y su mote. Cuando el resto del equipo llamaba a mi madre con respeto, pero también con afecto, «señora condesa», probablemente expresaban así una distancia que, para empezar, respondía al acento vienés, pero que iba más allá de este; en general, aquello aludía también a su origen y biografía algo distintas, de las que mi madre nunca hablaba, sin llegar a ocultarlas realmente. Con ese «estatus de condesa» no tenía el menor problema, puesto que le aseguraba una distancia benévola e inocua. A ese juego de roles le sacó más de una ventaja, y con su «encanto vienés» e indefensión fingida conseguía libros, mesas en restaurantes y todo lo que en la RDA era codiciado, es decir, lo que escaseaba. A una taxista con la que más tarde viviría en el mismo edificio en la Karl-Marx-Allee la elevó, ella que nunca había aprendido a conducir, al rango de su choferesa personal, y ambas no le veían más que ventajas al acuerdo.

De vez en cuando se rodaba en los estudios de Leipzig o Weimar, y entonces el equipo vivía allí dos o tres semanas en un hotel; desayunaban todos juntos, trabajaban juntos, por las tardes iban a cenar juntos a un restaurante. A veces yo iba a visitarla allí el fin de semana, y entonces me parecía suelta y relajada, como si se hubiera librado de todos los demás contextos vitales, y como si todos aquellos «capítulos» de su vida quedaran lejos y carecieran de importancia. Quizá fuera ese su mayor talento, el poder entregarse del todo al instante y vivir por completo en el presente.

En el trabajo de doblaje en el estudio era simplemente una «colega», aunque con estatus de «condesa»; en los primeros años había sido también miembro de la dirección del partido en la empresa, y a continuación ya simple miembro del partido. La empresa, como llamaba al estudio de doblaje, atrajo con los años a un gran número de gente que se había refugiado allí para encontrar un sitio en la periferia del mundo cultural en que no se les pedía excesiva subordinación ni continuas demostraciones de fe política, y en el que podían pasar casi inadvertidos. Con el tiempo, mi madre simpatizó cada vez más con aquellos objetores prudentes, y hasta hizo amistad con ellos, mientras se iba alejando de algunos viejos amigos que se aferraban compulsivamente a las viejas consignas.

No solo se iban separando poco a poco los caminos de los viejos compañeros de lucha, también nuestros caminos se habían bifurcado entretanto: tras el bachillerato me había mudado desde la casa de las viudas en el suburbio a uno de los barrios del centro donde vivían los estudiantes. Primero creí tener que comunicarle a mi madre con delicadeza la intención de mudarme, pero ella recibió con entusiasmo la noticia, porque le ofrecía la posibilidad de una nueva mudanza, que enseguida empezó a planear y después puso en práctica. La idea de cogerse un piso pequeño en el centro urbano y de amueblarlo le encantó, y pronto cambiamos el piso en la villa de Karlshorst por dos más pequeños en el centro de Berlín, uno de dos habitaciones para ella y una buhardilla para mí. La mudanza la organizó mi madre con su brío característico, a un ritmo tan vertiginoso que casi me sentí expulsada; a las pocas semanas de

haber expresado mi deseo apareció en la puerta el camión de la mudanza y se llevó sus muebles a la Karl-Marx-Allee. Su nueva dirección tenía la ventaja de quedar enfrente del Hotel Berolina, donde alojaba a sus amigos ingleses y vieneses cuando venían de visita, de modo que así podían ir a desayunar directos a su casa. Mi buhardilla, en cambio, quedaba detrás del parque Friedrichshain, que desde ese momento separaba y unía nuestras dos viviendas como un pequeño océano verde que debíamos cruzar cada vez que quería visitarla, o ella a mí.

Años más tarde abandoné Berlín del todo, y como los amigos más allegados a mi madre vivían en Viena y, a diferencia de Berlín y «pese a los austríacos», ella amaba Viena, o al menos eso se empeñaba en creer, resultó casi natural que un día regresara a Austria. Si se le preguntaba por los motivos solía responder con una fórmula estandarizada que era por su hija y los nietos[49], pero esto no era del todo cierto, aunque tampoco mentira, pues había preparado su regreso mucho antes de que yo misma forjara mis planes de salida; desde hacía años sus amigos iban sacando de la RDA los documentos necesarios para las distintas solicitudes de reconocimiento de su nacionalidad austríaca, y había contratado a un abogado en Viena para que gestionara ese asunto y lo acelerase.

Su partida la escenificó con su personal estilo, «cosida a mano por Litzy», habría dicho mi padre, con una hechura grande y puntadas sucintas. En vez de pasar por largos trámites de emigración, un buen día de julio simplemente hizo sus dos maletas para su «viaje al Oeste» anual, autorizado por los «órganos» como a cualquier otro jubilado[50], cerró la puerta tras de sí, tomó en Ostbahnhof el *Vindobona* a Viena Westbahnhof, y se instaló primero en casa de su amiga y casi gemela Lotti para no regresar nunca jamás a Berlín. Tenía entonces setenta y cuatro años y volvía a quemar sus naves. Para que no hubiera lugar a malentendidos, envió a sus vecinos en la Karl-Marx-Allee una carta con las llaves de su piso y el mensaje de que no contaran ya con su regreso; renunciaba a todo cuanto allí había y al dinero que aún le quedaba en la caja de ahorros, número de cuenta tal y tal. La edición de Shakespeare de 1784, el volumen de La Pléiade de la *Comedie húmame* que fuera de Stefan Zweig, las *Amistades peligrosas* en la

traducción de Heinrich Mann con su dedicatoria y su abrigo de pieles me los había regalado antes, de modo que esas valiosas piezas las había sacado yo en mi propia mudanza. Por lo demás, no había nada, de entre los treinta y siete años de su vida en Berlín, cuya renuncia le hubiese merecido un suspiro. Con las llaves y la escueta carta de despedida les había incluido en la carta a los vecinos, que eran empleados de la Stasi, también su carné del partido.

Una vez en Viena, escribió una carta muy parecida a la Embajada de la RDA, a la que añadió solo:

> *Ruego se me dispense de la ciudadanía de la RDA a fin de poder asumir la ciudadanía austríaca. Ruego confirmación de mi escrito.*
>
> *Muy atentamente,*
> *Alice Honigmann*

Aunque jamás obtuvo confirmación de su escrito ni menos aún respuesta, y aunque tampoco pudo oficializar en el consulado del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, como esperaba de mi madre la República de Austria, una declaración de renuncia a su antigua ciudadanía británica, porque esta no resultaba ya «verificable», la República de Austria le otorgó sin mayores trabas burocráticas la ciudadanía austríaca en forma de una concesión diplomática, un pasaporte, un carné de identidad y un carné de víctima, que «faculta al poseedor a un trato preferente». En todos estos documentos, por supuesto, figuraba «Viena» como lugar de nacimiento, y a la luz de aquellos papeles que confirmaban ahora su identidad austríaca, posiblemente no había abandonado nunca Viena desde el día de su nacimiento.

Se instaló tras la placa del Dr. John en la Theresianumgasse, en el distrito 4º y enseguida se aplicó casi con fervor a ponerse al día en toda la actualidad austríaca sobre política, cultura y sociedad, lo que había descuidado un tanto en los últimos cuarenta años, por eso leía siempre varios periódicos y no se perdía ni una sola tarde las noticias

de la ORF[51], salvo que tuviese que acudir a una importante representación teatral. Se esforzaba todo lo posible por ser aceptada como nativa o, al menos, por no llamar la atención como extranjera, algo para lo que, de hecho, como demostraban sus papeles y carnés, no había motivo alguno. Revisó sus conocimientos de «Historia local» y hasta recortó de algún sitio un mapa de Austria en el que aparecían bien marcados en diferentes colores los estados federados específicos, pero donde también podía verse una pequeña parte de Hungría, precisamente Nagykanizsa, que queda cerca de la frontera. El mapa recortado lo pegó sobre un cartón para colocarlo en su escritorio, junto a las fotos de sus nietos; y allí estaba también la máquina de escribir en cuyas teclas martilleaba sus cartas para mí, y «martillear las teclas» es la expresión exacta para su fogosa manera de tratarlas. Porque desde que se volvió incapaz de leer su propia letra, que entretanto se había transformado en un sistema enteramente críptico de signos, ya solo escribía a máquina. Al igual que todos sus muebles y objetos de uso corriente, desde las sábanas hasta el televisor, la máquina de escribir provenía de sus amigos, que pagaban también el alquiler del piso, pues la pequeña pensión que le concedió el Estado austríaco a mi madre no alcanzaba. Los amigos decían que solo estaban agradeciéndole la larga amistad, y que «cada cosa a su tiempo» y «todo tiene su hora» y «esto es lo mínimo», y es que en otros tiempos, en París y en Londres, había sido Litzy, en su papel de *Mrs*. Philby, la que había apoyado y mantenido a tropas enteras de amigos y conocidos, y en aquella época llegó hasta a regalar collares de perlas.

Las cartas que me escribía teniendo ante sí las fotografías de sus nietos y el mapa de Austria me informaban de su día a día, con quién se había encontrado y hablado, lo que había comprado y visto en la televisión, y entre todo ello había también observaciones y comentarios sobre la política austríaca, de los que, por supuesto, yo no entendía más que la mitad. Pero las cartas de mi madre nunca contenían una mirada retrospectiva a la vida que había llevado en aquel lugar largo tiempo atrás. Se negaba, o simplemente no le gustaban aquellos recuerdos, y rehusaba evocar su vida previa con

sus padres, con su primer marido, con Kim Philby o Mitzy en aquellas calles o en aquel distrito. Jamás mencionaba en sus cartas a todas estas personas.

A Austria se la tomaba ahora como era, confiaba en ella, con sus dos firmes erres en el medio; y de algún modo fue desprendiéndose del continuo celo ideológico que se había impuesto tanto tiempo. En el viejo círculo de amigos de Viena todos profesaban la misma mitología, y resultaba superfluo contar mucho del pasado, salvo desde luego por las anécdotas con las que llevaban muchos años riéndose y que siempre servían. Eso sí, una de las viejas amigas se sentía obligada a dar testimonio una y otra vez, al menos en ese círculo, de que en el Berlín posterior a 1933, donde ella había estudiado Medicina, Gustaf Gründgens donó con regularidad grandes sumas de dinero al ilegalizado KPD; le entregaba el dinero en mano a ella misma, y había que hacerle justicia después de que su reputación se hubiera visto tan manchada[52].

Mientras, la inmensa mayoría de los amigos vieneses de mi madre había ido descolgándose gradual y discretamente del ejército revolucionario; en sus relatos sobre el «movimiento», si es que llegaban a hablar de él, se mezclaba cada vez más ironía; uno tras otro habían ido saliendo del partido, al que para entonces llamaban solo LA o SLA, siglas de Liga de Atontados o Súper Liga de Atontados. A cambio, volvieron a ingresar todos en la comunidad judía o regularizaron la afiliación que habían descuidado durante años. También mi madre volvió a ingresar en la Comunidad de Culto Israelita, de la que su padre había sido funcionario hasta el Anschluss.

Este reingreso no fue tanto una vuelta a las raíces judías como una expresión del malestar y la incomodidad que le llegaban con la edad, una turbación tardía, y puede que hasta vergüenza, por la radical ruptura con su familia y su origen, por el desdén con que había tratado a todos los que no creían como ella en la liberación definitiva de todas las clases y razas mediante el comunismo. Pero sobre todo, con su reingreso en la CCI, los amigos querían asegurarse una plaza en el cementerio judío: sabe Dios por qué, a

aquellos inveterados materialistas les importaba mucho seguir estando juntos también tras el fin de su existencia terrenal.

Y así pasó mi madre los últimos siete años de su vida en Viena, decoró con su viejo entusiasmo el pequeño piso, que seguramente era el piso más pequeño en el que había vivido jamás, pero eso no era más que un reto aún mayor para la interiorista frustrada. Lo primero que hacía cada día, nada más levantarse de la cama, era hablar por teléfono con su amiga y casi gemela Lotti, con la que luego quedaba en algún sitio a lo largo del día para tomar el té o ir de compras juntas, o visitar la exposición más reciente, y una vez a la semana las dos dedicaban una mañana a ayudar en el Archivo de Documentación de la Resistencia Austríaca, donde había escasez de colaboradores.

También con el resto de sus amigos hablaba por teléfono y quedaba de manera regular, y en general tenía una rica vida social, tanto que casi me mareaban sus informes con todos aquellos nombres de gente, obras de teatro y exposiciones. Con Lotti forjó incluso planes de ir a visitar juntas a Pieter en Ámsterdam, y llegó a preparar el viaje, pero en el último momento se echó atrás y Lotti tuvo que partir sola. Es probable que a mi madre le diese demasiado miedo volver a encontrarse al amado con el que llevaba casi cincuenta años cruzándose cartas como hombre ya mayor. Ella misma seguía siendo una mujer hermosa, si bien una mujer mayor hermosa del «tipo balcánico», como decía mi padre, aunque siempre contaba con orgullo que una vez, en Inglaterra, hubieron de tratar juntos por algún asunto con un alto funcionario con el que estuvieron discutiendo durante media hora sin resultado, y que a las disculpas de mi padre por el tiempo consumido respondió, «*oh Sir*, no se imagina usted la satisfacción que me ha supuesto poder contemplar durante media hora las bellísimas manos de su esposa».

Quizá en recuerdo de este cumplido, dos veces al mes iba a hacerse la manicura y la pedicura y, por supuesto, al peluquero, a teñirse el pelo, de cuyo color natural ya no era capaz de acordarse, en todos los tonos posibles del espectro, entre el negro ébano y el castaño rojizo.

Y mientras mi madre se aplicaba en decorar con su viejo entusiasmo un piso en Viena y empezaba algo así como una nueva vida, Kim Philby concedía al *Sunday Times* una última y larga entrevista en que explicaba su visión de todo aquel asunto y admitía no arrepentirse de nada. De nada. Murió poco después, en mayo de 1988, tres años antes que Litzy. De nuevo aparecieron varios artículos sobre el espía del siglo, y yo recibí de mi madre una carta en la que por una vez no decía nada sobre sus visitas, compras y las cuestiones de actualidad austríacas:

Lunes, 28.3.88

Mi querida hijita,

Ayer por la tarde me telefonearon desde el Sunday Times de Londres, después de que me hubiera llamado uno de sus delegados en Austria. Van a publicar una serie sobre Kim con una entrevista, la primera que ha concedido en décadas a uno de sus corresponsales.

En la primera entrega aparezco yo, por supuesto, y ahora quieren también hacerme una entrevista. Me negué en redondo. Por supuesto, no quise ser brusca y colgarles sin más el teléfono, no me sale hacer eso. El caso es que ahora sacarán de todos modos algo sobre mí, también la negativa y la conversación. Y hoy tuve al teléfono a Una joven periodista de Londres particularmente simpática, a la que le expliqué que lo siento mucho, pero que me he negado a ello desde hace décadas y que pienso seguir siendo consecuente. Hablamos mezclando todo el tiempo el alemán y el inglés, y sabe el cielo lo que sacarán ahora, y si no encargarán a un periódico de aquí, por ejemplo al Kronenzeitung[53]*, algo sobre mí. Ruego a Dios que la prensa austríaca no me moleste, porque no son tan elegantes como los ingleses, que llaman primero, sino que se te plantan sin más en la puerta. Por desgracia, ahora mismo soy news.*

A la simpática periodista de Londres le dije que desde hace algunos años resido como jubilada en Viena y que me siento feliz y deseo estar tranquila.

Cuando me preguntó si sigo en el partido le dije que no.

Ahora, no creo, y desde luego no querría que en algún momento sucediese, que vaya alguien a verte, pero si fuera así, te ruego que digas solo que sabes que en su día estuve casada con Kim, pero que por lo demás no sabes nada sobre eso, absolutamente nada. Al fin y al cabo es verdad.

Me apena mucho que el pasado me vuelva a atrapar. Este mensaje es solo para ti.

Lots of love,
Mum

Al fin y al cabo es verdad. Que no sé nada, absolutamente nada.

Mi madre me dio a luz a los cuarenta años, fui su única hija, y después del parto estuvo a punto de morir de fiebre puerperal porque el médico, como siguió bromeando mi padre durante años, se dejó en su tripa las tijeras al hacerle la cesárea. Sobrevivió solo gracias a su puesto en la autoridad militar soviética, pues los camaradas le consiguieron la preciada penicilina, que entonces apenas era accesible.

Me dio a luz, y ahora yo vuelvo a traerla al mundo como leyenda. Justo detrás de la verdad y muy pegada a la mentira, como era su credo.

Mi padre me decía a veces: «¿Sabes? En aquellas decisiones políticas, dramáticas a veces, que creímos tomar en plena libertad, cada uno de nosotros eligió el papel para el que estaba predestinado y en el que poder expresar su carácter. Que tu madre escogiera justamente el servicio secreto, decía, le vino como anillo al dedo. Y que un muchacho de la *upperclass* como Kim Philby escogiera para su compromiso con el proletariado mundial la carrera elitista y hasta aristocrática del servicio secreto tampoco fue ninguna casualidad». Era evidente que mi padre no lo podía soportar, igual que Pieter.

Cuando mi madre hablaba de «ese capítulo de mi vida», sonaba a veces a hastío, pero a veces tanto a orgullo como al reconocimiento avergonzado de una pasión secreta.

Mi madre nunca intentó realmente acoplar ella misma los fragmentos de su vida; igual que sus geniales creaciones, de algún modo, aguantaban «cosidos a mano» hasta que se deshacían. Tampoco buscó los recuerdos ni los cuidó, odiaba cualquier tipo de romanticismo y sobre todo el romanticismo del recuerdo. Los

rituales del recuerdo no hacían más que turbarla; en una especie de ósmosis habían penetrado en ella elementos de sus distintas fases vitales, países, ciudades, idiomas, y se manifestaban alternantes como su lado húngaro, vienés o inglés. Cuando, después de cincuenta años, volvió a Viena, un día se encontró en medio de una ronda de antiguos combatientes en España y sus mujeres que en un momento dado empezaron a cantar las viejas canciones. Tuvo que marcharse de allí inmediatamente, contaba asqueada, aquello era una pura «velada de camaradería», y todavía añadió: «¡Cantar canciones! *Goyim najes!*[54]». Con lo que los combatientes en España quedaban degradados más o menos al nivel de los aldeanos de su pueblo húngaro.

Podría haber recorrido los trayectos de mi madre a través de Europa, hasta el Kerkaszentmiklós anexionado que ha desaparecido del mapa, hasta Nagykanizsa, Viena, hasta Londres y París, o podría haber tratado de encontrar la *maison de campagne* en Grosrouvre. Podría haberme plantado ante casas ajenas en calles ajenas, en lugares en los que no conozco ni reconozco nada ni a nadie y donde nadie tiene nada que decirme.

Dónde buscar, por ejemplo, esa Córcega de la que a veces decía: «¡Ay, no te puedes imaginar cómo era Córcega!», cuando miraba la foto en que aparece bajo unos pinos en un banco de piedra blanca en cuyo respaldo, como cabe esperar en Córcega, hay escrito un lema con grandes signos de exclamación, sin duda uno combativo en favor de la independencia, y al fondo una ciudad que se extiende ampliamente, puede que Bastia, puede que Ajaccio. Se la ve muy joven, a mi madre, y lleva un vestido de lo más ligero, zapatillas de deporte blancas y una cadena a todas luces de colores con gruesas joyas en un escote bastante amplio, el pelo corto, indomable y muy oscuro. Por supuesto, era incapaz de decirme si aquel era su auténtico color de pelo.

Pero ese tipo de pesquisas me recuerdan demasiado al espionaje, a la apropiación y al juego con una vida ajena, aunque sea la vida de mi madre y yo su única hija y crea poder reivindicar algún derecho sobre esta historia.

Tras la muerte de sus padres, la hija adquiere una mirada más libre sobre ellos, porque esta mirada ya no está deformada por su grandeza o su pequeñez, y este cambio de perspectiva conlleva una especie de reajuste, pero no una revelación. También, tras su muerte, mi madre siguió siendo para mí tan incomprensible y contradictoria como solía lamentar a menudo mi padre.

Acaso tendría que desquitarme ahora, espiarla, indagar, consultar actas, acudir a registros en media Europa, preguntar a gente, pegar y recomponer los fragmentos de su vida, que, a todas luces, rompió ella misma, mitad porque era su voluntad y mitad porque ocurrió como ocurrió.

No fui, ni viajé, ni acudí a parte alguna.

No busqué, ni encontré, ni vi documentos.

No hablé con nadie ni le pregunté a persona alguna.

Podría haberlo hecho, pero no lo hice.

Tras su muerte me llevé una carpeta con documentos y la caja de zapatos con su colección de fotos. Estuve años sin abrir la caja, de la carpeta tuve que sacar de vez en cuando documentos para algunas formalidades que tocaba resolver. Así es como encontré los planos de las sepulturas de sus padres en Londres. Pero nunca sabré con certeza cuál era el mensaje para mí.

En la caja de zapatos, que abrí solo mucho tiempo después, faltaban todas las fotografías sobre las que mi madre me había negado hábilmente cualquier información en los tiempos de Karlshorst que después vería reproducidas en libros. Pero, al igual que el joven Philby, también había desaparecido de la colección sin dejar rastro el ya maduro tío Wito. En su lugar había fotos a montones de sus amigos y fotos mías y de mi familia, de mis hijos de bebés, de niños, en el piso, en la playa, en el monte, y fotos de sus padres. Una de ellas muestra en un uniforme de la Primera Guerra Mundial a un hombre al que siempre me presentó como su padre. Pero mi padre, en cambio, sostenía que aquel no era en absoluto Israel Kohlmann, que él llegó a conocerlo en 1939 en Londres, lo que en el fondo suena algo improbable, aunque no imposible. Ambas afirmaciones quedan como imposibles de demostrar, de

modo que tampoco sabré jamás la verdad sobre ese asunto. Si observo con exactitud al hombre de la fotografía, creo poder reconocer un parecido con su hija, mi madre, e incluso conmigo y con mis hijos. No estoy segura de si lo veo en la foto o lo proyecto en ella.

Puede que sea mi abuelo. O puede que no.

NO TODO SOBRE MI MADRE

Epílogo del traductor

Barbara Honigmann era ya una escritora muy reconocida cuando publicó en 2004 *Un capítulo de mi vida*, seguramente su obra más importante. Su estilo sutil y discreto y sus constantes autobiográficas (la búsqueda del origen, los afectos acallados, la identidad en fuga) despliegan aquí todo su potencial gracias a una protagonista cercana y escurridiza al mismo tiempo: su madre Alice Kohlmann, más conocida como Litzy Friedmann; ella es la baza estelar de esta inmersión en la memoria y el pasado. Nacida en Viena en 1910, tuvo más personalidades que maridos, que fueron tres: el sionista Karl Friedmann, el superespía británico Kim Philby y el periodista Georg Honigmann, padre de Barbara. Es ciertamente Philby quien le dio un lugar en la historia: considerado «el mayor espía del siglo XX», fue, en cualquier caso, el topo que más alto llegó en un servicio secreto; estuvo a punto de ser el máximo responsable del espionaje británico, en el que se había infiltrado por encargo de los soviéticos, y transmitió informaciones impagables durante dos largas décadas. Nunca ha quedado claro el papel de Litzy en el reclutamiento de Philby: ella era dos años mayor y una resuelta militante comunista cuando se conocieron en Viena, y parece indudable que fue agente soviética. Pero con toda su locuacidad y vitalismo, se reveló también como una maestra en el arte de no dejar pista alguna.

Años después de haber muerto su madre, Barbara Honigmann afronta su historia sin más armas que las del recuerdo. Frente al afán inquisitivo de nuestro tiempo, en que hasta el más pedestre reportaje periodístico nos promete «todas las claves», *Un capítulo de mi vida* reniega de esa pretensión inverosímil y voraz; en su decoro está el secreto de su logro, tanto literario como moral. Literario, porque nos brinda un retrato de máxima plasticidad, pero preservando todo

el misterio de un personaje tempestuoso y reservado, tan indeleble como elusivo. Moral, porque huye de la acusación y la pose de superioridad que tantas veces adoptan los que nacieron más tarde, sin camuflar por ello las cicatrices que dejan los silencios ni el desapego hacia un régimen político al que sirvió su madre y del que Barbara Honigmann (nacida el mismo año que la RDA) tuvo sobrada ocasión de desencantarse.

> *Acaso tendría que desquitarme ahora, espiarla, indagar, consultar actas, acudir a registros en media Europa, preguntar a gente, pegar y recomponer los fragmentos de su vida que a todas luces rompió ella misma, mitad porque era su voluntad y mitad porque ocurrió como ocurrió.*

No fui, ni viajé, ni acudí a parte alguna.
No busqué, ni encontré, ni vi documentos.
No hablé con nadie ni le pregunté a persona alguna.
Podría haberlo hecho, pero no lo hice.

Toda labor de memoria implica un exorcismo y una renuncia: libera en la misma proporción en la que se esté dispuesto a aceptar límites (los propios y los de quienes nos marcaron). Quizá esa sea la lección central de este libro valiente y considerado.

Ibon Zubiaur
Berlin, septiembre de 2018

BARBARA HONIGMANN (Berlín Este, 1949) está considerada una de las escritoras germano-judías más importantes de la generación de posguerra. Sus padres, que sobrevivieron a los años más duros del nacionalsocialismo en el exilio británico, regresaron a Berlín tras la Segunda Guerra Mundial para «ayudar a construir una nueva Alemania». Su madre, Litzy Friedmann, había sido (antes de contraer matrimonio con su padre, al que conoció durante su exilio) la primera esposa de Kim Philby, el famoso espía doble de la inteligencia británica y del KGB. Su padre, Georg Honigmann, llegaría a convertirse en editor jefe del prestigioso periódico Berliner Zeitung. Barbara estudió Arte Dramático en la Universidad Humboldt de Berlín. Tras licenciarse, trabajó como dramaturga y directora de teatro, pero hacia 1975 decidió dedicarse por completo a la escritura y a la pintura. En 1984 abandonó Alemania para instalarse en Francia. Generalmente, sus textos plantean las viejas preguntas sobre las relaciones judeo-alemanas con un enfoque completamente distinto, pues tienen un gran alcance histórico aunque son profundamente personales. Ha recibido numerosos premios literarios de prestigio, entre ellos los premios Kleist (2000), Max Frisch (2011) y Jakob Wassermann (2018). Sus obras han sido traducidas al inglés, francés, italiano, noruego, holandés, portugués, danés y finlandés.

Notas

[1] En ruso, *вот ваши Poldi,* «Aquí está su Poldi». (Todas las notas son del traductor). <<

[2] Periódico de la capital alemana cuyos orígenes se remontan al siglo XVII, uno de los más prestigiosos en la República de Weimar, clausurado por los nazis en 1934. <<

[3] Las caravanas (*Trecks*) evocan uno de los pasajes más traumáticos de la memoria colectiva alemana: la caótica desbandada de la población de la Prusia Oriental en enero y febrero de 1945, cuando la ofensiva final del Ejército Rojo provocó la fuga (prohibida hasta el último momento y castigada como deserción por las autoridades nazis) de decenas de miles de mujeres, niños y ancianos bruscamente abandonados a su suerte. Al quedar aislada la región, muchos de ellos cruzaron a pie o en carro la laguna helada del Vístula tratando de llegar a Danzig y ser evacuados por mar; las terribles condiciones meteorológicas y los bombardeos soviéticos provocaron incontables bajas. <<

[4] Productora cinematográfica estatal de la RDA. <<

[5] «*Poets are the trumpets, which sing to battle. / Poets are the unacknowledged legislators of the world*». <<

[6] Sozialistische Einheitspartei Deutschlands, el Partido Socialista Unificado de Alemania, resultante de la fusión en 1946 entre el Partido Socialdemócrata y el Partido Comunista, que asumió el rol dirigente en la RDA (aunque operaban también otros cuatro, los llamados «partidos del bloque»). <<

[7] Movimiento surgido hacia 1900 para impulsar una vida sana en la naturaleza de las juventudes urbanas, comparable en cierto modo al escultismo. <<

[8] Grupos de resistencia antinazi durante la Segunda Guerra Mundial. <<

[9] El jefe de la inteligencia alemana durante la Segunda Guerra Mundial, defenestrado, y más tarde ejecutado, tras el fallido atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944. <<

[10] En inglés, «al día». <<

[11] Barrios de Budapest cuyas traducciones significan «Colina de las rosas» y «Monte de la libertad» respectivamente. <<

[12] El Café Gerbeaud, uno de los mayores y más prestigiosos de Centroeuropa. <<

[13] El balneario más famoso de una ciudad pródiga en aguas termales, inaugurado en 1918 en un suntuoso estilo modernista. <<

[14] Internado reformista en Hesse, fundado en 1910, en el que estudiaron muchos hijos de las élites de la cultura. Cerró en 2015 a raíz de una serie de escándalos sexuales. <<

[15] Es decir, *Kasten* en lugar de *Schrank*. <<

[16] El artículo 106 del Código Penal de la RDA consagró el concepto de «difamación al Estado», que se usó arbitrariamente para encarcelar a disidentes. <<

[17] Los Jóvenes Pioneros eran la organización de masas para niños en la RDA. <<

[18] Fundada en 1928 por autores de simpatías comunistas, entre los que destacaban Johannes R. Becher, Anna Seghers, Egon Erwin Kisch o Ludwig Renn. <<

[19] Del yiddish לטעטש, pueblo con importante presencia judía en la Europa Oriental antes del Holocausto. <<

[20] «Oh, lo siento, no soy más que el fantasma de esta casa». <<

[21] «Östereich» en lugar de «Österreich». <<

[22] El 13 de agosto de 1961. <<

[23] Tren que enlazaba Berlín Este y Viena pasando por Dresde y Praga. *Vindobona* es la denominación latina para Viena. <<

[24] Literalmente «azul y blanco», organizaciones juveniles judías creadas a partir de 1912 en la estela del Wandervogel. <<

[25] Del yiddish חבירים, «amigos». <<

[26] La editorial del Partido Comunista de Austria. <<

[27] Después de que el canciller Engelbert Dollfuß anulara el Parlamento en marzo de 1933, el Gobierno de Austria emprendió una deriva autoritaria de claros tintes filofascistas. La resistencia a ser desarmada de la Republikanischer Schutzbünd, la milicia socialdemócrata, derivó en los enfrentamientos armados del 12 al 16 de febrero de 1934 con la policía, el ejército y la milicia ultranacionalista Heimwehr, en lo que se conoce como la Guerra Civil austríaca. <<

[28] Gobernada por los socialdemócratas hasta 1934, la capital austríaca se ganó el sobrenombre por ser un bastión de la izquierda. <<

[29] El órgano del Partido Socialista Unificado (SED) y, como tal, el periódico más oficialista de los que se publicaban en la RDA. <<

[30] «¿Dónde dejar su sombrero?», «¿Sabe usted elegir una alfombra?», «Coche y personalidad». <<

[31] En el original *Packerl*, vocablo que solo se usa en Austria. <<

[32] Última estación de tren en la zona oriental de la ciudad. <<

[33] «Es la hija de Litzy». «¿La hija de Litzy, en serio?». «¡De Alemania del Este!». «¿De Alemania del Este, en serio?». <<

[34] En el derecho internacional consuetudinario, un enemy alien es cualquier nativo, ciudadano o sujeto de cualquier nación o gobierno extranjero con el que una nación o gobierno nacional se encuentre en conflicto. <<

[35] Aprendiz de máquina herramienta. <<

[36] Deformación paródica de la palabra alemana *Essbesteck* («cubiertos»), y, según el chiste, única palabra húngara que conocen muchos germanoparlantes. <<

[37] Galletas típicamente navideñas, una de las especialidades de la pródiga repostería austríaca. <<

[38] «Temo mucho que, si mi nombre aparece en su libro, los reporteros empiecen a acosarme. He tenido un año muy difícil, con varias enfermedades graves, por lo que me siento más bien débil y agotada, y no seria capaz de afrontar las preguntas de los periodistas. / Por supuesto, usted pensará que siempre puedo rechazar todas las entrevistas, pero esto no es tan sencillo como cree. ¿Le sería posible no mencionar mi nombre completo, sino decir simplemente que estuve casada y más adelante me divorcié? […]/ He leído alguna de sus entrevistas con Kim. No dudo de que su libro será, como dice, un tratamiento en general benevolente, y lo celebro. / Atentamente suya». El estilo de la carta es elegante y hasta señorial, pero contiene algunas incorrecciones que delatan a la no nativa. <<

[39] Aunque de origen latino, la palabra «cuadro» (*Kader*) fue adoptada en la RDA del ruso (como tantas otras) y designaba propiamente un dirigente fiable del partido. <<

[40] Wilhelm Pieck (1876-1960), máximo dirigente comunista y, desde abril de 1946, del Partido Socialista Unificado (SED). Sería el presidente de la RDA desde su fundación hasta su muerte. <<

[41] Con toda probabilidad se trata de Kurt Hager (1912-1998), que también pasó su exilio en Gran Bretaña y sería uno de los máximos dirigentes en la RDA y el ideólogo del SED. <<

[42] Periódico fundado en 1949 en la zona oriental de Berlín, el único vespertino (lo indica su nombre) y con un tono más bien populachero. En 1953 fue asignado al Comité Central del SED y desde 1990 sigue editándose como Berliner Kurier. <<

[43] El término original *Hamsterfahrt* merece una nota a pie de página, ya que evoca un capítulo traumático en la memoria colectiva de la posguerra alemana y austríaca: las salidas al campo de la población urbana para tratar de obtener alimentos a cambio de ropa, joyas, cubertería, manteles o cualquier objeto de valor. <<

[44] El hermano del compositor Harms Eisler, Gerhard (1897-1968), fue responsable del Komintern y ocupó altos cargos en la RDA. La lista de amigos también es destacada: la pediatra Inge Rapoport (1912-2017), el periodista Max Kahane (1910-2004), el músico Georg Kneppler (1906-2003) y el psicólogo Alfred Katzenstein (1915-2000), todos ellos de origen judío y comunistas. <<

[45] Vereinigung der Verfolgten des Naziregimes, Asociación de Perseguidos del Nazismo. <<

[46] El dirigente comunista Paul Merker (1894-1969), que no era judío pero se había pronunciado en favor del pago de reparaciones a Israel, y el periodista Hans Schrecker (1899-1983) fueron detenidos en 1952 y condenados luego a ocho años de prisión. Siegbert Kahn (1909-1976), que también pasó su exilio en Gran Bretaña, dirigió hasta 1965 el Instituto de Economía de la RDA. <<

[47] László Rajk (1909-1949), Traicho Rostov (1897-1949) y Rudolf Slánský (1901-1952), líderes comunistas ejecutados tras sendos juicios farsa en Hungría, Bulgaria y Checoslovaquia respectivamente. <<

[48] El eurocomunismo fue más bien la consecuencia del aplastamiento de la Primavera de Praga, y no fue teorizado (en Italia, Francia y España) sino a mediados de los años setenta. <<

[49] Barbara Honigmann abandonó la RDA en 1984 para residir en Francia con su marido y sus dos hijos, Johannes (1976) y Ruben (1983). <<

[50] Desde 1964 los jubilados de la RDA podían viajar al Oeste una vez al año para visitar a parientes; desde 1984 también a amigos o conocidos. <<

[51] Österreichischer Rundfunk, la radiotelevisión pública de Austria. <<

[52] La trayectoria del actor y director Gustaf Gründgens (1899-1963) fue objeto de polémica, sobre todo a raíz de la novela de Klaus Mann *Mephisto* (1936), manifiestamente inspirada en su figura y que sería prohibida en la RFA. Su carrera durante el nazismo, como protegido de Göring, combinó rasgos de oportunismo con intercesiones en favor de colegas perseguidos. <<

[53] El periódico de mayor difusión de Austria, de tintes claramente populistas. <<

[54] En yiddish, cosas o pasatiempos de *goyim*, de no judíos. <<